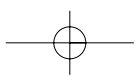
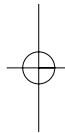
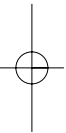


## El capitalismo funeral



Vicente Verdú

# El capitalismo funeral

La crisis o la Tercera Guerra Mundial



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* Vicente Verdú y Soledad Verdú

*Primera edición: mayo 2009*

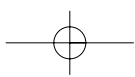
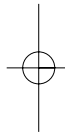
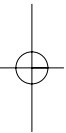
© Vicente Verdú, 2009  
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2009  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6293-5  
Depósito Legal: B. 19988-2009

Printed in Spain

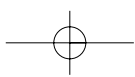
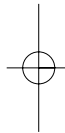
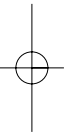
Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*Para Rosa*



En los momentos de crisis, sólo la imaginación es más importante que el conocimiento.

ALBERT EINSTEIN,  
*cita difundida por internet*



## EL PORQUÉ

Puesto que las cosas se hacen por alguna razón, deseo decir que este libro ha sido escrito por el gusto de pensar esta época y el disfrute de escribir en sí. No está redactado para economistas ni mucho menos para catedráticos y profesores de economía, sean premios Nobel o no. Tampoco para profesores de segunda enseñanza que puedan contar a sus alumnos la crisis «con sencillez». No se trata de un libro complicado porque vale más la claridad, pero no descarto que, en ocasiones, queriendo tomar el sol salgan algunas manchas.

Será a mi pesar, pero también es verdad que la comprensión no tiene que ser siempre una secuencia racional, sino que entendemos muy bien a través de la intuición y los sentidos, como sucede en la poesía.

Por el aprecio de la poesía he disfrutado los mejores ensayos que recuerdo, y éste, desde luego, ha elegido ese camino. En realidad, tanto esta obra como todas las que he firmado han sido siempre «literal-

mente» ensayos: ensayos literariamente. Y su composición ha seguido el impulso hacia la experimentación que posee tanto la poesía como el ensayo. Al menos en sus especies más interesantes y atractivas, según mi opinión.

No pocos de los artistas y escritores que conozco suelen trabajar a partir de ciertos esquemas o esbozos preliminares que adelantan lo que será el libro o el cuadro. En mi caso y en el de otros colegas, no hay bocetos ni en las pinturas ni en los libros, el orden y los contenidos van hilvanándose al hilo de la confección. Antes no hay nada sino una concentrada emoción, como la que ha presidido este libro sobre la crisis, que va expandiéndose y complicándose con el desarrollo del texto en sus buenos momentos y en los malos también. La desventaja de actuar así es que uno no sabe bien adónde va a parar, pero su recompensa superlativa consiste en ir descubriéndolo sobre la marcha. Como resultado, el producto nunca parece del todo obra del autor sino que el autor lo observa como un suceso y a la manera misma de la obra de arte que, siendo valiosa, será siempre más una obra del arte que del artista.

En cuanto a la emoción concreta que dio lugar a este libro, procede de la reacción ante dos tópicos muy repetidos y, al cabo, tan irritantes como estimuladores. La primera reacción nace de escuchar tantas veces la simpleza de atribuir esta Gran Crisis a un asunto de «regulación». La otra reacción proviene de la tabarra protagonizada por el calificativo «sistémico» que pretende ampliar y agravar el diagnóstico. Una

explicación por corta y la otra por obvia forman los dos desafiantes pilares economicistas que, a mi parecer, achican el punto de vista hasta la mínima expresión. ¿Una «crisis sistémica»? ¿Sistémica de quién? ¿Del sistema capitalista, acaso? ¿Pero qué otro sistema conoce el diagnosticador en los últimos quinientos o seiscientos años? ¿En qué están pensando los analizadores? ¿En «sólo» la crisis del sistema económico? ¿Cómo sería posible aislar la disfunción del sistema capitalista de todas sus conjunciones, trenzados y adherencias al resto de los demás órganos del sistema político, moral, religioso, azaroso o sexual? ¿Cómo ignorar, a estas alturas, que el sistema capitalista se confunde con el alma de lo más real, físico y espiritual? Cosas de economistas, puede ser. Pero efectivamente chapados con la antigua idea del mundo como una máquina y no como un organismo interdependiente vivo y susceptible de pervivir, o de sucumbir como un todo si las cosas se ponen rematadamente mal. Tanto en el primer dictamen, referido a la avería financiera, como en el segundo, sobre el asunto «sistémico», sobrevuelan concepciones tan doctas como especializadas, tan rigurosas como acorraladas en su disciplina profesional.

Este libro viene a ser lo contrario de la especialidad, la profesión y el rigor. Tan opuesto a la disciplina como me parece que necesita ser un ensayo, porque de otro modo cómo podría llamarse así. Se trata de un ensayo, una escritura, un texto de diferentes texturas y vestimentas. Una réplica sin ánimo de victoria ante los muchos artículos y tratados sobre el ori-

gen del *crash* y las recetas técnicas para su tratamiento. Porque, de acuerdo con mi parecer y con el de otros, este colapso no es sólo resultado del mal funcionamiento de ciertas piezas financieras o de lo «sistémico» en economía, sino la crisis de una época ahora llena de colisiones entre factores, viejos, nuevos y novísimos que aún deben armonizarse entre sí.

Muy lejos pues de ser esto un *crash* económico, todo lo grave que se quiera, se trataría, para bien o para mal, de una falla en la historia de la cultura. Palabras demasiado trascendentes para que los economistas las reciban con confort. Y demasiado trascendentes como para que la Iglesia no las emplee como marketing de su intermediación entre el mundo y Dios. Entre los sacerdotes de las cifras macroeconómicas y los profesionales de la eternidad han discurrido la mayor parte de las explicaciones en estos meses funestos, tan alicortas unas y tan sobrenaturales las otras. En suma, ¿cómo no sentir, ante la sensación de decadencia, paro y muerte, el desafío de ensayar una explicación acorde con este monumental fenómeno donde resuenan tanto los estruendos de un movimiento tectónico como los derrumbes de una simbólica Tercera Guerra Mundial?

## MÁS ALLÁ DE LO ECONÓMICO

Frente a las tertulias económicas sin fin, frente a los artículos de miles de analistas financieros, contra los admonitorios discursos sobre los pecados del sistema y sus terribles secuaces, hay que decir que continuar interpretando esta Gran Crisis en términos economicistas no es otra cosa que una actitud banal. Tan infantil como achacar los males que padece nuestro mundo al materialismo rampante, la desalmada conducta de los poderosos o la pérdida de religiosidad en las grandes ciudades.

En el primer supuesto, los economistas se erigen en los indiscutibles sabios del *crash*. En el segundo, regresa el colorista mito de un Dios bíblico que castiga el descarrío de la Humanidad mediante plagas y sevicias, empezando por la quiebra del rico y la general miseria de todos los demás.

La incomparable ventaja de estas explicaciones radica en que, como en los cuentos infantiles, son comprensibles para la muchedumbre. La realidad se sim-

plifica y perfila a la manera de una fábula. Y así, en el caso del economicismo, el problema consistirá bien en que las autoridades e instituciones económicas fueron irresponsables y una enmienda legal sería muy oportuna, bien en que los activos financieros tóxicos envenenaron las aguas y después cualquier sorbo de liquidez no hará sino sentarnos mal. ¿Productos tóxicos de extraordinario riesgo? Efectivamente. Pero no sólo se trata ya de títulos viciados y derivados, sino de venenosas miasmas de una enfermedad más profunda que alerta sobre las dolencias de un sistema funeral.

En todas las importantes crisis capitalistas, desde la de los tulipanes holandeses (1637) a la de los valores de la South Sea y la de la Mississippi Compagnie des Indes (1720), desde el «efecto tequila» (1994) hasta los hundimientos de las punto.com (2001), se juntaron en diferente proporción cuatro antecedentes: euforia y estabilidad social, acusadas desigualdades de rentas, consumo desequilibrado y desprestigio moral de la época.

*Homo bulla est*, decían con tino los moralistas romanos. Pero ¿cómo no se iba a arriesgar y burbujear en plena cultura de consumo, en la que la aventura, la emotividad y el cambio forman su parte esencial? Y cuando, además, la amoralidad, la corrupción y el fraude se extendieron como un carnaval de época? ¿Cómo no asumir cierta cantidad de riesgo cuando muchos lo hicieron, sonaba la orquesta y la fiesta inducía a la trasgresión, la corrupción, la lenidad y los regalos del crédito?

Tres cuartas partes de las necesidades que existen en el mundo –dice Kurt Heinzelman (*La economía de*

*la imaginación*)— son románticas, están basadas en visiones, idealismos, esperanzas, vicios, pecados y afectos. En consecuencia, la discusión profesional sobre la mala naturaleza de los activos y las *subprimes* acaba siendo una polémica parcial dentro de un problema de envergadura ética, psíquica y neurótica que incluso muchos meses después del cataclismo los economistas no muestran deseos de señalar.

La economía, la ciencia social matemáticamente más avanzada, es la ciencia humana más atrasada. Y ello obedece a que con frecuencia se abstrae de las condiciones sociales, históricas, políticas, psicológicas y caóticas, que son inseparables de las actividades mercantiles. Como consecuencia, los expertos económicos resultan especialmente incapaces para interpretar las causas y las consecuencias de las perturbaciones monetarias o bursátiles y de prever el curso de la economía incluso en el corto plazo.

Obedientes al cálculo, ignoran lo que no es calculable ni mensurable, como la vida, el sufrimiento, la alegría, el amor, el honor, la magnanimidad, la moda, la emulación, las comunicaciones y el mal humor. Su medida de la satisfacción viene a ser el crecimiento de la producción, de la productividad o de los ingresos. La economía puede establecer con precisión las tasas de pobreza monetaria, pero ignora la subordinación, la humillación o el dolor que experimentan los pobres. Ignora, en otros casos, la confianza o la duda circunstancial en uno mismo y en el gobierno. Y la voluble, excitante o temeraria inclinación a apostar.

De hecho, «hasta que no comprendamos sustantivamente el origen de las especies financieras –decía Sebastián Edwards, profesor de International Business Economics en la Universidad de California– no comprenderemos la verdad fundamental acerca del dinero» (*Letras Libres*, diciembre de 2008). La verdad de que los mercados financieros, lejos de ser monstruos que deberían ser devueltos a su gruta, son espejos de la Humanidad y cada hora de cada día revelan la forma en que nos imaginamos a nosotros mismos y el mundo que nos rodea.

Pero ¿quién sabe ver e interpretar esas imágenes? ¿Quién es capaz de hacer hablar a los espejos que llevan a la especulación? De hecho, ¿quién no sospecha que los supervisores o las instituciones reguladoras, los gobiernos nacionales, las cumbres internacionales no son otra cosa que un ritualismo primitivo destinado a tratar de simular, mediante vanas liturgias, el tratamiento del mal?

Las burbujas económicas y sus vidas poseen la compleja condición de un organismo y no, desde luego, el comportamiento lineal de una máquina. Las burbujas contienen tanto de sinrazón como de inextricable razón colectiva, y se desarrollan de un modo incomparablemente más complejo que las *storytelling* (cuentos sencillos) divulgadas a granel para satisfacción de los peor informados.

De otra parte, ¿qué decir, además, del furor con que el periodismo ama las noticias bomba? Simples pero contundentes. Tan simples como latigazos, lo que conlleva que toda información deba ser tan im-

pactante como irrecurrente y poseer la restallante apariencia de lo insólito.

Toda información busca ser así menos estadística que apocalíptica y obtener buenos rendimientos del posible caos que crea. Los falsos reportajes, montajes publicados tanto en provincias como en las páginas de *The New York Times*, la sustitución de lo real por lo efectista, el hecho por el espectáculo, trazan los caracteres del mundo mediático, directo y explosivo. Nada demasiado complicado vale la pena. Nada proceloso se puede aguantar.

Víctimas o culpables. Malos y buenos. Esto es lo que desea conocer el público con la mayor nitidez. Pero víctimas aquí son todos, acaudalados y obreros, negros y blancos, hombre o mujer, mientras los culpables son no se sabe bien. Un día se desenmascaran las malvadas instituciones monetarias, otro se detiene a estafadores como Madoff o Stanford, otro se señala a los bancos de la esquina, a los irresponsables neoliberales, a Milton Friedman, Alan Greenspan o Adam Smith.

El desfile de la delincuencia no es del todo falso, puesto que alguna verosimilitud requiere lo literario, pero, efectivamente, el mundo viene a ser demasiado promiscuo e interactivo como para seguir repitiendo un *thriller* de ladrones e incautos, conspiradores y manipulados.

Desde que el capitalismo existe, las crisis han ido presentándose con una periodicidad de veintidós meses entre 1854 y 1919, y con un intermedio de tres

trimestres en las dos últimas décadas. En casi todas tuvo que intervenir el gobierno para restablecer el equilibrio, pero siempre sobre un diferente solar. Precisamente las tesituras más graves sirvieron para que el sistema actualizara sus instrumentos y renovara tanto su dotación tecnológica como la organización y la ideología de su porvenir.

Con ello, no se estaría asistiendo a ninguna cosmética ni tampoco a una oportuna martingala del sistema, sino sencillamente a la torsión capitalista necesaria para cumplir sus imprescindibles metamorfosis en cuanto organismo vivo. La diferencia, sin embargo, sobre otros periodos adversos es que en esta ocasión el sistema parece removerse no para reacomodarse, sino que muestra signos de angustia y señales de impensable consternación.

Los mecanicistas del siglo XIX y los automovilistas del siglo XX trataron a la sociedad y a los coches como ensamblajes, y así como era posible recobrar el funcionamiento sustituyendo las bujías averiadas por otras nuevas, parecía posible reparar el *crash* sustituyendo o corrigiendo alguna de las piezas. Así viene a ser la idea de aquellos que atribuyen el presente colapso al desajustado quehacer de las instituciones, a la sinrazón de unos cuantos o a la incompetencia del Fondo Monetario Internacional.

La clave consistirá, sin embargo, no en la deficiencia de algunas piezas importantes del aparato económico, sino que, como hace ya tiempo explica la tesis de la complejidad en física o en neurología, lo importante no son las partes sino, especialmente, las

conexiones entre ellas. Como había observado Joseph Schumpeter en 1939, a propósito de las fluctuaciones cíclicas, las fluctuaciones capitalistas no serían, «como amígdalas, órganos aislados que puedan tratarse por separado, sino, como latidos del corazón, parte de la esencia del organismo que los pone de manifiesto».

Ni el cerebro es un mecano ni tampoco son un mecano internet y el abigarrado universo de la globalidad. Mucho menos ahora que la arquitectura en red (redes parciales e integrales) se aborda en términos de nexos y nodos, de los que depende la perturbación general, a menudo tan impredecible como el relámpago de una explosión.

Éste es el caso de la actual crisis, cuyo mayor parecido es acaso la Primera Guerra Mundial. La Primera Guerra Mundial, la Gran Guerra, fue el Big One, el seísmo gigante que esperan desde hace años los californianos. La Segunda Guerra Mundial fue, en comparación con el terremoto, una gran réplica tectónica de la Primera y no puede ignorarse su concatenación. La Primera, en cambio, estalló en unas circunstancias que, por su localización a principios de un siglo y por el hastío de la época, presenta determinados parecidos con la situación actual.

El malestar social, el malestar de la cultura, el notorio desprestigio de la época que se vivía a comienzos del siglo XX y la misma ansiedad intelectual hacia «otro mundo posible», se hallaban presentes tanto entonces como en las vísperas de la actual calamidad.

En general, el siglo XXI, desde su famoso estreno milenarista repleto de inquietantes profecías, ha veni-

do flirteando con la amenaza fantasma, el riesgo creciente, la certeza de que «algo muy grande –y trágico– tenía que pasar».

La corrupción (política, económica, religiosa, deportiva, municipal), la proclamada pérdida de valores en la juventud, la decadencia de la escuela, de la justicia, de la moral pública, la degradación hiperconsumista, el hiperindividualismo, el relativismo, la muerte del planeta, los videojuegos, el apaleamiento de las focas, han sido tenidos por denotaciones muy aciagas.

Otro mundo debe ser posible, nos decíamos, puesto que de éste hemos llegado a estar hartos. Así pensaba precisamente buena parte de la sociedad antes de que estallara la Gran Guerra del 14 y así ha venido a ocurrir, más o menos, ahora. El mundo se daba por carcomido, y para gozar de una existencia sin tantas taras, más ecológica y solidaria, más justa, sana y longeva, era preciso el advenimiento de un mundo después.

Parecerá exagerado, pero el desafecto por el prolongado periodo de prosperidad en los comienzos del siglo XX explicaría, en gran medida, la amplia popularidad de que gozó la Gran Guerra durante sus inicios, lo que a su vez ayudó a condicionar la forma, la duración y la intensidad de su desarrollo.

Las guerras –como las crisis– estallan por una chispa, sea el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo o las hipotecas *subprime*, pero algo va anunciando que la gran explosión se halla cerca y será inevitable de un momento a otro, tal como el de-

sorbitado precio de los pisos o los corruptos campos de golf deshaciendo las huertas como plagas hacían presagiar.

El mundo, aquí o allá, se preparaba para una explosión, la bomba iba cebándose en el terrorismo internacional, en el crimen organizado, en la economía canalla, en la falacia de los medios, en la especulación inmobiliaria, mobiliaria o alimentaria que, en casi todos los ámbitos, iba creando una ficción o un doble al costado de lo real y de cuya contigüidad empezaba a prepararse una descarga atronadora como la forma más contemporánea de ser.

La Humanidad, que con Homero había sido objeto de contemplación para los dioses olímpicos, ha venido a ser la noticia bomba para ella misma. Su alienación, de sí misma para sí misma, ha alcanzado ese grado que la hace convertir su propia destrucción en una sensación desgraciada pero de máxima calidad teatral. Éstas son palabras aproximadas de Walter Benjamin hace medio siglo, pero hoy, con el capitalismo revestido de millones de pantallas, la realidad se contempla a través de miles de imágenes y ya nada que importe realmente dejará de ser objeto de una autopsia espectacular.

Todos esperaban secretamente esta catástrofe que anticipaba de vez en cuando algún arúspice, pero así como nadie puede saber en qué instante un montón de arena llegará a desmoronarse al ir añadiéndole pequeñas porciones, tampoco nadie podía fechar el momento de la quiebra, y enseguida resultó grotesco culpar a las *subprimes*, a la codicia o a los Madoff.

¿Responsables por tanto todos? ¿Responsable la

extenuación de una época? La doctrina de Benedicto XVI, ejemplo insigne de la decadencia, ha pretendido aprovechar la hecatombe para condenar los pecados del mundo y ofrecer la alternativa de la seguridad en la fe de Dios? ¿Todos pecadores? ¿Culpables todos? *À moitié coupables, à moitié victimes, comme tout le monde*, decía Sartre, sin descartar, seguramente, que unos fueran más culpables o desalmados que otros.

El sistema nos miente y nos abraza, nos identifica, nos mima, nos besa y nos arrasa, nos ha cobijado y ahora nos hunde. La gran convulsión en la que nos hallamos a comienzos del siglo XXI posee el carácter de un fin de época y a la vez, lógicamente, se erige como una *epoch-making*. Así fue la condición de las dos grandes posguerras mundiales, y especialmente después de la Primera el pensamiento y la visión del mundo, el arte, la ciencia, el deporte, la mujer, la enfermedad, la política, el dinero, la muerte o el erotismo quedaron perturbados.

O, de otro modo, sería imposible de entender que el mundo fuera lo mismo el día después. ¿Y cómo será de otro modo? Cualquier lote de predicciones suele ser tan imposible como entretenido, puesto que toda correcta proyección del porvenir necesitaría tener en cuenta los ignorados elementos que vendrán a componerlo. ¿Para qué especular? ¿Por qué especular? ¿Adónde lleva especular? El amor por la aventura, la compulsión a cambiar objetos y sujetos, la necesidad de experimentar, la intensidad del presentismo, la asunción del terrorismo y del accidente, el amor a las basuras, la desintegración del dinero, el contagio glo-

bal, la revolución horizontal, el capitalismo de ficciones, son los precedentes que llevan a esta crisis como apoteosis final. Fin de fiesta más allá de lo económico. Zafarrancho total.

## CAPITALISMO DE FICCIÓN

Esta época que ahora probablemente expira, fue calificada en algunas ocasiones como «neobarroca» y, tal como decía D'Ors del Barroco, por ella soplaban un «viento sin norte», propio de los momentos de cansancio de la razón o de los periodos en que la razón instrumental abandona su tarea y recalca en un sueño intranquilo.

Significativamente, el Barroco es la soberbia edad del simulacro. Lejos de querer ocultar el artificio, se afana por mostrarlo y recurre, por tanto, a cualquiera de los efectos ilusionistas. A nadie le pasa desapercibido que la naturaleza representada, viva o muerta, se halla manipulada y hasta torturada, pero se trata, en definitiva, de exhibir resultados sorprendentes, dignos de admiración. Fascina lo artificial y se venera lo ilusorio, pues el mundo posmoderno prefiere la performance a la forma, lo afectivo a lo efectivo, la imaginación a la razón.

El Barroco es también el retorno de todas las

emociones. El sentimiento, la corazonada, la doblez, el juego y el trampantojo. «El nihilismo de los mercados de capital sin regular convierte el bienestar en un simple efecto secundario de la actividad de un casino», decía Keynes. ¿Qué podría por lo tanto aguardarse de esa pasión en los cuatro o cinco años pasados? Y, al fin, ochenta años después de 1929, ¿cómo no esperar que la multiplicación feroz del riesgo llegara al colmo del «viento sin norte» y al ilusionismo como forma superior de la ilusión?

Contrariamente al espíritu que reinaba al final del siglo XIX, ansioso por probar los avances técnicos y científicos y por apartarse de sus costumbres abúlicas, el siglo XXI llegó fastidioso, cargado de repeticiones y de *revivals*. En el cruce del siglo XIX al XX se habían detectado al menos dos importantes revoluciones industriales: la que impulsaba el carbón y el acero y la que desencadenaba el petróleo más la electricidad. Ese paso al siglo XX fue ruidoso, repleto de motores, aviones y planes revolucionarios, artistas subversivos y especialistas del superego, todo ello animado por la luz eléctrica, el agua corriente, las radios, el automóvil y el cine de auténtico estreno. En el espíritu de los ciudadanos instruidos dominaba una atractiva idea del futuro y existía la esperanza de que todo sería mejor gracias a los aportes de la técnica y las invenciones positivas que, sin duda, conllevaría el progreso.

La idea del progreso que había aparecido a finales del XVII adquiriría en ese trance su cima mediante la convicción de que a las espaldas se dejaba un prolongado periodo de rutina y atraso. A escala social, el si-

glo XIX apenas había tenido tiempo de acabar con la esclavitud, las mujeres continuaban relegadas como cien años antes y en el mismo 1900 no hacía ni cuatro lustros que se había inventado el cuarto de baño. Todavía en las primeras décadas del siglo XX abundaban los colores negros de la burguesía más tradicional y conservadora: los vestidos negros, los coches, las ollas, los paraguas negros, humaredas de carbón y lluvias de hollín que ahogaban a los hijos del proletariado. Frente a esa tiznada faz del XIX y principios del XX, el porvenir se revelaba como un espacio incomparablemente más educado, higiénico y saludable.

Lo ocurrido cien años después con el tránsito al siglo XXI fue, sin embargo, muy distinto. El mundo que se asomó al 2000 era de una naturaleza anoréxica y deliberadamente trivial, más inmaterial que material, más ambiguo que concreto, más transparente que opaco.

Es decir, frente a las ruidosas toneladas de la producción industrial, el sigilo de la informática; frente al zumbido de las turbinas, los distantes satélites de información; ante las llamaradas de los altos hornos, el helado fulgor de las pantallas. Esta tendencia, que se aceleró en la última parte de la centuria, fue llegando a una velocidad desorbitada hasta el momento de la especulación y su estallido.

Los países de mayor renta gastan hoy sólo un 40 % del presupuesto en cosas materiales, desde el coche a los detergentes, desde las salchichas a las corbatas, mientras destinan el 60 % restante a algo *inmaterial*. Compran no ya objetos que pesan y ocupan el

espacio, sino experiencias que sólo cuentan en el interior, beneficios cuyos mayores efectos no se ven a primera vista y van destinados a decorar la vida. La tendencia, en suma, poco antes de la Gran Crisis no era ya poseer más sino hacer cuanto más mejor, conmoverse o deleitarse a través del sexo, el viaje, el psiquiatra, el yoga, el cambio de pareja y el vértigo del puenting. En definitiva, lo que ha venido importando estos últimos años no ha sido tanto comprar muchos más bienes como adquirir nuevas sesiones de vida, atender menos a las últimas novedades fabricadas y más a las ofertas que recrearan la emoción. Se apreciaban determinados objetos capaces de mejorar el bienestar, pero sólo lograrían satisfacernos en cuanto plus cordial o «personista». Un mayor consumo material, por bueno que fuera, agregaba ya un bajo beneficio marginal, mientras que lo orientado a la diferenciación personal ocupaba el emergente lugar del deseo.

A los automóviles o a las máquinas de afeitar, a los móviles o los televisores, no les bastaba con presentarse *diseñados*; era preciso, además, que estuvieran *emocionados*. Los objetos fueron, en sus comienzos, herramientas rudas y mudas. Luego hablaron y hasta peroraron con el discurso de la publicidad. Hoy, en el capitalismo de ficción, hablan o callan por aquellas vías, pero eligen preferentemente dar la impresión de que nos aman y nos solicitan para poder existir. La tendencia actual de valor máximo es el anhelo de conectarse y la molécula de succión es la *persona*. El formidable éxito de las web sociales representa la demos-

tración más rotunda. Si Facebook fuera un país, con sus 200 millones de usuarios activos en 2009 ocuparía el sexto lugar en la clasificación mundial por detrás de China, India, Estados Unidos, Indonesia y Brasil.

El logro del otro y otros, su interconexión, conformó, a principios de este siglo, el fenómeno cultural que llamé «personismo» (*Yo y tú, objetos de lujo*), de modo que los nuevos artículos que buscan integrarse en esa relación personalizada son, principalmente, no datos o informaciones cualesquiera sino trufados de sentimentalidad, no cosas sino chats. El mercado, en fin, ha modificado su punto de vista sobre la mercancía para descubrir el valor de su mayor provisión: la compañía, la sorpresa y el humor sin demasiados embalajes. Ofertas de experiencias o raciones de vida distinta se intercambian en la red para ser consumidas, degustadas o simplemente conocidas.

En conjunto, el universo productivo ha pasado de lo más sólido y pesado a lo intangible y translúcido, de Bessemer a Bill Gates, de Lenin a Steve Jobs, de las tupidas trenzas de Mata Hari a los imaginarios del photoshop.

Y de esta misma naturaleza abreviada y deslizante son también los mensajes del móvil, las ideas efímeras, la calidad de los empleos o las imágenes de MySpace. La labilidad de la electrónica define el paradigma contemporáneo, sea en el arte o en la relación, frente a la rudeza del ferrocarril, el repiqueteo del telégrafo y los matrimonios para toda la vida. Lo que era determinado y estable ha ido perdiendo afianzamiento y las grandes empresas, representadas antes en edificios

grandiosos, se fueron desplazando hacia vagos lugares del ciberespacio, en la imprecisión del universo internet, en tierras innominadas del extrarradio o en una ubicación física irreal donde han aparecido y desaparecido como luciérnagas las *start ups*.

Lejos también de consolidarse el capital en edificios bancarios heráldicos alzados en el corazón de las urbes, las operaciones se realizan a través de las pantallas sin grosor. En esta actualidad, los artefactos son planos, las pantallas, las tarifas, las compresas son planas, y hasta el planeta se ha descubierto que también responde a la estampa de lo más plano, transitable e igual. Los cuerpos tienden a la delgadez, la arquitectura o el arte acogen el minimal y las ideologías son sintagmas de tres palabras: «Yes, we can.» Simultáneamente, no hay objeto o circunstancia que no estuviera soñando con hacerse transparente tanto por hacer ver todo de una vez como por dejar de existir a la manera convencional. Las cuentas de los partidos, las *stock options*, los presupuestos autonómicos, las becas, las fusiones de empresas, las experimentaciones científicas deben ser transparentes en atención al requerimiento ético pero transparentes también en cuanto su permanente disposición a cualquier coloración.

¿Cómo abrazarse, pues, a esa realidad del siglo XXI tan desencarnada y emocional a la vez? ¿Cómo no aceptar la proximidad entre lo desmaterializado y lo imaginario, entre lo verdadero y lo falso, entre el voluble precio de un activo y su fácil desintegración, el bisel de la transparencia y el brillo de la especulación?

La crisis financiera es la consecuencia de la desaparición del dinero y no la desaparición del dinero el efecto de la crisis financiera.

Las noticias de grandes mentiras en la ciencia, de falacias deliberadamente muñidas para obtener honores, anunciaron ya, mucho antes de esta Gran Crisis, el fin de lo real. Revistas como *Science* o *Lancet* difundieron trabajos falsos o manipulados para causar impacto y, en la vida corriente, más del 80 % de los alimentos procede ya de manipulaciones fabriles, resultado de materias primas adobadas con conservantes, antibióticos, procesos genéticos y hormonas.

Desde hace dos décadas la mentira pública y la corrupción a escala global era ya múltiple y múltipara. Con la verdad a cuestas apenas se podía dar un paso, mientras que gracias a la mentira, su perfume o su humareda, se podía volar. Cuanto menos adherencia y sujeción a una idea o a una creencia, mayor capacidad para transmigrar. He aquí las bases del capitalismo de ficción que en lugar de atenerse a producir objetos, por bellamente diseñados que sean, se empeña en favorecer la producción de experiencia, realidades de segundo orden, que incrementan la posibilidad de vivir y vivirse más. Más intensamente o de modo más surtido gracias a las ficciones realísticas que no han hecho más que aumentar.

Antes se decía «la verdad os hará libres», pero luego se vio que, en estos tiempos, la verdad ata. De hecho, a cada nuevo sondeo que se realizaba sobre la confianza que inspiraban las instituciones, desde la política al periodismo, desde la Iglesia a la justicia, su

valor descendía un poco más. La lenidad convertida en medio ambiente permitía, además, decir esto y aquello, sostener una teoría y la otra sin que, en medio de la indiferencia, apareciera un contraventor.

Habitábamos de este modo un reino donde, convalidada la verdad por la falsificación, la especulación pasaba a ser un natural modo de vida. En este juego ocurría lo mismo que con el sexo, ahora transformado en género. Con el sexo podía hablarse del modelo masculino y del modelo femenino como polos de definición, pero bajo el reino del género podían entrar todos los grados y mixturas hasta parecer de poco gusto caracterizar a alguien como hombre/hombre o mujer/mujer. El título se crea imaginativamente sin que exista una realidad anterior. Todos seríamos fusiones, creaciones culturales, construcciones permeables, propensas a la mixtura y la transfiguración.

En la vastedad del mundo se asienta nuestra ciudad, y en la ciudad, entre un anonimato de construcciones, el lugar del domicilio. Dentro de cada casa hay un rincón para agazaparse y todavía, al fin de ese reducto, aparece la pantalla del ordenador, el último alvéolo de la intimidad. La intimidad que antes se confiaba a un oído elegido pasa hoy a los salones del ciberespacio (a la llamada «extimidad») y millones de usuarios cuelgan allí sus secretos, desatan sus inhibiciones o muestran su privacidad. En ese ciberplateado cosmos, plagado de infinidad de nombres y fantasmas, se canjean cuentos y noticias, fantasía y verdad. Allí no existen animales, ni rocas, ni muertos. Un

mundo así, tan especulativo, no lo habíamos conocido nunca y sólo lo habíamos supuesto como el posible paraje al que advendríamos después de muertos, entre la fecha de la esquela y el juicio final, en cuyo periodo las almas, desprovistas de cualquier peso, se relacionarían como cuerpos cero.

A comienzos del siglo XXI los valores tecnológicos (los valores punto.com) multiplicaron por cientos o por miles su valor durante algunas semanas. Bastaron, sin embargo, otros quince días para rebajar su cotización a menos de la mitad. Entre uno y otro punto no sucedió nada tan tremendo que justificara la oscilación; sólo se vio afectada la simulación. Cambió la luz de una radiante prosperidad así como lo tenebroso ocupa ahora, en pocos meses, el lugar del esplendor.

En consecuencia nadie puede saber cabalmente qué será al fin más cierto: si el valor que poseían los títulos hace un mes, la cota intermedia o el ínfimo precio de la crisis. Pero tampoco debe importar a efectos de verdad/verdad. Los valores traducen un índice que ya no se refiere a lo real, sino a lucubraciones trabadas entre sí dentro de las propias o ensimismadas especulaciones financieras. En definitiva, después de este desplome nadie osará pronunciar sentencia sobre el precio efectivo de una acción porque la realidad hace tiempo que ha sido desprendida de pertinencia y patina sobre una superficie celada. Lo verificable ha sido sustituido por lo imaginado y el mundo por su reflejo operacional.

Y no sólo en las operaciones financieras. Los productos cotidianos ganan o pierden a través de las tendencias, los políticos ganan o pierden según sus deslices, el arte adquiere, o no, relevancia a través de sus conspiraciones internas entre el galerista, el comisario, el crítico y el marchand. En la economía, en el arte, en la política, en la identidad, lo estructural, la alquimia interna, va supliendo a un patrón más o menos objetivo y referencial.

Dentro de la red, en el ciberespacio, millones de personas generan a diario, en contacto con otras, una vida simulada o no. Una simulación, o no, que empieza a ser ya tan importante como la vida cara a cara. Aunque tampoco se sabe muy bien. La ignorancia actúa como la regla que domina la situación. Esta reina del mundo que habita desde las revistas a la red y segrega una incertidumbre permanente. Crea, en suma, una zozobra en la cultura que difícilmente ofrece otra opción que la de apostar, y tal estado azaroso, que debería ser víctima de su propia fragilidad, crece y crece como un wiki-reino donde el mal se alimenta de sus aberraciones y la verosimilitud, o no, avanza como una plantación que se autofecunda, una oreografía que extrae de una anfractuosidad otra nueva y de cualquier tortuosidad la causa última del Accidente.

Los periodistas en las redacciones, los supervisores en las auditorías, los políticos en sus ministerios, los órganos internacionales en sus balnearios, actúan como impostadas instancias ajenas al exuberante desarrollo de la ignorancia que crea tanta inquietud como fragilidad. Ellos mismos declaran sin rubor y en plena cri-

sis no saber qué hacer, puesto que ya la ignorancia no radica en carencias sobre esto o aquello sino que constituye la normalidad, una formación global, una clase de ignorancia sustantiva que aumenta al costado del saber, para instituirse como el saber alternativo.

¿El saber de la oscuridad? La oscuridad del saber. El fin de las Luces, el principio de la luz especular. Porque acaso «entre los seres humanos existe un tipo de intercambio que no proviene del conocimiento, y ni siquiera de la carencia de conocimiento, sino de la nula aspiración a saber» (J. K. Galbraith, *El crack del 29*).

## LA DESINTEGRACIÓN DEL DINERO

«Se puede saborear al máximo la muy variada imbecilidad del comportamiento humano durante un pánico, pues, mientras se suceden los momentos de gran tragedia, lo único que se pierde es dinero» (J. K. Galbraith, *El crack del 29*). Sí, sólo dinero, pero el dinero no es cualquier cosa. Es eminentemente la cosa con la que cualquier otra se puede convalidar.

De este modo el dinero es semejante a una sustancia tan mágica como turbadora. «El útil más puro», lo llamaba Simmel. «El dios de las mercancías», decía Marx, puesto que él las representa a todas. Un factor que, a diferencia de lo que sucede con la mayoría de los componentes de esta vida —las aficiones, los amantes, el cáncer—, no sólo es importante para quienes lo tienen sino también para quienes carecen de él.

Con su intervención, los bienes, los servicios, los crímenes o incluso ciertas formas de amor tienen un precio. Los seres humanos someten su dignidad, los países se subordinan y la lealtad, la justicia o la reli-

gión sucumben ante su sombra. No puede, por tanto, considerarse extraño que su origen provenga directamente de los dioses y haya constituido un lazo esencial entre vivos y muertos, cuerpos y espíritus, en una secuencia que discurre desde las conchas de cauri hasta el fantasmagórico universo de los *credit default swaps* y los paquetes *extreme*, productos típicamente tóxicos de la especulación de la especulación.

Los dioses fueron los primeros capitalistas de Grecia, y sus templos, las instituciones dinerarias más antiguas del mundo. Así, los tesoros formados en el templo con los donativos regulares de los fieles quedaban al cuidado de los sacerdotes, que, con su superior conocimiento del mundo, sabían incrementarlos de muchos modos. Los templos de Oriente, atestados de diezmos y ofrendas, eran auténticas centrales que monopolizaban la circulación dineraria y actuaban a manera de *instituciones bancarias* concediendo préstamos e hipotecas.

En coherencia con ello, las primeras monedas de Grecia procedieron del templo y no del Estado. Los términos de diferentes lenguas europeas que designan al dinero (*moneda, moneta, monnate, money, münze*) proceden de Moneta, nombre con el que se conocía a la diosa Juno, y en cuyo templo se acuñaba la moneda romana. Más aún, dinero y templo han estado originariamente unidos a través de los sacrificios sagrados.

Como todavía puede comprobarse, las sedes de los grandes bancos fundados a finales del siglo XIX y principios del siglo XX se construyeron a la manera de

templos, y el parecido entre la majestuosa arquitectura bancaria y las catedrales no es otra cosa que un reflejo de sus vinculaciones. Banco y templo comunican con la divinidad, los dos hacen alusión a un poder sin límites y ambos replican la antigua unidad sacrificial que preside el nacimiento del dinero.

Las sedes centrales de los principales bancos españoles erigidas en los entornos del siglo XX (Banco de Barcelona, 1844; Bilbao, 1957; Vizcaya e Hispano, 1901; Español de Crédito, 1902; Central, 1919) y a lo largo de los años veinte, en vísperas de la Gran Depresión, cuajaron en grandes construcciones donde apenas faltaba una pila de agua bendita para confundir sus zaguanes con los atrios.

Con las esperables diferencias, el templo y el banco se alían en esa época de esplendor, capitalista y financiero, dentro de un mismo orden de vidrieras, cariátides, mármoles, capiteles dorados y cúpulas directamente iluminadas por el cielo. Esta clase de edificios con edecanes, sacerdotes y ujieres insinuaban además la custodia de un arcano, sagrario o lugar de la caja fuerte, donde se depositaba el oro o el dios esencia misma del dinero. Dependencia blindada y centro dorado al que sólo los sacerdotes podían acceder.

Si la prueba más rotunda del poder teológico se significa en la basílica de San Pedro, la desmedida opulencia de las sedes centrales de los bancos daba noticia de la excepcional materia que custodiaban.

El espacio reverencial destinado al dinero copia puntualmente el carácter de las sedes religiosas donde tanto el cliente como el feligrés debían ser anonada-

dos. Y así, efectivamente, eran las cosas hasta hace relativamente poco. La vigencia del patrón oro encarnaba al becerro de oro, tótem sacrificial que representaba el dinero metálico. De este modo, el dinero en efectivo se regulaba de acuerdo con la masa aurífera que lo respaldaba, un vínculo que Bretton Woods eliminó (1944), de modo que a partir de entonces fue el dólar y la moneda de referencia por medio de hacer equivaler, sagradamente, una onza de oro a 35 dólares.

¿Qué ocurre sin embargo ahora, cuando, desde los años setenta, se ha perdido esta matriz del dólar áureo? Ocurre que todas las divisas, los billetes, los medios de pago de toda especie, los títulos, los activos, cualquier signo del dinero se intercambia locamente entre sí. El valor signo del dinero se reemplaza por el nuevo valor sistémico del dinero. Todas las monedas y activos circulan refiriéndose a otros activos en movimiento, refiriéndose entre ellos mismos, que flotan y cambian a su vez. No hay pues un patrón fijo que presida el intercambio, como tampoco hay canon en el arte, en la moda o en el sexo.

Más bien el capital, desligado de sí mismo, hace y deshace los modelos generales a lo largo y ancho del mundo mediante intercambios volubles que promueven una especulación liberada, desatada y fácilmente dirigida al *crash* en un momento cualquiera, impredecible, y de dimensiones, como denota esta crisis, imposibles de calcular.

Así crece la metástasis de activos y cuanto más crece más difícil es su seguimiento y su control. El dinero, en definitiva, actúa pero no está concretamente

en ningún lugar. Hace tiempo que ha llegado a esta conversión de su materialidad en un valor signo y del valor signo ha saltado hacia el valor estructural.

Los talones cruzados, las acciones, las letras de cambio, los certificados de depósito, los *hedge funds*, las tarjetas de crédito sustituyen la sólida pesantez del dinero sagrado a cambio de su extrema fluidez y capacidad de circulación. Cambia la circunstancia de tener muchos billetes «contantes y sonantes» por una celeridad silenciosa, vertiginosa y electrónica.

En la vida civil, al dinero «metálico», propio de la era industrial y maquinista, sucede el dinero de plástico representado por la tarjeta de crédito o «de débito», y, como en otros órdenes del capitalismo de ficción, lo real es doblado por lo virtual, la posesión por la potencialidad de la posesión y la riqueza por la capacidad de endeudamiento.

Convertido en anotaciones contables sobre el firmamento de cifras que es la faz del ordenador, el dinero ha ido desapareciendo de nuestras manos para emigrar a los enigmáticos dominios del sistema financiero. Entre los ciudadanos, el dinero sólo existe físicamente a su alcance como un resto: para pagar el parquímetro, la compra de tabaco, el pago de un café o la limosna en el semáforo. Ni siquiera es necesario para adquirir la entrada del cine, pasar un peaje, adquirir los alimentos o cortarse el pelo. Lo que queda de dinero entre nosotros, recogido materialmente en el bolsillo, son pequeños residuos todavía sin condonar del viejo dinero. Son pocos, y cada vez menos.

Desde el bonobús hasta los cheques gasolina, desde el talón a la tarjeta fidelizada, los billetes huyen de nuestras vidas. Tan sólo los indigentes –no insertos en la normalidad– tienen, en el conjunto de su fortuna, una parte significativa traducida en *metálico*.

En el intercambio *lingüístico*, pagar en *efectivo* es como pronunciar una palabra demasiado fuerte. «¿Va a pagarlo usted en efectivo?», nos preguntan en los grandes almacenes. Es decir: ¿va a atreverse usted a pagarlo en efectivo? Sólo el campesino y el pobre son aquellos que no saben sino pagar en efectivo. Freud hacía pagar a sus pacientes en billetes al terminar la sesión, entregar el dinero «sucio», de mano a mano, para dificultar, a través de este acto *grosero*, todavía en aplicación psicoanalítica, la transferencia entre el doctor y su cliente.

Del hombre rico se dice que *tiene dinero*, pero en verdad lo que el hombre rico tiene es la *potencia* del dinero, convertida en cargos, influencias, posible capacidad de endeudamiento. El mayor encanto de cualquier multimillonario es, efectivamente, su llamante vacío, la opulencia culminante que ya no pesa o pesaría tanto en realidad que no podría llegar a medirse. O, también, la mayor persuasión que se recibe de la riqueza es su secreto sumarial, como la mayor tragedia que ahora se vive en esta crisis es la incertidumbre respecto al caudal perdido, quemado o desaparecido en el sumidero. Las grandes fortunas, como las grandes bancarrotas, se incorporan al capitalismo de ficción como ensoñaciones, maniobras es-

peculativas que traspasan los límites de la evaluación y del sentido.

Como consecuencia de este mismo fenómeno de la desaparición, los bancos olvidaron hace tiempo la ostentación de hace cien años y han ido cambiando la morfología estructural de recintos sagrados por ambientes laicos, desnudos, asépticos o amenizados apenas con ficus.

En el banco actual, todo parece expuesto y, a la vez, transparente. Han sido eliminadas las ventanillas a la manera de confesionarios y los mostradores separadores como barreras entre oficiantes y fieles. Se eliminaron las cancelas y apenas se advierten indicios del supuesto laberinto que conducía a la caja fuerte. El banco actual, sin exornos ni cariátides, tiende a persuadirnos de que nada oculta porque nada es ya del orden del tabú. Lo que antes fue su objeto sagrado y alrededor del cual se armaba el monumento, es hoy una evanescencia sin más carácter que una oficina, insignificante respecto al negocio y expresamente diseñada para convertirse en una continuación del centro, clínica o sala de terapia con asesoramiento gratuito.

El dinero no existe simbolizado en ninguna parte ni tampoco en el banco mismo. La riqueza no emana de un teocali y los administradores, si siguen allí, visiten como empleados y atienden como currantes.

Si la iglesia parroquial de hoy ha adoptado el aspecto funcional de un sintético salón de actos, el banco tiende a ser un deslavazado recinto para celebrar tertulias con las visitas. Si en la iglesia se ha simplifi-

cado el altar, se ha abatido la altura de los púlpitos y han borrado la tenebrosidad del confesionario, el banco actual es simple y llano, indiferenciado, transeúnte y anodino. El sacerdote desarrolla su apostolado a través de un diálogo con los fieles dispuestos ante él menos como *conversos* que como *conversadores* y el banco tiene a la conversación como la manera proverbial de la realización bancaria. «Haber hablado con el director del banco», «haber mantenido conversaciones», «establecer contactos», «acercarse en las posiciones del diálogo», configuran el repertorio de lo que se llama *operaciones*. El ámbito donde, bajo una funeral luz de neón, se han firmado millones de empréstitos y eternas hipotecas.

¿Quiere decir esto que el banco se ha avenido a perder poder? Claro que no. Del mismo modo que los sacerdotes se han esforzado en propagar la volátil idea de que Dios está en todas partes y no exclusivamente encerrado en el templo, los bancos han trabajado en el argumento de que el dinero no se halla en ellos o en un billete sino en cualquier activo, por incomprensible que sea.

El banco no está, además, frente a nosotros corporizando el dinero, ni tampoco sobre nosotros significando a una autoridad, sino que nos recibe como un igual, acompañándonos, orientándonos, porque en verdad el dinero ha sido desencarnado, desterritorializado, y se hace necesario valerse de guías. El banco se sitúa pues a nuestro lado como un profesional melifluo para introducirnos como especialistas a sueldo en la invisible biología del dinero.

Los obsequiosos modos bancarios inducen así, sin quererlo, al recelo casi constante y desde hace tres décadas todos nos sentimos enlazados al banco a través de una ambigua situación de dependencia y de repudio, de necesidad y de miedo: el miedo que ha estallado actualmente hasta convertir cada oficina bancaria en un posible factor terrorista y a cada director en una figura que tras calificar nuestra solvencia decidirá acaso cualquier forma de estafa.

Casi todas las bases para llegar a la quiebra que ahora ha estallado, se hallaban implícitas en el producto que vino a representar la tarjeta de crédito, tan inocente en apariencia y tan intencionada en la denominación que la aludía como *tarjeta bancaria*. Tarjeta bancaria o tarjeta del banco, tal como se ha revelado claramente después.

Por una parte, la tarjeta bancaria o de crédito conlleva la transmutación del dinero en credencial para gastar. Si el dinero, siendo *unidad de cuenta*, era por esencia *cuantitativo*, la tarjeta de crédito introduce la magia de lo *cualitativo*. Con ella no es una suma determinada lo que se entrega cuando la usamos sino, sobre todo, un don.

Para el poseedor de la tarjeta, las cosas, una a una o en conjunto, no tienen precio en sentido estricto, sino un grado mayor o menor de resistencia a la capacidad de endeudamiento que fija la tarjeta. Es decir, a la capacidad de crédito con que el banco ha dotado a nuestro nombre grabado en la tarjeta. Se llega pues, en virtud de esta *cualificación* otorgada por el banco a

la tarjeta, con mayor o menor aval en su interior, a una categoría que transforma la rigurosa limitación de lo cuantitativo en la «plasticidad» de lo cualitativo. Todo gracias a la potestad del banco.

Esta plasticidad es, de una parte, la que induce a gastar más puesto que si las compras se hicieran en efectivo, lo efectivo permite sopesar y lo cualitativo es estimación pura. Pero también, de otra parte, mediante la tarjeta de crédito no se ejerce un desembolso sacrificial, sino que al usarla se practica una virtud que, en principio, al repetir su uso acrecienta el reconocimiento moral obtenido de la banca. El sujeto gastará más con la tarjeta porque si de las mercancías, el dinero incluido, se tiene una agónica idea de finitud, el crédito personal se siente una limitación incomparablemente menor y abstracta.

Más aún: mientras que la entrega de efectivo nos disminuye efectivamente, la presentación de la tarjeta de crédito (o el crédito mismo) nos expande nominalmente. El dinero que entregamos nos reduce, la tarjeta que exhibimos nos acredita. Repetir compras con la tarjeta, a diferencia de lo que sucede repitiéndolas con el dinero, es una reiteración de la secuencia de nuestro nombre y, de modo similar, la disposición del crédito que se le ha otorgado a nuestra firma realza en cada momento del pago una afirmación de nuestra identidad.

Esta facultad o íntima gratificación que procura tanto la tarjeta de crédito como el crédito en general, conlleva, sin embargo, un coste psicológico característico. Somos poderosos, compramos con nuestro nom-

bre, pero lo somos, tenemos nombre, en virtud de que nos hallamos amparados por la banca.

Todos estamos en fin, mediante el crédito, enlazados a la banca, pero además, y por ese circuito de dependencia, la deuda no es sólo económica. El dinero efectivo que llevemos en la cartera nos pertenece en exclusiva, pero el préstamo bancario es la memoria de una deuda pendiente, una culpa todavía sin redimir. Compramos coches y pisos con el préstamo bancario en la medida en que formamos parte del sistema de la banca, y tenemos un nombre que vale como forma de pago gracias al nombre de la entidad. O, de otro modo: entregamos nuestra individualidad personal a la categoría más grande de un nombre en el que filialmente nos subsumimos.

La banca ha llegado así, primero por el camino de la tarjeta de crédito y siempre por la múltiple concesión de préstamos, a ser como la placenta de nuestra existencia mercantil. De hecho, dentro del mundo de la banca, ser muy rico es equivalente a ser *una firma*, una firma que el banco nos certifica. La banca nos da nombre cubriendo nuestro nombre con el suyo. El dinero en efectivo nos acota, nos reduce a lo que (efectivamente) se cuenta. Da confín a nuestras disponibilidades: nos define y nos prohíbe. Pero el crédito bancario reblandece nuestro contorno y lo expande como un incontrolable espejismo.

Todos venimos y vamos a la banca, todos estamos endeudados. No solamente han desaparecido los símbolos del dinero (el oro, la sal, las pieles), también los

signos (papel-moneda) que se referían al dinero-signo. El principio expiatorio del dinero no aparece cosificado en una moneda marcada. Sólo queda la banca como una taimada formación tan cercana a la maternidad como a la lengua de la psicoterapia. No es inconsecuente así que aquellos edificios bancarios, templos donde se entronizaba al dios, hayan virado hacia un interior de cristales amnióticos, maceteros de helechos y divanes de skay, muy próximos al mundo de las clínicas privadas. Y esto es así porque la colosal presencia de la banca es hoy, especialmente en tiempos de «bancarrotas», la versión de una oquedad simbólica. La simbología de una enfermedad que nos persigue o el deslizante recuerdo de una pérdida. La pérdida del dinero/dinero y la pérdida (atávica) de la mujer/mujer.

## LA MUJER Y EL INCESTO

En *La estructura libidinal del dinero*, Horst Kurnitzky sostiene que, en la historia de la horda primitiva, la propiedad de la mercancía se hallaba ante todo representada en la mujer. La mujer se adquiere fuera de la tribu para respetar en su interior la prohibición del incesto, el único tabú sexual que permanece todavía vigente.

El tabú del incesto procede de la historia de una supuesta tribu originaria en donde los varones se rebelan contra el monopolio del jefe en el disfrute sexual de las mujeres. Los súbditos dan muerte al jefe, los hijos asesinan al padre y, a través de esa conspiración más los remordimientos que genera, la colectividad alcanza la cohesión de la primera sociedad humana. Es, básicamente, el mismo relato que asume la religión católica con la muerte de Cristo. El hijo del Dios se ofrece para una muerte sacrificial y los fieles reproducen el ritual de comer y beber de su cuerpo para redimir su culpa.

En sus principios, la relación creada por el tótem era más fuerte que la de sangre o de familia, de modo que los miembros de un mismo tótem no podían tener relaciones sexuales entre ellos. La exogamia, la compra de mujeres fuera de la tribu, es la consecuencia inmediata de este tabú y el origen de la mujer como mercancía.

Esa adquisición de las mujeres sustituye pues a la meta libidinal primaria, del mismo modo que todas las formas de propiedad son reemplazantes de un objeto de amor primario pero prohibido. Así, la mujer se constituyó en la primera propiedad instintiva del hombre, comprada como objeto productivo y como fuente de placer.

El sacrificio del sexo femenino, la represión de la sexualidad femenina vendría a ser su obligado correlato. De la mujer se dispone como de un elemento susceptible de explotación y se le impone una categoría similar a la que rige especialmente en la explotación de la tierra. La estructura libidinal en la que se apoyaría el dinero comenzaría, pues, con la prohibición del incesto, y de este tabú derivan todos los sacrificios y sustitutos rituales en el banquete totémico que darán origen al dinero. Los romanos llamaban a su dinero *pecunia* (de *pecus*, «ganado») porque evocaban con esa palabra las cabezas de ganado inmoladas a los dioses, un sacrificio de reses que había sustituido las ceremonias de canibalismo, donde el objeto sacrificado era, al principio, un hombre o una mujer.

¿El dinero? ¿La mujer? La moneda, reproduciéndose como un anillo lleno, evoca simbólicamente la fe-

cundidad y puede considerarse, a la vez, representante de la luna llena y símbolo de la vagina. Las formas de rueda y de cruz presentes en las monedas entrarían a su vez en el mismo contexto. La cruz es uno de los símbolos más antiguos de la fecundidad y remite directamente al cruce de la reproducción. La cruz aparece en las lápidas célticas y, fundida en bronce, servía como dinero en los mercados que se celebraban en honor de los difuntos alrededor de los cementerios. Pero, por si fuera necesario algo más, este círculo se perfecciona en el grillete (sacrificial) que dibuja el cinturón de castidad, sostenido no físicamente pero sí moralmente hasta hace relativamente poco.

¿Qué sucede, sin embargo, en el sistema económico cuando la mujer se libra de ese anillo? ¿Qué es del dinero cuando su estructura sacrificial se esfuma? O, lo que es lo mismo, cuando la revolución sexual hace de la mujer sujeto y no objeto, factor de acción y no materia prima de explotación e intercambio. ¿Qué es del patrón fálico cuando hombre y mujer en una liberación conjunta deshacen el modelo y trastornan así los presupuestos básicos? No habrá ya un orden fijo en el intercambio sexual sino un «desorden amoroso», porque si la mujer deja de ser tratada como objeto desaparece su función como objeto general de valor. Las funciones femenina y masculina tienden a confundirse, y el orden, anclado por anticipado, estalla en una «metástasis del valor». Una proliferación del valor en innumerables activos fantasmas, ficticios o inventados, flotando sin referencia fija y convertidos en partículas de variable liquidez.

El duro paradigma de la masculinidad colapsa sin el antagonismo de la feminidad, el amo colapsa sin la réplica del esclavo y la banca que da crédito colapsa en el «descrédito» y el impagado. La realidad se vuelve especular en el sujeto sin objeto o en el sujeto repetido en la vacuidad de su contrario.

Hombre y mujer, mujer y hombre, inauguran así la fase de un igualitarismo que ha evolucionado a costa de haber perdido la bipolaridad de referencia. *El crimen perfecto*, lo llamó Jean Baudrillard. No el crimen con culpable y víctima sino el asesinato en cuya realización desaparecen todos los actores y todas las pistas. Fin del dinero signo, fin de los signos inequívocos de la sexualidad: principio de la especulación constante, gemelización de los sexos, indiferenciación o muerte de la oposición, de la represión, de la tensión, de la contención. «En lugar de la alteridad, una corriente alternativa.» En lugar de la devolución del préstamo, el préstamo sucesivo, en vez del sistema de financiación, la financiación del sistema de financiación.

Lo masculino se feminiza y lo femenino se masculiniza, hasta llegar al paso ideológico e hiperfeminista del sexo al género. No será, según esta teoría, la genitalidad ni tampoco la funcionalidad hormonal la que decida la sexualidad de cada uno, sino la elección personal a través del género elegido culturalmente.

Si el capitalismo tuvo su pilar inaugural en el comercio y el comercio en la estructura libidinal del dinero, signo de la represión de la mujer y su tratamiento como mercancía, ¿qué transformación puede

registrar el sistema cuando la mujer pasa de objeto a sujeto y de moneda de intercambio a activo intercambiable?

Todos los hundimientos (del sistema, del imperio, de la normalidad, de la masculinidad) llegan por donde menos se espera. La Causa Suprema no deja oír sus pasos y jamás muestra de cerca el rostro de su causalidad. Así, de la misma manera que el género se emancipa del sexo y circula sin la plomada de su origen, el dinero, los activos financieros emancipados de patrones (el patrón oro, el dólar, la regulación del Banco Mundial o del Fondo Monetario Internacional) transitan sin dirección determinada. El dinero busca desafortadamente al dinero en una suerte de incesto sin fin, puesto que ya el 90 % de los capitales que circulan son transacciones que no se corresponden con mercancías, sólo con transacciones, Transacción de la Transacción.

No hay objeto al otro lado del espejo. Sólo hay el reflejo del tabú, el vidrio de la especulación. La locura de la transparencia.

Que la crisis se deslice de un continente a otro, del país desarrollado al pobre y del pobre al rico, hace pensar que el suceso pertenece a un orden superior. Si fuera sólo asunto entre seres humanos, la condena distinguiría entre víctimas y verdugos, damnificados y elegidos. Un puñado de jugadores a la baja se habrá enriquecido en estos meses, pero su número no es tan significativo como para deducir una matanza en su beneficio ni una maquinación de pocos. El mal se

transparenta en toda la población y la pobreza se extiende como una plaga o una catástrofe natural.

¿No será precisamente esta implosión la venganza de alguna Fuerza Tabú? El Más Allá primitivo visita el Más Acá revestido con la forma de un Pecado de Exceso mientras inaugura un espacio de vacío en el desierto de la liquidez.

El tratamiento del problema, según las autoridades económicas, requiere una adicional financiación del sistema, una gigantesca financiación para que la antigua financiación funcione. Para volver a la vitalidad financiera es preciso sumar al moribundo sistema de financiación una financiación obtenida del mismo sistema de financiación. Porque ¿qué otro sistema de financiación cabe imaginar en el mismo sistema?

Abdeslam Baraka, ex ministro marroquí de Relaciones con el Parlamento, declaraba, en octubre de 2008, que sin la inyección de financiación «la sangre dejará de fluir en el cuerpo de la economía y el paro cardíaco será inevitable. O, en todo caso, las secuelas sobre las funciones del cerebro estarán servidas». Y Milton Friedman decía: «Nuestro país tiene insuficiencia cardíaca congestiva. Nuestro corazón, el sistema bancario que bombea sangre a nuestros músculos industriales, está obstruido y funciona muy por debajo de su capacidad. Nada más puede compararse en importancia, ni de lejos, a la necesidad urgente de curar nuestros bancos» (*El País*, 29-3-2009).

A falta, por tanto, de un acceso al fantasmal problema se invoca la primitiva mercancía del cuerpo hu-

mano. A falta de inteligibilidad del mal absoluto se recurre al mal cardíaco y sus líquidos infectados.

A la peste, entre todas las calamidades de la vida, se la llamaba, por antonomasia, el mal. Porque no había entonces en la tierra mal alguno que pudiera comparársele. A mediados del siglo XIV el feudalismo británico dio paso al primer capitalismo precisamente porque este mal menguó la población hasta en un tercio y brindó, a la reducida mano de obra campesina, la oportunidad de oponer su escasez al poder de los señores. El dolor colectivo y la economía establecieron de este modo una estrecha e interminable relación en torno al mal.

La llegada de la peste (el estallido de la burbuja, del bubón) provocaba tal perplejidad que, para asumirla en lo posible, la población trataba de darse alguna de las rudas explicaciones que su cultura podía proporcionar. Si encontrar las causas de un mal no logra neutralizarlo, racionalizar su existencia es adquirir un marco de seguridad relativa, conquistar un diagnóstico donde alguna vez los remedios podrán actuar.

En el siglo XIV se formulaban tres explicaciones para dar cuenta de la peste: una, a partir de los doctos; otra, creada por la multitud anónima; y la tercera, difundida a la vez por la multitud y por la Iglesia. La primera atribuía la epidemia a una corrupción del aire generada por fenómenos celestes (aparición de cometas, conjunción de planetas, etcétera), ocasionada quizás por diferentes emanaciones pútridas o por ambas cosas juntas. La segunda explicación conllevaba

una acusación: había sembradores del contagio que extendían deliberadamente la enfermedad. Era menester buscarlos, apresarlos y castigarlos. La tercera aseguraba que Dios, irritado por los pecados de toda una población, había decidido vengarse; convenía, pues, aplacarle mediante ritos y penitencias. A todas ellas se ha recurrido ante la peste que representa esta Gran Crisis, siete siglos después.

En conjunto, todo parecen ser supersticiones, pero de esta provisión también se sirve con mucho gusto la condición humana, que, en no pocas ocasiones, se siente más satisfecha con la misteriosa intervención de fuerzas ocultas, el resoplar de monstruos y la confabulación de estrellas, que con los duros y decepcionantes castigos de la razón.

Lo espectral deshace las diferencias de clases, confunde entre su luz quebrada lo blanco con lo negro, la culpabilidad con la arbitrariedad. Financiación para el sistema de financiación, vida para el sistema de vida, líquido para el sistema de liquidez, existencia para la existencia funeral.

La suma de lo idéntico sobre lo idéntico en un incesto infinito conduce hasta la masa crítica de Dios. El tótem absoluto que es el que es. Acaso en ningún momento, tras la llegada de la modernidad, las explicaciones más técnicas y profesionalizadas se aproximaron tanto al pensamiento cero o a las formas más rudimentarias del pensamiento religioso. O, a lo mejor, siempre fue casi lo mismo y ahora resalta más su persistencia, porque ¿quién puede desdeñar a quien se esfuerza por combatir el mal?

En el *Decamerón*, siete mujeres y tres hombres huyen de la peste de Florencia en 1348 y se refugian en una villa. Allí encerrados convienen que, para aguantar mejor el infortunio, cada miembro del grupo cuente una historia durante cada una de las diez noches que pasan juntos. Los temas son casi siempre profanos, a tono con la mentalidad burguesa que empezaba a fraguarse en Florencia, y se refieren a asuntos como el amor, la felicidad, la inteligencia o la fortuna que puede llegar desde el Mal mismo. El sexo es a su vez un fuerte recurso contra el miedo y la promiscuidad entre unos y otros viene a espesar la trama entre el temor y el placer, el placer y el olvido, el olvido y el miedo, ante la próxima inauguración de un nuevo «*aire du temps*».

## LA TERCERA GUERRA MUNDIAL

Bancos que se hunden cuando parecían flotar con esplendor, países como Islandia que se desploman, gobiernos que caen en Bélgica, Hungría, Letonia, República Checa, ruinas de multimillonarios que ven reducida su fortuna a la mitad, parados que suman 200 millones en unos meses, una riqueza mundial que en año y medio ha reducido su valor a la cuarta parte. ¿Cómo no presenciar este espectáculo como una guerra? Una guerra de la que no puede saberse si saldremos vivos, si la imprevista bomba que estalla en el vecindario nos preserva o termina radicalmente con toda nuestra propiedad.

No se trata exactamente de la vida orgánica, pero ¿quién duda que la amenaza alcanza a todo nuestro sistema de salud? Sólo los mendigos, los locos, las monjas, los enfermos terminales o los zimbabuenses con inflaciones del 50 millones por cien, parecen libres de este infortunio. ¿Libres? Quiere decirse carbonizados de antemano y, en consecuencia, liquida-

dos antes de que los liquide la misteriosa falta de liquidez.

Millones de empresas, decenas de millones de trabajadores del automóvil, los servicios, la construcción, cientos de millones de víctimas más sus parientes, sus descendientes y sus enemigos son carne de cañón. La Tercera Guerra Mundial, o lo que sea, ha comenzado a contar sus damnificados en millones de cadáveres. ¿Cadáveres metafóricos? Cadáveres en cuanto individuos incapaces de proyectar su porvenir o, en suma, individuos reducidos a partículas cuyo movimiento y destino determina el azar puesto que, ahora, el miedo que nos llena el cuerpo es como el miedo del puro azar y así, henchida de azar o reventada por el albur, se encuentra, la totalidad del planeta, que por primera vez se ve sumido todo él en la mayor y más desconcertante de las ruinas.

Y todavía, como en las guerras mundiales, no sabe ni cuándo va a concluir o si las armas de destrucción en reserva entrarán en acción e incrementarán el destrozo. Nadie sabe nada exactamente y la incertidumbre llena el temblor. No será la existencia física lo que se encuentra en la línea de fuego, pero ¿quién puede negar que la vida que siga será otra vida que no podemos prevenir? Ni las autoridades son incapaces de anticipar nada, puesto que, como en las mismas guerras, es imposible pronosticar qué grado de desequilibrios estará creándose y en qué otro orden o caos va a derivar.

¿Qué pueden importar las vicisitudes políticas interiores o exteriores, las ya de por sí insignificantes disputas nacionalistas o no, los accidentes de tráfico o

los programas del corazón? La deteriorada fe en los políticos, ministros de Economía o de cualquier otro departamento, se ha agudizado al compás de sus vacilaciones y la ausencia de una pertinente interpretación de este estropicio ha sumido al público, los ciudadanos, los consumidores, los ahorradores, los empleados y los parados, solteros y casados, en una situación de desazón que, por el momento, tiende más a empeorar que a dirigirse en cualquier sentido esperanzador. De otra parte, son tantos los meses que prolongan esta situación que las noticias se suman unas a otras para aumentar la impresión de una catástrofe de época, el ingreso en una era desafortunada.

Actualmente, sea cual sea su ámbito, no hay circunstancia, tendencia, coyuntura o atención que tienda a durar mucho. ¿Cómo no haber supuesto que la crisis financiera se hallaría ya resuelta o en trance de concluir? Que suceda, sin embargo, al revés, ni resuelta, ni controlada, ni reconocida ni apropiadamente tratada, lleva a un desánimo creciente que mata las compras, encierra a los consumidores en sus casas y resignadamente se reza para que el siguiente bombardeo no sea tan letal.

Todos los vigías, y tanto cuanto mejor situados se encuentran y mayor competencia se les reconoce, se trate de presidentes o de prestigiosos expertos en análisis financiero internacional, son incapaces de ver el fin de esta crisis y también de ofrecer un dictamen de la relación de fuerzas para vencer al mal.

¿Cómo no asociar, en suma, tanta calamidad a las

calamidades de una guerra? Una total guerra mundial que viene a terminar no sólo con las empresas y sus riquezas, con las economías familiares y sus planes, sino también con todo pensamiento alegre sobre el futuro. Un futuro que cualquier intelectual trata de ver como un paso hacia un mundo mejor pero que cualquier ciudadano común no sabe si llegará a ver en buenas condiciones. Esta sensación de fin casi mortal no hiera quizás corporalmente, pero mata en casi todo lo demás. Los viajes, las vacaciones, las salidas al cine, las copas y los divorcios, los regalos narcisistas, las fiesta locales, las charangas en fin, quedan amortajadas por un tiempo espeso que parece haberse instalado ya no sólo como un ambiente, sino como una losa de la que desconocemos el peso y también en qué medida nos aplastará.

Tras aguardar más de medio siglo la fatalidad de una nueva guerra mundial, por fin esta Gran Crisis ocupa su lugar.

Ni las tensiones de la guerra fría, ni las largas disputas coloniales, ni las revoluciones socialistas bullendo por el Tercer Mundo desataron la reacción armada del capitalismo para aniquilar al comunismo. Las armas de disuasión paralizaban la batalla nuclear y al fin el Muro de Berlín cayó por su propio peso. Tampoco otros feroces conflictos, en las fronteras de naciones con bomba atómica, provocaron el enfrentamiento que temía la Historia pero que el sistema capitalista requería ávidamente para ponerse de nuevo al día.

Gracias a una y otra guerra mundial efectiva, el capitalismo dio importantes pasos adelante, se aseó, se reajustó, afinó sus estrategias. A una gran conflagración al comienzo del siglo XX siguió otra en su zona media y la cadencia temporal hacía esperable la deflagración siguiente en torno al siglo XXI. Una guerra mundial cada medio siglo como forma natural de la reforma, la rehabilitación y la mejora. En cada ocasión el sistema aumentó su eficacia y acrecentó, en poder y beneficios, la convicción de su dominio.

También, cada espectáculo guerrero superó con amplitud al anterior, extendió la contabilidad de muertos y heridos, las tierras y edificios devastados, las máquinas obsoletas que aceleraron su recambio por ingenios superiores. Ninguna guerra decepcionó con sus aportaciones de I+D, y el tamaño de la tragedia se correspondió con la agigantada magnitud del tráfico internacional mientras las áreas industriales destruidas abonaron el territorio con las nuevas tecnologías del conocimiento aprendido en la deflagración.

Si no se ha registrado la declaración de una Tercera Guerra Mundial ha sido sólo, ahora podemos decirlo, porque cuando esperábamos una declaración solemne que iniciara el combate, ha sonado la calderilla de las *subprimes* y también, a diferencia de las dos grandes conflagraciones anteriores —a diferencia de todas las guerras—, la presente acometida no produce efectos que afecten directamente a las instalaciones. Eliminar al enemigo siempre conllevaba arruinarlo económicamente y esta acción se concretaba en el estrago de sus factorías, sus campos, sus armas y sus pro-

visiones. Hoy, en cambio, la economía financiera lo es casi todo y la eliminación del contrario no necesita ser física si es monetaria, si es fiduciaria y no material dentro del mismo sistema de lo impalpable.

La convulsión bélica sacudió casi todos los mercados financieros en 1914, el año de la Gran Guerra, y forzó a que todas las bolsas de valores del mundo cerraran. Ni siquiera la Bolsa de Valores de Londres volvió a abrir entre la festividad bancaria del 3 de agosto de 1914 y finales de ese año. Pero esto en absoluto supuso la muerte del mercado internacional de bonos. Por el contrario, la Primera Guerra Mundial se decidió tanto en términos de sangre derramada como en términos de flujos de capital.

Esta Gran Guerra del siglo XXI apenas conllevaría derramamientos de sangre: le bastaría con desplumar económicamente, tal como ocurrió en los desenlaces de las demás guerras. Esa Tercera Guerra fingida no tendría víctimas militares puesto que las bajas uniformadas han ido disminuyendo históricamente y han crecido, en cambio, las civiles. Durante la Primera Guerra Mundial un 5 % de las víctimas fueron civiles, en la Segunda Guerra Mundial llegaron al 66 % y en todas las guerras recientes la cifra se ha elevado hasta el 80 o el 90 %. En esta Tercera Guerra Mundial, sumarial y transparente, todas las víctimas serán civiles.

Efectivamente, una Tercera Guerra Mundial, cuando no hay adversario definido, podía ser considerada una guerra fantasma, paranoica, onanista o suicida. Pero ¿qué otra cosa podría ser? Se representa ahora la

extinción de un sistema –se representa o se simula, al modo propio del capitalismo de ficción– y se logra, mediante esta fragorosa alegoría, la inauguración de un tiempo nuevo. Una Tercera Guerra Mundial al estilo físico tradicional resultaría un anacronismo, un subhumanismo, pero una Tercera Guerra Mundial fingida es el Superespectáculo que podría esperarse de acuerdo con el vigente estilo del mundo.

Así, tanto los instrumentos de alerta y protección electrónica como los sistemas de disparo y bloqueo del ataque masivo se realizan actualmente a través de acciones a la velocidad de la luz y mediante la desmaterialización de los ejércitos, los escudos y los proyectiles.

Incluso la misma voluntad humana de respuesta se desvanece en la reacción electrónica de los dispositivos, que no sienten ni ven, que no se emocionan ni convocan a los mandos, porque se trata de armas capaces de llegar por sí mismas a sus destinos mediante artilugios autodirectores que se conocen como sistema de «*fire and forget*» (dispara y olvida). «La máquina de declaración de guerra –dice Paul Virilio (*Un paisaje de acontecimientos*)– es ya una máquina transpolítica, capaz de suplantar la decisión suprema, puesto que se trataría de una DOOMSDAY MACHINE preparada por los especialistas de los sistemas-expertos.»

La guerra ha perdido, en consecuencia, tanto su carácter humano como su condición inhumana, para transformarse en una categoría «sistémica» al modo de la Gran Crisis. Incontrolable, súbita, ininteligible

como requiere el ataque nuclear sorpresa y la neutralización simultánea –y complementaria– de la respuesta enemiga. De hecho «el tiempo de reacción es hoy tan corto –sigue Virilio– que, en un periodo de crisis internacional, la paz y la guerra son decididos por ordenador, por el llamado *launch on alert system*».

Secuencias de sucesos en manos de las computadoras, efectos fulgurantes, reacciones inmediatas, interacciones contagiosas, estructuras sofisticadas, derivados inasibles, todos ellos presentes en esta Tercera Guerra. Hecatombe global. Miles de millones de víctimas como efecto de un arma de destrucción planetaria igual al daño productivo que desencadenaría una megabomba preparada con la suma de todo el armamento disponible.

A la globalización, pues, corresponde esta suerte de Guerra no Mundial sino Global, no explosiva sino implosiva, depresiva. Una Depresión tan extrema o profunda, tan acaparadora y sofisticada como requieren las aplicaciones electrónicas del camuflaje y en un camuflaje donde ella misma se incluye hasta hacer pasar lo bélico por lo económico y lo económico por lo tectónico sin más. ¿Fin del capitalismo o fase de transformación? ¿Crisis o metamorfosis?: Guerra de las Galaxias filmada en el espejo de la especulación.

Albert O. Hirschman dice en *Interés privado y acción pública* que «El prolongado periodo de paz y de creciente prosperidad experimentado por Europa antes de la Primera Guerra Mundial generó en sectores importantes de las clases medias y altas un sentimiento de repulsión contra... la mezquindad del sistema

burgués». Para estos grupos, la guerra llegó «como una liberación del aburrimiento y la vacuidad, como una promesa de comunidad que trascendería a las clases sociales y como un retorno a la acción y el sacrificio heroicos».

Paralelamente, Eric Hobsbawm (*La era del imperio*) afirmaba en 2001 que «aunque el progreso del siglo XX pueda ser innegable, las predicciones no apuntan hacia una evolución positiva continuada, sino a la posibilidad, e incluso a la inminencia, de una catástrofe: otra guerra mundial más mortífera, un desastre ecológico, una tecnología cuyos triunfos pueden hacer que el mundo sea inhabitable por la especie humana, o cualquier otra forma que pueda adoptar la pesadilla».

¿Qué pesadilla? La pesadilla del cumplimiento del Caos y, simultáneamente, la pesadilla de que no llegue a cumplirse de una maldita vez. Corea del Norte, la bomba atómica, las radiaciones del móvil, las grandes migraciones, las torturas norteamericanas o chinas, la sequía y el sol inclemente, las mafias, los neonazismos, los nuevos nacionalismos, el populismo, son parte de la constelación de signos que parecieron indicar una siniestra vuelta atrás.

La inauguración del siglo XXI anunciaba, en sus primeros años, un cauteloso paso hacia el futuro, pero el miedo cultivado y reproducido durante años ha encojido el desarrollo, y el simulacro de la vuelta atrás ocupaba el lugar de la evolución. Se trató sólo de una impresión, puesto que la ciencia había franqueado lí-

mites, pero un malestar asociado al deseo de rebobinar la Historia asaltó Occidente en los últimos años del siglo XX y los primeros del siglo XXI.

La ausencia de la Tercera Guerra Mundial se había instalado en la imaginación colectiva como un *horror vacui*. Una inconsolable mutilación del Caos Espectacular. Porque ¿en cuántas ocasiones no se había alertado sobre el riesgo permanente, el peligro inminente, la inevitable explosión? O bien, ¿en cuántos de los diagnósticos sociales, políticos, culturales no se ha venido flirteando con la figura de la muerte: la muerte de la sociedad, del arte, de la política, del planeta, la victoria general de lo peor. Nada obliga necesariamente a una Tercera Guerra, pero ¿cómo negar que sobre la relativa calma económica de más de una década humeaba la tragedia general?

Desde el ataque del 11-M a la guerra de Irak, desde las revueltas islámicas al jugueteo iraní, corre un vicioso juego con el terror. O todavía más netamente: la difusión universal del temor y el terror como forma permanente de las vidas ha venido creando una extraña situación de preguerra que aun siendo representación provocaba un efecto real. ¿Es la Tercera Guerra Mundial el terrorismo, según Bush? ¿Es la Tercera Guerra Mundial el choque de civilizaciones de Huntington? ¿Es la Tercera Guerra Mundial el recalentamiento del planeta?

En 2004, el miedo de los británicos a una guerra mundial era ya notablemente superior al que se registraba medio siglo antes (*Daily Mail*, 22-11-2004). Un secreto anhelo de que este mundo saltara por los aires

fue cruzando los últimos años del siglo XX y los primeros del siglo XXI. Degeneración de los gobiernos, corrupciones permanentes, explotación mileurista, desigualdades sociales, agotamiento del sopor consumista, pedofilia en el clero, precoces asesinos en serie, degradación del medio ambiente, xenofobia o hastío de la vida laboral, han compuesto una colección de escorias, más o menos explícitas, que anunciaban lo peor. O que clamaban aquí y allá por la conquista de un mundo alternativo, otro mundo, «posible» y mejor.

Precisamente, el prolongado periodo de paz y prosperidad experimentado por Europa antes de la Primera Guerra Mundial generó también en sectores instruidos de las clases medias y altas un sentimiento de repulsión contra el espíritu de adquisición y la rutina del sistema burgués de aquellos tiempos. Para estos grupos, la guerra llegó como una liberación de la vacuidad y como un exultante retorno a la acción y el sacrificio heroicos.

Dice Stefan Zweig (*El mundo de ayer*): «Si hoy, reflexionando con calma, nos preguntamos por qué Europa fue a la guerra en 1914, no hallaremos ni un solo fundamento razonable, ni un solo motivo. No era cuestión de ideas, y menos aún se trataba de los pequeños distritos fronterizos; no sabría explicarlo de otro modo sino por el exceso de fuerza, por las trágicas consecuencias de ese dinamismo interior que durante cuarenta años había ido acumulando paz y quería descargarla violentamente. De repente todos los Estados se sintieron fuertes, olvidando que los demás

se sentían de igual manera; todos querían más y todos querían algo de los demás.»

No podría decirse que hubieran disminuido las opciones para divertirse, relajarse, experimentar o atenuar dolores reumáticos: en los años anteriores a la Gran Guerra se había registrado una revolución tecnológica que recuerda, en términos relativos, la transformación de las tecnologías de la comunicación en estos años. Entonces se incorporó a «la vida moderna» la telegrafía sin hilos y el teléfono, el fonógrafo y el cine, el automóvil y el aeroplano, la aspiradora y la aspirina.

Gracias al ferrocarril y a los barcos de vapor, los viajes intercontinentales y transcontinentales se redujeron a cuestión de semanas en lugar de meses y el turismo creció tanto, que hasta un millón de norteamericanos visitaban Suiza. Con razón, muchos observadores hostiles o no a la sociedad burguesa, marxistas y no marxistas, vivieron ese tiempo como algo más que un periodo de desarrollo. Creyeron justificadamente que se estaba preparando un mundo radicalmente diferente. Y así ocurrió en efecto tras la vivencia de la Guerra. Y así se siente que venga a suceder ahora.

«Allí donde hay peligro también surge la salvación», dice un verso de Hölderlin. Y, en consecuencia, a principios de los años treinta, como parte del New Deal, el presidente Roosevelt diseñó un proyecto, el llamado Federal Art Project, que proporcionaba trabajo a gran cantidad de artistas. Pintores que después fueron célebres como Jackson Pollock, Mark Rothko

o Arshile Gorky se beneficiaron de esta atmósfera liberal y a ellos se unieron después Willem de Kooning, Robert Motherwell, Clyfford Still y Adolph Gottlieb, que acabaron componiendo el «expresionismo abstracto», junto al otro expresionismo material que disfrutó Estados Unidos. De la Gran Depresión se pasó, tras la Segunda Guerra, a la Gran Efusión de los años cincuenta, los americanos primero y Europa occidental después.

Un nuevo arte, una nueva moda, unos desconocidos, baratos y amplios consumos, valores y fábricas, formaron un repertorio optimista después de aquella crisis. El dinero promueve la investigación científica, pero la escasez impulsa siempre la creatividad artística. De la creatividad de la escasez se beneficiaron numerosas obras de la historia de la arquitectura o el diseño, mientras que por la superabundancia hemos debido soportar no pocos tóxicos engendros de Zaha Hadid o Santiago Calatrava, que multiplicaron la confusión y los desfalcos. Miles de obras aparatosas, sin contenidos, grandes representaciones sin concepto, retóricas sin fin.

Este mundo del efectismo y el relleno se irá arrinconando, porque de la misma manera que su estructura olía a cacharrería, la nueva simplicidad difundirá el aire naturista que pregona la persistente moral ecológica. Damien Hirst y sus presuntas obras de arte cuajadas de piedras preciosas, sus carneros calzados de oro, sus calaveras sembradas de diamantes, ¿cómo no iban a acarrear consigo su muerte?

El derroche es igual a la hemorragia del valor, la

linfa de la liquidez. Por el contrario, la simplicidad, la condescendencia, los gastos débiles, la relajación, la solidaridad, la energía renovable, serían capaces de patrocinar un ambiente donde la segura tristeza del desastre irá creando un espacio más tranquilo. Un *wellness* barato y colectivo frente a la ya insufrible obligación de divertirse, trabajar sin término, y forzarse a ser inexorablemente feliz.

¿Qué visión más elocuente del efecto de mil bombas de neutrones –letales para las personas pero inocuas para los edificios– que el espectáculo de millones de viviendas vacías, invendidas, semiacabadas, embargadas, perdidas? ¿Qué más sensación de estar contemplando a los heridos de una conflagración que comprobar las masas de parados, muchos de ellos jóvenes, que deambulan sin ocupación por los campos y las ciudades?

Marx, Carlyle, Wagner y muchos otros de la generación victoriana, sostenían la idea romántica de que el mundo del siglo XIX había firmado un pacto faustiano mediante el cual el desarrollo material se conseguiría al precio de una «conflagración mundial». Una rica literatura, materialista en teoría y romántica de corazón, basaba este supuesto en que había algo fundamentalmente erróneo en la economía del capitalismo. Una forma radical de mal que, necesariamente, terminaría estrangulando al sistema. No es seguro que sea enteramente así: cada generación a lo largo de los últimos ciento cincuenta años ha tenido su guerra y, al cabo, para bien del sistema que sobrevivió.

Pero esta vez, no obstante, es el sistema mismo quien elige como argumento de su función la representación de su muerte, la nacionalización de los bancos, la ruina de los grandes capitales, el hundimiento de la confianza, la industria, los servicios y la inversión. La bomba ha abierto un boquete del que años después todavía se desconoce su profundidad y trascendencia. En esta fosa caen a diario miles de millones de dólares, son enterrados cientos de millones de puestos de trabajo, millones de toneladas de maquinaria industrial, millones de proyectos reducidos a cero. Una Tercera Guerra Mundial sin tropas sería la aproximada metáfora para referirse a estos hechos. O para especular en contra de un tiempo que apoyó su apariencia en la magia de la especulación.

## LA MAGIA DE LA ESPECULACIÓN

Hay cuatro fases del valor, según distingue Baudrillard. Una fase natural del valor de uso, una siguiente fase mercantil o valor de cambio, una tercera fase estructural del valor-signo (propio de las marcas) y una cuarta fase, ahora reinante, o fase fractal del valor.

Esta fase fractal del valor alcanza su cenit por medio de la superespeculación o metástasis general del valor: cada objeto con valor sería un espejo de referencia que refleja el valor de otro que especula su valor sobre otro y así sucesivamente, tal como ha venido a ocurrir con los derivados financieros. En esta fase fractal (o viral) el valor irradia en todas las direcciones, se extiende sin referencias que lo limiten, se propaga como una «epidemia del valor», proliferación y dispersión aleatoria e incontrolable del valor. Arbitraria, devastadora, terrorista.

La globalización condujo a la economía mundial a tomar la forma de esta economía financiera, virtual o abstrusa que en octubre de 2008 representaban más

de 250 billones de euros, seis veces el montante de la riqueza real del mundo.

No es la primera ocasión –ni será la última– en que el impulso especulativo caracterice una época, sea por razón de un delirio floral, una fiebre del oro, una fe ferroviaria, cereal o petrolera. Las sucesivas crisis económicas de la Historia poseen rasgos comunes emparentados con la euforia, el afán de aventura, la ilusión por enriquecerse de golpe y los volubles enredos de la razón. Pero para que una burbuja financiera se forme no basta con el ansia y la astucia del especulador, sino que es indispensable la colaboración entusiasta de mucho público.

Inflada por estas fuerzas populares, la burbuja tiende a crecer, y se hincha tanto con la atmósfera bonancible de un tiempo como con la colaboración de una actitud romántica. Estos años posmodernistas han sido efectivamente así: reactivos ante la racionalidad de la modernidad, más femeninos que masculinos, más románticos que ilustrados, más propensos a juzgar mediante el golpe de vista que a través del análisis, y prácticamente todo ha sido en este tiempo efímero, accidental, impulsivo, sensacionalista, publicitario y bipolar.

Por otra parte, no sería concebible un capitalismo vigoroso sin el aliento especulativo. En realidad todas las inversiones (productivas o no) comportan algún grado especulador. La especulación será mayor o menor de acuerdo con el riesgo que se asuma y la retribución que se espere, pero esta tensión, propia de la apuesta, esta combinación de osadía y miedo, es con-

sustancial al sistema. Los cuellos de botella, los atascos serían mucho más frecuentes si no existiera el especulador, que dota a la economía de un impulso optimista y espera el futuro –el especulador al alza– como un escalón superior. En muchos momentos, las ganancias de todos se reproducen dentro del especulador, que en conjunto se constituye en una cavidad donde se ceba la bomba del progreso sin que esto suponga, tratándose de bombas, que su estallido no acabe matando alrededor.

En tanto esto no se produce, el sistema engorda, se globaliza, se renueva, sobrevuela la Historia con apostura. El capitalista, el inversor, el empresario, el especulador: todos son partícipes de una misma *troupe* y aquello que los distingue es solamente, podría decirse, una diferencia de arrojo. Los especuladores no son desde esta perspectiva una mala hierba del sistema, sino un pasto eficiente, la droga más fresca o el radiante motor de su evolución.

Desde el siglo XIV, o antes, el capitalismo no sólo se ha beneficiado de los atrevimientos y vicios de los especuladores, sino que ha convertido el mundo en un espacio incomparablemente más atractivo y sorprendente.

Adam Smith (*La riqueza de las naciones*, 1776) se refiere a las riquezas conseguidas en un escaso periodo de tiempo como frutos del «mercader especulativo» (*speculative merchant*). Lejos de condenarlo, Smith dice de él que se trata de un empresario que un año comercia con maíz y el otro con té, que «entra en

cualquier comercio cuando vislumbra que será más rentable de lo común y que sale cuando prevé que sus beneficios van a caer al nivel ordinario de otros (...) Sus inversiones son fluidas, mientras las del convencional hombre de negocios son más o menos fijas». Y Keynes describe la empresa como la actividad de pronosticar la futura rentabilidad de los ingresos a lo largo de toda la vida, en contraste con la especulación, que será la actividad destinada a pronosticar la psicología de los mercados.

En términos de movimiento relativo, la inversión es pasiva, y la especulación, activa. La segunda cambia más veces y con mayor celeridad. Es decir, tal como ha correspondido a la cultura de consumo en todos sus aspectos y a la manera como se ha abordado la experiencia de vida en estos años, se tratara del sexo, del coche, de la ciudad o de los empleos. Cambiando, trasladándose, sustituyéndose.

La especulación, en suma, forma el esqueleto de luz de la cultura reciente. Anida en el centro del estilo del mundo y en su capitalismo de ficción, se apoya en valores que tienden más a representar una expectativa depositada en una expectativa que un valor cimentado en lo real. La realidad sería una categoría demasiado sosa y realizada, reducida y vieja, como para responder a la aceleración propia del dominio de la imagen, donde la apariencia se confunde con el fondo y el fondo juega con el relente de la figuración.

El empresario goza de buena imagen y el especulador no. Sin embargo, como decía Schumpeter, la línea que separa la «especulación» de la inversión es tan

fin a que al cabo el término especulación se utiliza para referirse a una inversión fallida mientras el nombre de «inversión» se emplea para calificar una especulación acertada.

En los dos casos, la imagen llega después y como efecto natural del resultado. Así, mientras una mala inversión tiende a considerarse especulación, una especulación mal realizada se toma por un juego. Un pecado de azar. Un desafío al orden que diseñó el Creador.

Pero no hay, en suma, inversión que no implique algún grado de riesgo, mayor o menor, y no sea, de ese modo, un juego de azar. Dando un paso más, la psicología de la especulación y la psicología del juego son casi indistinguibles, aunque con una diferencia crucial: mientras en el juego es necesario que una parte pierda para que la otra gane, en la especulación pueden ganar todos, y este resultado cercano al milagro viene a ser coherente con el carácter casi alquímico que se encierra en la nueva modalidad empresarial y social del *win-win*. Todos ganan.

Los especuladores históricos han consultado tablas astrológicas y se han valido de médiums para reforzar su competencia. Pero incluso actualmente existe en Nueva York la institución Astrologers Fund, cuyo *manager* promete «naturales réditos estelares» para todos los que sigan sus atinados consejos. ¿Es por tanto el especulador un sujeto del lado del mal?

Según algunas teorías económicas modernas, los títulos que se cotizan no reflejarían sino su auténtico

valor intrínseco y el especulador, el común jugador de bolsa, no haría otra cosa que comportarse juiciosamente excepto en algunos intervalos de la sociedad. En definitiva, todo fenómeno especulativo no podrá explicarse con el simplismo de atribuir un delirio al mercado financiero, sino a través de la complejidad social en un momento histórico concreto y atendiendo a manías de la condición humana que el tiempo nunca ha borrado.

En su *Historia de Roma* Rostovtzeff asegura que las mayores fortunas de la Roma Imperial fueron logradas a través de la especulación, y San Agustín, a quien parecía una acción diabólica esta clase de ansiedad por el dinero rápido, diseñaba su Ciudad de Dios como un territorio donde no habría sitio para especuladores, de tantos como veía a su alrededor. Naturalmente, la creación de la Bolsa impulsó aún más la práctica especuladora, y desde 1610, en que se institucionalizó la de Ámsterdam, las operaciones especulativas hallaron un favorable lugar para crecer. Los contratos de futuro se multiplicaron en los primeros años del siglo XVIII, y tanto éstos como las *stock options* y los derivados (*ducaton*) son, por tanto, invenciones financieras con más de tres siglos de edad.

Siempre que la debacle llegó a su cenit, se produjo un cambio político –como va sucediendo ahora– y todos los medios económicos, bancos, empresas e instituciones, suspiraron por una intervención estatal que acabó apagando fuegos y sufragando a los ricos.

Se dice que la causa de la actual crisis procede de las hipotecas *subprime*, de los bonos basura y de toda

la estirpe de derivados indescifrables que formaban los bancos para colocar, enmascarados, los activos más tóxicos. Ciertamente, se trata de la causa próxima, pero maniobras de este género distan de ser novedosas puesto que ya en el siglo XVIII tanto en Holanda como en Inglaterra se empleaban enrevesados productos financieros que actuaron del mismo modo tonante que los del siglo XXI, sin que fueran ellos nunca la causa principal sino tan sólo la causa más cercana al estrago.

Se afirma también en las informaciones sobre la crisis que ha sido la extrema codicia de unos cuantos desalmados la que ha llevado la economía al abismo, y efectivamente los vicios de la avaricia o la codicia pueden abocar a la perdición (del cuerpo, del alma, del equilibrio mental), pero intervienen otros factores menos prestigiosos como el miedo a perder dinero, la imitación del vecino o la confianza en la multitud que resultan ser consustanciales en los diferentes *crashes*.

Estilos del tiempo que crecen en periodos de estabilidad y llegan a la euforia a través de catalizadores como pueden ser la facilidad para fantasear –gracias a la prosperidad y el crédito fácil– con los cambios de vida, las transformaciones de estatus, las traslaciones de lugar y, en general, con toda la ideología propia de una cultura de consumo, dentro del capitalismo de ficción.

La primera descripción de la actividad de un mercado bursátil en Europa se encuentra en un libro (*Confusión de confusiones*) publicado en Ámsterdam de Joseph Penso de la Vega, un famoso judío «marraño». La obra recoge una sucesión de diálogos entre un

comerciante y un accionista de los que se desprende la idea de que la bolsa es una auténtica casa de locos, llena de cábalas y prácticas compulsivas y extrañas. Los periodos de alza («*liejhebbbers*» o *bulls*) eran contrarrestados por las fases bajistas («*contremines*» o *bears*), en las que se producía, como ahora mismo, «miedo, temblor y nerviosismo».

De la Vega habla de un ambiente bursátil «inestable, insano, soberbio y estúpido». Aunque, si se sigue leyendo, el autor denota una innegable atracción por el cotarro. Newton, George Washington o Merkel fueron especuladores y perdedores bursátiles. Especuladores más o menos confiados en el inmediato porvenir o adictos a vivir el presente a toda costa, como ha ocurrido en los tiempos consumistas. Especuladores sobre las realidades (reales o virtuales dentro y fuera de la red), estimulados por la aparición de nuevas tecnologías, y especuladores sobre los beneficios de la globalización, la multiculturalidad, las comunicaciones globales o el enriquecimiento familiar propiciado por el aumento del precio del piso. Los sueños o especulaciones hicieron llamar a la burbuja de la South Sea Company un «*golden dream*» («un sueño dorado») y fueron también sueños dorados los que conformaron la Railway Mania de 1845 en Estados Unidos, la euforia minera (*mining mania*) en el Reino Unido (1822-1825) coincidiendo con el reconocimiento de la independencia de los países sudamericanos, o el fracaso de los bonos basura en la década de 1980.

¿Locos? ¿Incautos? Todo el mundo dice en los periodos de grandes alzas que los títulos se encuentran sobrevalorados, todos conocen el fenómeno de las fiebres colectivas sea a propósito del oro, los tulipanes, la construcción, los alimentos, el caucho o los hidrocarburos, pero la locura compartida posee la magia de transformar un delirio en sensatez, y así como ahora el consumo, por moderado que sea, es un comportamiento «out», en tiempos de auge el mismo despilfarro forma parte de los usos y costumbres comunes.

¿Actuar en sentido contrario? La ventaja de discurrir dentro de la corriente no es otra que la de verse naturalmente acompañado y protegido por el tufo de la especie. Las colas para visitar una exposición de Tiziano pueden ser agotadoras, pero se fletan autobuses en toda España para llegar al Prado precisamente cuando más incómodo resulta porque coincide con el momento en que mejor se siente el hervor de la muchedumbre. De hecho, el llamado «*greater fool*», un método de inversión basado en la máxima estupidez colectiva, alcanzó su apogeo en la última década del siglo XX, cuando con un mercado al alza lo estúpido habría sido, por lo tanto, no invertir.

También, la euforia bursátil que se desató en la década de 1990 con las inversiones occidentales en los mercados emergentes de Latinoamérica, Asia y las ex repúblicas soviéticas recordó a los especialistas el *boom* de 1822-1825, estimulado por la facilidad de los créditos y resuelto con un estrepitoso fracaso. A partir de esa frustración capitalista las depresiones fueron definidas como crisis cíclicas, temporadas de moda del

sistema que nunca podían faltar. Flexiones de un cuerpo que se agachaba durante unos meses para tomar impulso después. De ahí, seguramente, la correlación de la falda corta (alta) con la bolsa alta y la falda larga (baja) con la bolsa por los suelos.

Ni siquiera el *crash* de 1987 que los expertos más alarmados calificaron como un posible fin del capitalismo tuvo graves consecuencias ni fue, desde luego, aleccionador. La pronta recuperación del optimismo parecía así garantizada y la flecha del tiempo apuntaba siempre hacia arriba como un seguro regreso del ciclo redentor. ¿Será actualmente así? Nadie está seguro. De un lado nada de nada dura hoy mucho, pero, de otro lado, la insólita conjunción de acontecimientos negativos y su actual facilidad de propagación planetaria hacen imposible recurrir al pasado como patrón.

Una crisis puede ser parte del vaivén preestablecido o puede ser, como en el caso actual, una depresión tan profunda que altere el carácter de la evolución y convierta lo que sería un soportable *revival* en una demolición irreversible.

Por si fuera poco, a los *media*, tan importantes hoy, les entusiasma la conmoción. La noticia que convierte el presente en gran acontecimiento y aprovisiona las primeras páginas de hechos desmesurados y hasta de inédita condición.

«Sociedad de riesgo», «sociedad virtual», «presentismo». El mundo globalizado se muestra tan ávido de sorpresas, tan exasperado por hallar sucesos nuevos y desconocidos sobre un planeta ya muy censado, explorado y expoliado de norte a sur, que los medios de

comunicación se ven impelidos a promover historias, agrandar las noticias, enfatizar amenazas. ¿Cómo no especular? ¿Cómo no crear la expectativa de un derrumbe y, a continuación, una nueva era?

Cerca del *crash* de 1929 en Estados Unidos también se hablaba de hallarse próximos a ingresar en «*a new era*». Y un siglo antes, en vísperas del *crash* de 1825, Disraeli había asegurado que esa vez el alza de los valores no desembocaría en ningún derrumbe puesto que «los nuevos conocimientos» de ese tiempo germinal lo impedirían. La realidad y disfrute de los nuevos conocimientos siempre llegan, sin embargo, después del anuncio de los tiempos nuevos. El tiempo vence al saber y nunca el común saber del tiempo se corresponde con su época, tal como se constata ahora a través del discurso de los catedráticos, los periodistas, los taxistas o los ministros de Economía. Como dice José Luis Sampedro, la Iglesia se ha quedado en el siglo XVI, la política en el siglo XIX y la economía, incluso, en el siglo XVIII. Ahora lo único que avanza, cree Sampedro, es la ciencia. Pero tampoco es seguro que lo sepa todo, ni adelanta la clínica (en el cáncer, en el alzheimer, en la longevidad) tan deprisa como quisiéramos.

## EL PECADO Y DIOS

Dios, en cambio, lo sabe todo. Nos ve y nos juzga, de modo que no pocos analistas y cientos de millones de ciudadanos corrientes piensan que probablemente la crisis deba interpretarse como un castigo que recaerá sobre la codicia, la depravación, el materialismo, el consumismo y el general desenfreno en que ha venido a parar la sociedad sin fe.

Más que avanzar hacia un estadio superior, los seres humanos se hallarían extraviados moralmente y necesitarían purificación. De hecho, el lenguaje que habla del «hundimiento» de las bolsas refleja cabalmente esta idea de caer a los infiernos como consecuencia de haber cometido pecados horribles, sin recato alguno ni el menor espíritu de contrición.

El castigo, pues, que conlleva esta supercrisis actuaría, a todas luces, como una fuerza dirigida a la expurgación de la época, una penitencia inexcusable para renacer mejorados en una dirección funcional, moral y productiva, una ruina provisional orientada hacia la perfección de la materia y de su alma.

La Humanidad, que descuidó los dictámenes divinos, reconocerá, entre cenizas, que el único valor compacto viene de la mano de Dios, y asumirá que la iluminación divina y sus reflejos –no especulares– son las linternas del Progreso verdadero.

¿El verdadero progreso? ¿Para progresar hacia dónde?, se dirá. Pero ese destino, difícil de precisar, se encuentra ya inscrito en la naturaleza bañada por el amor de Dios y, en adelante y para siempre, será superfluo reclamar un *restyling*. ¿O es que alguien sigue pensando que el mundo no posee un diseño ya determinado y se comporta, por el contrario, como un meteorito sin dirección? De este último concepto pagano, ciego y sordo, ha ido valiéndose la sociedad en el siglo XX, crecientemente ateo. Pero por si no bastaran dos guerras mundiales, hambrunas y epidemias, cambios climáticos y desaparición de especies, he aquí la hecatombe más locuaz. Una hecatombe donde se ven implicados países ricos y pobres, Oriente y Occidente, Norte y Sur.

La ira de Dios no se dirige selectivamente, a la manera más o menos cuidadosa del pasado, sino que también Dios ha ingresado en una fase de desesperación en la que el proceder de su proteico cerebro coincide con el desguace general.

Dios, pues, regresa para revelarse imprescindible dentro del relato de esta crisis mundial. Pues sin una figura a su escala, formal y caracteriológica, sería imposible aprehender la extraordinaria magnitud de la Gran Crisis. Porque ¿qué elementos de categoría inferior podrían adjuntarse a la hiperplasia del desastre?

Nadie sino Dios, la cara de Dios, la estatura de Dios, el misterio de Dios, puede servir para componer una explicación del suceso puesto que sólo así su insufrible irracionalidad podría ser asumida, convalidada y enmarcada dentro de la mitología divina.

Con Dios, lo real pasa a ser también lo imaginario, lo inmanente pasa a ser lo trascendente y el presente un reflejo de la eternidad. En tanto el suceso se agranda, y traspasa el nivel de lo controlable, es inadecuado seguir tratándolo como un simple conflicto humano y será pertinente abordarlo al modo de un fenómeno cuya responsabilidad y sustancia pasan a ser competencia del Cielo.

La teoría de Adam Smith sobre la mano invisible del mercado forma parte del pensamiento religioso burgués del siglo XVIII, y el avatar de «la mano invisible» no representa otra cosa que una traslación del orden del cosmos regido por la voluntad de Dios y presente también en la ideología científica de aquella época. Se trata en fin de una ideología teologal. El mercado actúa como una providencia invisible que posee a la vez una inteligencia igual a la inteligencia natural del universo. Su acción no puede ser perturbada por intervenciones humanas o las intervenciones humanas han de ser mínimas para no contradecir el designio de Dios.

Así, del mismo modo que la Iglesia actúa para asistir el cumplimiento de la voluntad de Dios, las delicadas intervenciones de las autoridades públicas se hallan destinadas a garantizar que el espíritu del mercado encuentre las mejores condiciones para fertilizar el sistema, según debe ser.

El sistema actúa pues a imagen y semejanza de Dios, se trata de una plasmación de su Voluntad, y el mercado, por tanto, debe preservarse tan puro como sea posible y tan natural como la naturaleza que responde a la mismísima Ley de Dios. Contra esas normas no debe haber trasgresión alguna.

¿Intervención de los poderes públicos? Sólo cuando la sociedad, a través de la Gran Depresión, tras la Gran Guerra, tras el Triunfo Comunista empezó a volverse atea, llegó el keynesianismo, la socialdemocracia y el Estado del bienestar. Una y otra son manifestaciones del extravío de la fe. En ambos casos, se trate de Keynes o de la Segunda Internacional, son efecto del paganismo a que llevaron los innumerables pecados de la primera mitad del siglo XX. Pecados directos contra Dios como fue el comunismo ateo, o pecados contra las órdenes de Dios como fueron los desmanes morales de los años veinte en Europa y Estados Unidos, ya fuera el feminismo, el cubismo o el psicoanálisis. Por su parte, el nazismo fue la otra cara del comunismo: la antirreforma de la reforma, bendecida por Pío XII, aunque acaso alejada, por su crueldad, de la benevolencia religiosa. De hecho, varios infiernos, desde la Gran Guerra a la Segunda Guerra Mundial, pasando por el nazismo y el comunismo, los campos de concentración y los gulags, quemaron tanto la ley de Dios como la proclamada *Riqueza de las Naciones*, la obra de un hombre de iglesia, calvinista presbiteriano, según era Adam Smith. Un buen feligrés que creía en el orden natural de la sociedad a través de la mis-

ma acción de las personas siguiendo el móvil inteligente que el Creador había inscrito en su interior.

Cada cual actuaba de acuerdo con sus intereses particulares y de este modo se generaba una urdimbre donde cristalizaba el bien social. Para superar los posibles choques de egoísmo, acudía en cada conflicto el sentimiento moral, los sentimientos de propiedad y de justicia, que ayudaban, «naturalmente», a restablecer el buen funcionamiento del sistema. La eficacia se hallaba garantizada gracias a la armonía, funcional y colectiva, derivada del aprendizaje moral y de acuerdo con las tesis del empirismo británico de los siglos XVII y XVIII.

La experiencia limaba las aristas de la organización, perfeccionaba el motor económico y contribuía a hacer, del egoísmo bien entendido, la energía para mejorar al grupo. Adam Smith fue, en su época, más famoso por su *Teoría de los sentimientos morales* que por sus escritos de economía, que él mismo consideraba trabajos inseparables de su reflexión moral. De hecho, la consideración social de la que gozó en su tiempo procedía de su prestigio como filósofo de la moral y de las lecciones universitarias que dictaba sobre estos temas. En coherencia con esta función, pues, su vida personal respondía a los preceptos severos del calvinismo y fue rector ejemplar de la Universidad confesional calvinista de Glasgow.

Frente a este modelo, nacido de un tiempo y una mente religiosos, apareció el modelo keynesiano, obra de un descreído homosexual (un género estimado en-

tonces como «antinatural») y de una época, los años veinte y treinta del siglo XX, en la que arreciaba la heterodoxia y aumentaba el laicismo. Keynes, mundano y millonario, culto y hedonista, casado con la primera bailarina de la compañía Diaghilev, era una antítesis de Smith. Poco ocupado en el más allá y miembro del disoluto Círculo de Bloomsbury, al que pertenecían escritores como Virginia Woolf, E. M. Forster o Lytton Strachey y pintores como Duncan Grant, Roger Fry y Vanessa Bell, Keynes fue un apreciable coleccionista de arte, empresario teatral y director del Banco de Inglaterra, frecuentaba a Roosevelt y a Churchill pero también a Bernard Shaw o Pablo Picasso. Jugaba al bridge lo mismo que un especulador y hacía solitarios igual que un estadístico, tomando nota de sus aciertos y errores. Para remate, en cierta ocasión confesó que sólo le atormentaba un pesar: no haber bebido más champaña en su vida.

Su teoría económica significa la transformación del Estado, figura natural de la ley y el orden (según la deducción bíblica), en un empresario más. O, mejor, en el Gran Empresario. Así, frente a la idea del Estado ideal, el concepto del Estado mundano. Frente al don divino del Estado representando a Dios, el Estado secular manejando capitales, manchándose las manos con los pringues del dinero y sus hedores más vulgares. ¿Cabe un ejemplo mayor del pecado del gasto obsceno, del consumismo indecente y la lujuria de vivir? La Gran Depresión de 1929 tuvo su réplica en este animador del placer como fuerza productiva. La productividad del sexo que se legitima no exclusiva-

mente gracias a la procreación, sino mediante la valiosa energía de la recreación.

¿El tabú del incesto? En puridad, el núcleo central de la Gran Crisis se confunde con el terrible pecado del incesto. El sistema especulativo desarrollado hasta el desbordamiento crea una masa de dinero basura que tratan de neutralizar las autoridades monetarias inyectando masas ingentes de dinero basura. Dinero obtenido no a través de la misma especulación patológica, pero sí de otra patología gemela, bastarda también. Dinero extraído de los fondos públicos para entregarlo a empresas privadas o dinero conseguido, como los billones de dólares inyectados en las llamadas «arterias» del sistema, mediante la impresión «clandestina» de billetes en la fábrica oficial.

En el primer supuesto, se trata de un dinero que, tomando una dirección viciosa, se unta de la naturaleza del mal. En el segundo, se trata, simplemente, de introducir moneda prefabricada, artificial, monetariamente corrupta. Mediante ambos procedimientos, la autoridad se comporta de manera venal. Y este pecado fundamental tiene su impulso en el incesto: a la orgía especulativa se suma la orgía de la falsa liquidez y a los anteriores desenfrenos del sistema el consecuente libertinaje de la autoridad. Una acción se acopla a la otra con la finalidad de obtener una disolución del conflicto y una disolución gemela de la autoridad.

O lo que es lo mismo: el conflicto se maximiza («Agranda el problema y hallarás su solución», decía Churchill) hasta sobrepasar, en el tremendo tabú de la copulación incestuosa, la resistencia de la ley de Dios.

El mal se trata con el mal, de la misma manera que se aborda con las células madre del paciente el cuerpo a sanar.

La suma de iguales se consideraba una mala solución, puesto que Dios y el Demonio marcaban el dualismo de la salvación y la condenación. Todo mal tenía su irreconciliable antagonista: a la virtud se oponía el pecado, a la fiebre el antipirético, al hombre la mujer, a la razón las emociones, para formar, en pares finitos, la cadena dialéctica que propulsaba el equilibrio del mundo, la constante energía derivada de la lucha entre el Sí y el No.

Pero la estrategia que se impone actualmente en el tratamiento de la crisis viene a ser, como ocurre ya en otros campos, una forma incestuosa, por el momento tan escandalosa como ineficaz.

La globalización tiene sin duda que ver con esta consideración de un mundo que avanzaría no como resultado de la bipolaridad, tan propia de la era eléctrica (ratificada revolucionariamente por Lenin), sino a través de la superposición de lo mismo (de las marcas y sus copias, de las copias y sus marcas, de las wikipedias y sus gentes acumulativas, de la suma de muchísimas basuras que destilan luz).

El mundo vira, en suma, desde el enfrentamiento histórico entre el Bien y el Mal, blancos y negros, hacia una horizontal donde resbala la sustancia idéntica. En la Crisis, la explosión de las quiebras empresariales y la implosión del crédito son las dos caras de lo mismo. Una y otra son consecuencias de un incesto cen-

tral cuya potencia, la monumental potencia de su tabú infringido, lleva a convertir nuestro tiempo en emergencia. Emergencia de una era cuya cegadora aparición impide describirla bien.

Así, según todos los expertos es imposible determinar tanto la profundidad como la duración de la crisis, puesto que llega a ser de tal entidad en cuanto crisis inédita y crisis de todas las crisis, madre travestida y madre impura, Madre Medea y Madre Electra. Siendo el incesto fuente seca y fuente líquida, efecto del desastre y morbosa búsqueda de la sanidad.

¿La sanidad? Más de 50.000 europeos mueren cada año por infecciones contraídas durante su estancia en los hospitales. La yatrogenia que denunciaba Ivan Illich en *Némesis médica* ha llegado a convertirse en una fuerza de muy alta consideración entre las patologías emergentes, y con una dimensión que la faculta para formar parte del nuevo sistema general de las epidemias. Porque en los hospitales no sólo se adquiere el contagio de un virus aislado y por azar, sino que una importante batería de microorganismos infecciosos se ha atrincherado en los hospitales y se trata precisamente de los más peligrosos y resistentes. Se trata de aquellos microorganismos que nacidos y crecidos en el medio más hostil para su causa han sobrevivido malthusianamente y fortalecido, de este modo, su blindaje contra los antibióticos conocidos, proveyéndose de especiales recursos para matar.

En España, 15 pacientes de cada 1.000 ingresados contraen una infección dentro del hospital, y el 10 % de ellos acabará muriendo no de la enfermedad que

los llevó al hospital sino por obra y gracia de la infección que han contraído en su interior.

Contra el virus del hospital no valdrá acaso sino un virus gemelo nacido de otro hospital, la duplicación de esa bacteria por el método de una unión que mate por exceso de vida y, por exceso de masa, ahogue. Así, un desmedido aumento de la especulación especulativa no termina su dañino relejo (reflejo de tóxicos) en la anulación total, sino reflectando en otra nueva liquidez que se inyecta y nos anega.

La *Pseudomona aeruginosa* es considerada la bacteria estrella en la lista de las actrices más nocivas y fuertes. Son victoriosas por mor de ser hospitalarias. Matan por ser bacterias originarias de hospital, alumbradas por el sistema de Salud, partes inherentes del sistema, tal como la crisis financiera será incurable en cuanto crisis «sistémica».

El sistema sin patrón oro rebusca alguna fórmula áurea para mantenerse a flote tras el marasmo de los impagados, las parálisis de las transacciones, la debacle de la confianza general. Esta nueva forma áurea recuerda punto por punto el *Staphylococcus aureus*, el famoso estafilococo dorado que puso en cuestión el éxito de la mítica sanidad cubana y que fortaleció, durante años, a la propaganda anticastrista.

Esta bacteria áurea se tiene por absolutamente letal: no sólo puede arruinar la fama de un centro clínico, el prestigio de un Estado y la leyenda de una revolución, sino que anida en el santuario mismo donde se decide el último suspiro de la vida porque su hábitat más propicio resultan ser las UCI, donde, cerran-

do el bucle de la paradoja, consigue convertir los puntos más atendidos del complejo hospitalario en la máxima concentración de muerte.

Esta amenaza invisible, este estafilococo de oro que creó fuertes resistencias a la penicilina, venció después a la meticilina, su sucesora. Y no se ha quedado ahí. Tanto esta bacteria como sus hermanas, también incestuosas, han comenzado a salir del perímetro hospitalario para dirigirse a la sociedad y ahora se infiltran en ciertas comunidades humanas con una acción calificada de «extremadamente grave».

Contra el dicho que aseguraba que «no hay peor cuña que la de la misma madera», llega el momento de asumir que no hay mejor solución al mal que el mal mismo ni peor enemigo de un sistema que su forzosa perduración.

## EL PRINGUE DEL MIEDO

Diariamente, desde el otoño de 2008, nos despertamos y el mundo aparece enredado con la inminente posibilidad de algo peor. Vivíamos ya en los entresijos del temor, asumíamos una época propensa a los atentados terroristas, el deshielo de los polos, la peste aviar, la bomba de Irán, los virus misteriosos, pero la diferencia consiste ahora en que lo temible se ha hecho real. Podría esperarse que los repetidos despidos masivos, la congelación o recorte de los sueldos, las espectaculares estafas de los altos cargos, la corrupción de especuladores y concejales, la ausencia de medidas que combatan el desastre capitalista, encendiera a los sindicatos obreros y la clase media, pero resulta que el miedo, por el momento, actúa con un doble efecto: encoge y anestesia. Tiende a crear una sociedad anonadada y, a la vez, conformista, puesto que si aquello que asusta revela hoy una determinada proporción, los pronósticos sólo coinciden en el anuncio de que mañana crecerá la adversidad.

Ante este panorama, ¿cómo no recogerse interiormente y conformarse con el consuelo de no empeorar? Porque ¿a qué se podría recurrir cuando el enemigo no se dibuja claramente y no se conoce su arsenal? Nos hallamos, pues, no amenazados como puede decirse en cualquier otro acoso, sino ya desarmados y atacados. Tanto que incluso las autoridades políticas, interesadas en difundir confianza, hacen saber que no pueden confiar ni fiarse prácticamente de nada. La crisis posee una personalidad y unas secretas inclinaciones que reproduce en todos sus términos la máquina perfecta para generar temor. No sólo las instituciones financieras se hallan contaminadas sin que se sepa el grado ni exactamente el porqué tras gastos billonarios para sanarlas, sino que, además, las mismas autoridades admiten que no pueden fiarse siquiera de aquellas agencias de calificación puesto que sus calificaciones se encuentran también contaminadas y la contaminación, la toxicidad, la basura o la excrecencia no hacen sino formar parte de la materia económica como si, efectivamente, el mal hubiera penetrado tanto en su naturaleza que ha logrado transformarla en un nuevo factor a combatir.

Sobre la garantía de las agencias de calificación (los AAA y los AAA+) se apoyaba la resistencia del sistema. Pero si estos pilares vacilan carcomidos de mentiras, si las autoridades que debieran saber de sus composiciones no logran determinar siquiera su grado de fiabilidad, ¿qué cabe sino ponerse a temblar? ¿Y cómo llevar a cabo una protesta con titilaciones? ¿Cómo, entre escalofríos, calentar la agitación?

El miedo, en fin, es la materia puente que primero ata a cada cual y después, según los optimistas, une a los seres humanos. No es la salud, por tanto, la que nos hará más solidarios, sino la enfermedad, la peste o el miedo compartidos. La catástrofe a la vuelta de la esquina hace ahora de todos nosotros vecinos, hermanos de la misma área de terror. Vecinos y enfermos de miedo, trasfundidos todos mediante el pánico.

Nunca una familia hallaría aglutinantes más fuertes. Enfermos todos y congregados bajo la inevitable cuarentena autoimpuesta entre el contagio incesante, incestuoso y sin final. ¿Es esta crisis real?

A estas alturas, resulta imposible separar qué pertenece a una situación objetiva y qué corresponde a la impresión subjetiva, porque ambas se confunden en una aglomeración que recuerda las grandes estampidas que matan anualmente a cientos de personas en La Meca, donde juntándose en actitud pacífica terminan como asesinos en serie. Así, una gran proporción de los fenómenos sociales de nuestro tiempo adquiere la forma de eclosiones propagándose mediante el modelo de la estampida o la epidemia, que, por su magnitud, llega a adquirir una autonomía liberada de origen y causalidad. La crisis no es sólo la crisis, sino todo aquello que se cree, se habla o se teme sobre la crisis. O, incluso, ésta sería a efectos prácticos la única crisis y de ahí la dificultad (o la imposibilidad) de neutralizarla mediante medidas referidas a lo económico, que, a estas alturas, está siendo superado por todo lo demás.

De hecho, la confusión ha crecido tanto que, en

algunos momentos, la obsesión de la crisis posee tal espesor que es imposible separar el sentimiento de la crisis de la crisis en sí misma, sea ya esto lo que quiera que sea.

Las psicosis colectivas desencadenan, a menudo, efectos cuya verdadera exégesis no reside tanto en las coordenadas de lo real como en las interrelaciones que genera la fiereza del contagio. La red mafiosa, la red eléctrica, la red insalubre extienden una lógica que devora lo preexistente, destruye sus huellas y alcanza la escala y el protagonismo del fenómeno primordial. Casi fantasmagórico y casi espectral. ¿Cómo no sentir, en consecuencia, pavor? No sólo constatamos que no podemos controlar «eso» que pasa, tampoco es factible entender ni atender los fenómenos que estallan a la manera de cargas desconcertantes y especialmente cegadoras.

En cuanto a la economía, los casi quince años de estabilidad transmitían la sensación de que los ciclos se habían evaporado o sus periodos suavizado al punto de que apenas se sufría, en los vaivenes, algún cambio de sabor. Pero después, cuando los riesgos se han globalizado y la globalización se manifiesta carente de control global, su masa constituye la masa extraorbital de máximo riesgo, a punto, en cualquier momento, de estallar.

*Aquí no puede ocurrir* (Taurus) es el título del libro de Joaquín Estefanía donde se narran las consternaciones económicas mundiales que han venido so-

breviniendo precisamente desde 1987 y que han sacudido, junto a los valores bursátiles, la vida de cientos de millones de personas hasta hace poco confiadas en la bonanza económica y su interminable prosperidad. ¿Quién podría por tanto anticipar que sobrevendría un velatorio económico y de esta magnitud? El pánico de vivir, es la sustancia secreta de la alegría de vivir, pero ¿cómo asumir que la base se conmueva y el oscuro subsuelo emerja hasta ocupar el lugar central?

Jean Delumeau (*El miedo en Occidente*) recuerda que hasta la Revolución Francesa sentir miedo era una indignidad. Un asunto que Montaigne asignaba a las gentes humildes e ignorantes o una flaqueza que no correspondía a la clase de la que procedían los héroes y los caballeros. Cuando don Quijote se preparaba para intervenir a favor del ejército de Pentapolín contra Alifanfarrón, Sancho Panza le hacía observar con timidez que se trataba de un rebaño de carneros. «El miedo que tienes –dice don Quijote– te hace, Sancho, que ni veas ni oigas a derechas; porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos (...) y si es que tanto temes, retírate a una parte y déjame solo.»

Desde la antigüedad hasta hace unos dos siglos el discurso literario y plástico ha apoyado la valentía como eje de la conducción social. Una sociedad sin valientes sería una sociedad impedida para cumplir su destino y propensa a la disgregación. Desde hace varias décadas la cuestión es bien distinta, y en nuestros días no es vergonzoso sentir miedo ni tampoco manifestarlo. La idea de que el temor correspondía a los cobardes, los débiles o las mujeres se ha sustituido por

una idea del terror o el terrorismo que se opone a la democracia, al humanismo y a la civilización. Ser un individuo civilizado comporta vivir tembloroso sobre un consciente estado de alarma.

Las tecnologías de defensa y vigilancia, el desarrollo de las policías privadas, las urbanizaciones fortificadas, las videocámaras repartidas por la ciudad, la medicina preventiva, son la expresión de un miedo en el sentido común. No será, por tanto, un miedo generado por la «turbación de los sentidos», sino producto mismo de la sociedad de la información y la paradoja de una ideada transparencia tanto más opaca cuanto más trata de representar su nitidez.

La palabra «pánico» proviene del dios nacional de Arcadia que, a la caída del día, difundía el terror entre rebaños y pastores. Luego, sin embargo, el dios Pan llegaría a convertirse en una suerte de gran protector nacional de Grecia. Con la pretensión de conjurar el miedo —a través de un dios— se disponía el mundo para actuar en él, pero actualmente vivimos —por definición, por antonomasia— en una sociedad de miedos y ya aceptamos que convivir con la asechanza es consustancial al modo de vivir excitadamente, sin proyecto muy determinado ni sobre las circunstancias de seguridad que disfrutaba la generación que cruzó la frontera que pasaba del siglo XIX al siglo XX. O como decía Stefan Zweig refiriéndose a esa época (*El mundo de ayer*): «Si busco una fórmula práctica para definir la época de antes de la Primera Guerra Mundial, confío en haber encontrado la más concisa al decir que fue la

edad de oro de la seguridad (...) Nadie creía en las guerras, las revoluciones ni las subversiones. Todo lo radical y violento parecía imposible en aquella era de la razón.»

Los norteamericanos, sin embargo, han sido quienes, durante la segunda mitad de siglo XX, han exportado con más ahínco amenazas de todos los tipos, miedos de diferente espesor y bien surtidos. Desde antes de la guerra fría, se fomentaba el miedo al comunismo interior y exterior, el miedo a ser atacado en cuanto pueblo elegido, la zozobra real o inventada de ser víctima de contaminaciones, radiaciones o invasiones.

La cultura norteamericana extendida por todo el planeta ha difundido un rico catálogo de acosos, desde los marcianos a los darwinistas, desde el Ébola a Sadam Husein, «el Eje del Mal», «el imperio del diablo», la sacarina o el deshielo de los polos.

Primero fueron los medios de comunicación de masas y enseguida el miedo masivo como forma de mantener el fulgor de los *media*, puesto que no hay mejor modo de ganar espectadores que la alarma, y las audiencias han crecido y se han reproducido al compás de los géneros de terror, desde la guerra de los mundos hasta la guerra atómica, la ecológica o la astral. ¿Cómo puede extrañar, pues, que partiendo de Estados Unidos haya prendido el actual temor del desplome general de la banca, de las bolsas y las marcas de coches, la ruina de todas las familias y los pensionistas, la pérdida de los ahorros para siempre y el paro universal como nueva forma de inanición?

Enrico Louis Quarantelli, un especialista en estas cuestiones, señala que probablemente el público siente una fascinación por las catástrofes debido a que pánico y catástrofe se asocian inmediatamente, y el pánico fascina. El miedo anida fácilmente en el centro de las masas, y su capacidad para crear acontecimiento, lo convierte en valiosa materia prima del espectáculo y ya, a estas alturas, en un irresistible recurso para cualquier institución, personalidad o grupo multimedia que aspire a alcanzar mérito y visibilidad.

El estado mental del pánico, la amenaza que cae sobre la colectividad, logra además la disolución de las conciencias individuales en una suerte de «alma colectiva» y, contrariamente a lo que pueda creerse a primera vista, de ello se deduce no sólo dolor, sino una extraña voluptuosidad asociable a ser parte de lo excepcional y parte indisoluble de la catástrofe. Una fusión que comporta no sólo la pérdida del sentido crítico del sujeto, sino antes la pérdida de la subjetividad y su inmersión en el entrañable corazón de la historia colectiva.

Las regresiones de la individualidad –en parte anuladoras, en parte liberadoras– se ajustan al cuadro clínico que la psicología de masas ha trazado no sólo del pánico sino del comportamiento gregarista, irracional e infantil de las masas, el juego con la hecatombe o la hecatombe como el gran juego de vida y muerte que nos reúne, como en *World of Warcraft*, a jugadores del planeta entero.

Crear entonces pánico enfatizando catástrofes, epidemias, hundimientos financieros, ¿forma parte de

una estrategia para fomentar infantilismos y facilitar abusos de poder? No sabemos si el cinismo llega tan lejos, pero el vedetismo sí. Porque ¿cómo no aprovechar el inesperado banquete de popularidad que al poder proporciona una terrible y verdadera tragedia? ¿Cómo no aprovechar la crisis para anunciar la consumación de lo peor y enaltecer la fúnebre y aplastante fiesta que lleva a la dejación?

Hobbes descubrió en el miedo el origen del Estado y Maquiavelo enseñó al Príncipe que tenía que utilizar el temor para gobernar. La *terribilità* como herramienta. En suma, ambos coincidían en que el miedo es la emoción política más potente y necesaria, la gran educadora de la Humanidad, indómita y poco de fiar. Pero ¿qué parte corresponde a la maniobra, qué otra parte a la búsqueda de audiencias y qué otra, finalmente, al amonal? Cuestiones vanas. Como una epidemia absoluta, el miedo se ha propagado universalmente, y si antes nos esponjábamos con la esperanza en los tiempos por venir, ahora nos encogemos ante la cierta amenaza del presente.

Desde que cayó el Muro de Berlín en 1989 y la paz iba a reinar sobre sus escombros, el mundo entero quedó paradójicamente expuesto a redobladas e impensables tragedias. Infortunios en ciernes años antes de llegar al espantoso milenarismo del 2000. Llegó el 2000 y, junto a diversos virus informáticos de aparatosa potencia, sobrevino el diluvio de la burbuja punto.com.

¿Quién podía darse por sorprendido de otras lo-

cas sevicias sin nombre? ¿Quién podía sentirse al margen del previsible horror? Según el Eurobarómetro, en 2002 un 82 % de los europeos esperaba un ataque terrorista internacional en cualquier momento, pero incluso un 58 % temía el lanzamiento accidental de un mortífero misil nuclear y un 57 % presentía una Tercera Guerra Mundial. Un año más tarde el *Financial Times* (2-3-2003) publicaba que el 71 % de los adultos británicos aguardaban malos tiempos económicos en los próximos 12 meses, un porcentaje que había ascendido desde el 47 % en noviembre de 2002.

El tufo del terror ha ido pasando a ser, dentro de la aventurada cultura de la posmodernidad, como el perfume de la vida. La vida minada de terror donde hay que estar alerta como la forma idónea de hallarse perfectamente al día. Los modelos microeconómicos desdeñan la interpretación de que los grandes *crashes* son efecto de alguna fluctuación exógena fuera del control del mercado. Porque, de hecho, el estudio de las grandes crisis financieras, más el pánico y el colapso en que concluyen, demuestran que éstas no golpean nunca desde fuera. El movimiento eufórico de la expansión mercantil que las ha precedido no actúa como si se tratara de una maléfica intervención, sino que, en cierto modo, los daños se encuentran programados en el seno de la euforia, como la muerte dentro de la vida y el infarto en el corazón de la liquidez. Sólo serán inciertos la hora y el día. Más aún: generalmente se denomina «especulación» a la fase ascendente y «pánico» al periodo de hundimiento, pero el análisis revela que el pánico se encuentra presente en

la fase especulativa y que la fase de pánico forma parte de la dinámica de la especulación (Kindleberger y Aliber, *Manias, Panics and Crashes*).

De este modo pues, una vez más, ¿cómo saber? Y, sin saber, ¿cómo actuar? Las carátulas sucesivas del sistema económico pueden ser tan equívocas como los tránsitos de lo bello y lo siniestro, el amor y el terror. Difícil es prever el mal, pero todavía puede ser más endiablado combatirlo y, no digamos, si contagia sus efectos sin medida ni posibilidad de control.

## LA EPIDEMIA

La copia ha fascinado siempre, pero su poder se traduce ahora, espectacularmente, en el absoluto del contagio. Bajo el imperio de la moda, a través de las falsificaciones, los productos saqueados, las reproducciones instantáneas en red, el mundo de la réplica, el espejo (la especulación) y la epidemia han venido a convertirse en sistema de realidad. Una realidad que no terminará de realizarse hasta que la totalidad del espacio sea colonizado por su infinidad de copias fractales.

Una conocida tesis que relaciona epidemia y copia es la de los memes. El término «meme» (Susan Blackmore, *La mecánica de los memes*) procede del griego *mimeme* (imitación) y está adaptada para sonar en inglés con la afinidad de *gene*, porque el *meme* y el *gene* poseen en común que mientras en la genética el gen transmite fragmentos importantes sobre la descendencia, el meme extiende sobre la cultura sellos de similar vigor.

La moda de beber agua, el zen, el minimalismo, los pilates, los viajes al Caribe, las dietas de adelgazamiento, Harry Potter, la compra de viviendas, las hipotecas-basura, la adquisición de acciones, los ikeas, los zaras, los cuadros de Blackberry, las rectangulares monturas de gafas, son memes.

El meme actúa como un replicante que va extendiendo en sentido vertical o en sentido horizontal un mensaje pegadizo. Actúa de manera similar a los genes en su reproducción, con espíritu egoísta y atendiendo al único propósito de copiarse sin fin, compulsiva y explosivamente.

En cada momento hay diferentes memes que pugnan entre sí por imponerse, y unos a otros se desplazan en la moda, en las ideas, en los valores, en las creencias religiosas. Hay memes que traspasan el tiempo y viajan por las generaciones, encarnados en gestos, inflexiones de la voz, en formas de reír o bostezar, y hay memes que se expanden horizontalmente como las canciones de Beyoncé y las especulaciones bursátiles.

Todas las épocas se han sentido atraídas por la magia de la réplica, pero en la nuestra la clonación, la piratería discográfica, el escaneado, la fotocopia, el marketing viral, han contribuido gracias al apoyo de los *media* y el contacto global, a provocar formidables contagios o epidemias masivas.

No sólo nuestro tiempo ha asistido al auge de la reproducción simultánea, sino que con ella ha provocado la metástasis de los mismos consumos, las mismas marcas y las mismas formas, siendo el meme,

además, el que inspira en la ciencia la teoría de los fractales, la teoría de las redes y la reproducción de patrones en política económica o en cualquier otra clase de gestión. Fue así en los tiempos de los neoconservadores y los mandatos neoliberales del Banco Mundial y lo es ahora en el pregón general de las estrategias anticrisis, sin que importe demasiado los tempos diferenciales entre Estados Unidos y Europa puesto que la naturaleza de la patología se considera de la misma clase.

Y no sólo se trata ya de que la extensión de la crisis haya asumido el aspecto de una misma enfermedad replicante, sino también de que, siendo «vírica», los remedios mediante los conocidos antibióticos e inyecciones de liquidez, las fuertes bajadas en el tipo de interés (antipiréticos) o las sumas ingentes de dinero recién impreso (eméticos: *quantitative easing* o *alivio cuantitativo*), han resultado, por el momento, ineficaces.

Más bien el virus de la crisis, empezó a decirse en febrero de 2009, se hallaría en una fase de mutación, de manera que si los intentos para detenerlo habían fracasado, ahora habría que afrontar, además, una diabólica versión del mal que podría al cabo convertirse en un caso de las llamadas «enfermedades raras», cuyo destino se volvía tan impredecible como acaso interminable. «Ni siquiera esos chicos listos que trabajan en la Fed saben qué sucederá a continuación», ha repetido el premio Nobel Paul Krugman.

De hecho, el virus avanza y ya parece que se contabiliza su segunda o tercera vuelta turbadora alrede-

dor del mundo. Día tras día el meme viaja e incrementa su población sobre un mayor número de empresas, gobiernos y parajes.

Según las investigaciones de Ricard Solé (*Redes complejas. Del genoma a internet*), toda epidemia requiere dos condiciones para prosperar. La primera es la presencia de un organismo patógeno simple, un parásito que emplee a su huésped como sistema de transporte en el que replicarse. La segunda es una población de propicios exportadores para que el proceso infeccioso sea efectivo.

En la realidad, por debajo de cierta tasa mínima de infección, la epidemia termina, pero por encima de un nivel ésta siempre acaba persistiendo. Así se explica el éxito arrollador de ciertos libros o modas a partir de un *tipping point* altamente agresivo, mientras otros se apagan a la orilla de esa cota.

Este nivel de *tipping point* fue el que alcanzó la crisis en el último trimestre de 2008. A partir de entonces lo característico del fenómeno es su poder de atracción. Nadie puede inhibirse, sustraerse a su influencia, y unos con otros se desafían en la conciencia e intensidad del temor. Vivir la crisis es un equivalente a no estar en las nubes. Sentir la crisis es tanto pertenecer a la comunidad como ser un elemento orgánico y partícipe de la organización. De ese modo, la crisis hecha organización, sustituyendo a la organización anterior, previa a su llegada, ha conseguido convertirse en una formación social. Ha creado, por su supuesta duración y profundidad, por la importancia de sus consecuencias, un antes y un después. O, lo

que es lo mismo, ha producido «época», que etimológicamente significa «lugar del cielo donde se detiene un astro en su apogeo». Lugar en la historia del mundo donde el apogeo del fenómeno desencadenó una secuencia de trastorno tan irreversible como generadora de un mundo por inaugurar.

Un paso más y no estaremos ya en crisis ni seremos importunados por la crisis, sino que nuestro destino general fue la crisis. No será ya el mal que nos atenaza sino el mar donde navegamos. El miedo a ser secuestrados por la crisis cambiará por el miedo a no haber sido abducidos del todo puesto que de ello depende la vida en el porvenir. Miedo, pues, a ser víctimas de la crisis y miedo a no participar en ella de una vez.

De esta misma angustia participan las ratas de laboratorio en la caja de Skinner utilizada para determinar las conductas de las cobayas. La rata aprende que esa luz roja representa la inminencia de un castigo, y la espera de la señal termina enloqueciendo al animal, que todavía no siente otra cosa que la desazón de la insoportable espera.

Desearía cuanto antes ser castigada, ser absorbida por la luz roja y perderse en su interior, del mismo modo que todos, a través del contagio, nos sumimos en la psicosis de la crisis y en su vientre, como víctimas, sentimos el metabolismo purificador. ¿Purificador? Su seno sería ya como un claustro que protege garantizadamente de la decadencia definitiva, puesto que se compone del mal mismo y en consecuencia, poco a poco, ya nada deberíamos temer.

Es así, sin quererlo, como se comportan las autoridades a través de las millonarias medidas que llevan a incrementar aún más las primeras razones del mal. Todos los fondos que se agregan desafortadamente contribuyen a transformar la ayuda en criminalidad, el cuerpo estatal en cuerpo del pecado: cómplice del mal, propiedad del mal, desvestido de moral y autoridad.

Actúa así el Mal Financiero como una fuerza que se mueve con la convicción de un huracán o un cataclismo tan alarmante que provoca en las autoridades la reacción debida ante una guerra fantasmal. Nunca, por eso, el progreso de nuestra historia nos ha pertenecido menos. Mientras existieron las utopías, el porvenir podía medirse en relación con un proyecto humano, pero hoy, sin referencias, en medio de la adversidad, el futuro ha tomado su propia deriva imprevista, tan devastadora y desprejuiciada como es la arbitrariedad de la naturaleza o la ficción de la fatalidad fatal.

El mundo se ha liberado así de sus gobernantes y acelera su marcha despojado de Humanidad. No es extraño, por tanto, que evolucione más ligero y, de vez en cuando, adopte comportamientos narcisistas o incluso suicidas. En el fondo, esta patente autonomía de la crisis y su evolución enlaza con la idea que inspira a su vez a la ecología y sus militantes. Llegados al punto en que se desconfía de la correcta acción de los hombres, el pensamiento naturalista se entrega al designio de las fuerzas cósmicas y de su comportamiento más allá de la razón.

El *laissez faire*, la no intervención, la idea de preservar lo preexistente es la otra cara del intervencio-

nismo sin ningún plan cabal. Mercado, Naturaleza, Delirio Especulador.

En septiembre de 2007, dos economistas norteamericanos, Tobias Adrian, del Banco de la Reserva Federal de Nueva York, y Hyun Song Shin, de la Universidad de Princeton, buscaron una explicación a la brutalidad del contagio financiero a partir de la crisis del sector de los créditos hipotecarios de gran riesgo en Estados Unidos y de su continuidad, sin importar la clase y cantidad de las medidas que se arbitaban.

En sus trabajos, los dos investigadores relacionaron los términos de liquidez y deuda para demostrar que, en un sistema financiero moderno, la propagación llega por las variaciones de *precios* y la *apreciación* de los riesgos que realizan las instituciones financieras.

La bajada del precio de un activo arriesgado deriva en un efecto de pérdida –por razón contable– y de ahí en una variación negativa de resultados y fondos de los bancos y de todos los intermediarios financieros. Y de ese modo, *market to market*, *meme a meme*, las pérdidas debidas a la crisis financiera son incomparablemente mayores que las pérdidas reales. O, para expresarlo justamente: «son incomparables». Componen dos universos disparejos. Son, cada uno, los perversos efectos de la «especulación».

Las instituciones financieras actúan reaccionando tanto a las variaciones de precios como a la idea que se hacen del riesgo que afecta a los precios. Y, teniendo en cuenta las reglas contables, esto les obliga a pro-

visionar pérdidas que acaso no han tenido realidad alguna sino que proceden de la clase de traducción imaginada sobre el relativo hundimiento de la demanda sobre activos y de la relativa elevación de la aversión al riesgo. Así, en el segundo semestre de 2007 la depreciación de los activos de los grandes bancos occidentales sobrepasó los 150.000 millones de dólares sin que se pudiera calibrar a través de esa cifra la magnitud del fenómeno, como tampoco la proporción de cordura o desvarío en la contabilidad.

Pero, además, como «todos» los intervinientes se encuentran afectados simultáneamente, sus reacciones repercuten en una bajada de los precios de «todos» los activos y en un nuevo aumento colectivo del miedo al riesgo, que consecuentemente induce un nuevo ciclo a la baja. Es decir, una suerte de «bomba» en cadena y hacia el centro de la depresión.

Cada burbuja que estalla resulta ser así más grave que la anterior, puesto que el miedo al riesgo no lo alivia ninguna cantidad agregada de liquidez, por grande que sea. Más bien se produce entonces ese tipo de fenómeno del Japón durante los años noventa. Tras la reiterada explosión de las burbujas llega una bajada continuada de los precios y un retroceso no menos persistente y tenaz del crédito. La detención, en fin, del crédito y de la inversión: el paro. El grado cero de la actividad.

Con este *crash* mundial asistimos así por primera vez al accidente de los accidentes, al accidente mismo del tiempo. La hiperconcentración del tiempo real y el pase al tiempo mundial del presente especular.

A través de la intercomunicación, a través de la interactividad, se ha llegado a crear la posibilidad del accidente absoluto. La actual crisis mundial sería, por tanto, la primera representación de esta tragedia perfecta: la *emergencia* para toda la Humanidad.

Esta película de terror va plasmándose sobre una pantalla planetaria donde se suceden los spots del fin del mundo. Unos más y otros menos, los impactos van consiguiendo convertir el miedo en el pringue primordial. Como en los tiempos primitivos, como en la época de los sortilegios, el exterior incomprensible, extraño, hostil, aumenta la intensidad de su amenaza, y con ella crece la alerta incesante, la vida suspendida de un hilo, cada vez más fino, expuesto al inminente soplo del fin final. ¿El fin como remedio devastador de todos los fines? ¿El fin como falso conjuro del miedo al fin?

## EL AMOR A LAS BASURAS

En 1857, tuvo lugar la primera crisis financiera importante en Estados Unidos. Empezó con el hundimiento del Ohio Life & Trust y se extendió por todo el país, arrastrando consigo a 1.415 instituciones bancarias. Las acciones cotizadas en la Bolsa de Nueva York disminuyeron hasta un 75 % de su valor y poco después las dificultades llegaron a Europa, donde se fue a pique el primer banco de Inglaterra, el Overend, Gurney & Co. En esa época de adversidad escribía Flaubert: «Debemos gritar contra los guantes baratos, contra los sillones de escritorio, contra el impermeable, contra las estufas baratas, contra la tela falsa, contra el lujo falso (...) ¡La industria ha generado fealdad en proporciones gigantescas!» (*Correspondance*).

Los precios de muchos productos no habían dejado de bajar a lo largo del siglo XIX a causa de las nuevas tecnologías, pero ningún periodo fue más deflacionario que el de 1873 a 1896, cuando en Gran Bretaña

los precios de las mercancías se abarataron hasta en un 40 %. Este recuerdo aumenta el temor a una próxima deflación derivada de esta crisis, pero, ya antes de que ocurra, el mercado ha jugado con la continua bajada de precios y la profusión del *low cost*. Casi de golpe y como por ensalmo, los bienes tienden a no valer nada, sea mediante drásticas rebajas y oportunidades continuas, sea mediante entregas completamente gratis, sean relojes, móviles, *pendrives* y todo servicio bajo el modelo *freemium*, en el que se recibe gratuitamente el servicio básico y sólo se paga por los complementos. La oleada de coste cero, la entrega de artículos sin precio, tal como si fueran desechos, ha estado presente en el sistema años antes de la crisis actual.

Precisamente que los tipos de interés descieran hasta cero o casi cero guarda relación con la tendencia general a distribuir productos gratis. Un próximo libro de Chris Anderson, editor en jefe de la revista *Wired*, lleva por título *Free* (Gratis), y se refiere a la deriva que en los artículos o en los servicios se detecta para ofrecerse al consumidor sin coste alguno. No a través del dos por uno ni del tres por dos, rebajas del 70 % y gangas por el estilo, sino exactamente a cambio de nada.

La compañía obtiene beneficios no a través de la venta del objeto principal, sino indirectamente, secretamente, a través del mundo de la información. El principal ingreso que la empresa obtiene no se lo procura la venta de un artículo sino la huella personal que ha dejado el consumidor al tomar la mercancía en sus manos, tal como se produce constantemente en las

compras de internet. Un servidor de la red, a través de las visitas y consultas de sus usuarios, se halla en condiciones de elaborar listados con perfiles detallados de sus clientes. El servicio se ofrece aparentemente gratis puesto que nuestra aportación no será el dinero sino la información sobre nosotros mismos. Con ello, el mercado inaugura la permuta de mercancías por partículas de privacidad, objetos por sujetos.

Los periódicos hace mucho tiempo que dejaron de fijar su precio de acuerdo con el coste del papel, la impresión, la distribución y las nóminas, pero ahora, además, como muestran los gratuitos y el marketing viral, su negocio consiste no en sus contenidos periódicos sino en vender sus lectores a los anunciantes.

Poco a poco, ya sea por la competencia en la red o por los resultados de los *outsourcings* y el marketing, gran variedad de bienes valen prácticamente lo mismo que una propina. Una camiseta de Zara vale menos que un café en Starbucks, un reloj vale menos que una entrada de cine, un vídeo o unos cacharros de cocina, bolígrafos, gafas, calcetines, tienden a entregarse gratis o prácticamente gratis. Si el precio del dinero ha llegado a cero en los países importantes, ¿cómo no iba a llegar a cero o casi cero todo lo demás?

¿Qué ocurrirá, no obstante, el día en que todo lo visible no valga nada? Entonces el mercado simulará su desaparición, pero también mientras la asíntota del valor mantenga esa dirección hacia la nada, el capital pasará a resultar de ajeno a cordial y de codicioso a altruista. He aquí el bucle innovador que ya trazaba el sistema antes de la crisis y que se afianza con ella.

La basura, el amor (ecológico y decadente) por las basuras, podría constituir su inspiración. Basuras tratadas y depuradas de suciedad como la metáfora de una catarsis de época y como anulación de la ignominia del valor. Los bonos basura, las hipotecas *subprime* son eslabones en la cadena del grunge, el *abject art*, las cadenas de comida basura, la telebasura, las redes de supermercados chinos, la exposición de cuerpos en descomposición, cadáveres en formol, arquitecturas del desastre, anuncios donde los despojos se fotografiaron como emblemas del último grito.

Característica de los últimos tiempos fue la mezcla entre prendas de lujo y prendas baratas diseñadas, o no, por grandes modistos y adquiribles en H&M o Zara. A este fenómeno, mezcla de la ganga y el glamour, se le ha dado el nombre de *mass prestige*. Desaparecido el valor material, emerge el valor especular, un juego entre el cero y el infinito, entre lo popular y lo chic, lo que sería inmensurable por su plus creativo y lo que correspondería a la birria del mercadillo. La conjunción es paradójica, ocurrente o moderna, y de ahí su atracción.

En las épocas de auge se tiende a flirtear con el dinero: apostar, invertir, pujar, especular o, simplemente, divertirse con él. No comprar o comprar poco, no comprar o comprar sobre todo barato reaparece en la crisis no exactamente como un juego, pero, haciendo de la necesidad virtud, es posible convertir la carencia en estilo. Internet ofrece infinidad de direcciones para ahorrar en numerosos ítems, pero incluso fuera de la red el «*zéro euro attitude*» (actitud de euro cero) es un

movimiento francés en boga. También en Estados Unidos se ha desarrollado una corriente parecida a cargo de los llamados *bargainistas* (de *bargain*, «mercadear a buen precio»), en la que se alistan incluso las chicas más pijas o *fashionistas*. No en balde los promotores han recordado una oportuna frase de Coco Chanel: «Nunca se será lo bastante rico como para saber comprar barato.»

Frente a la vulgaridad del despilfarro, el criterio selectivo, frente al hiperconsumismo, el hipergusto. Ahora, en la escasez, la compra elige otra manera de ser, y así, el *outlet*, que fue antes un evacuatorio, ha pasado a hacerse lugar turístico. La firma Primark, distribuidora irlandesa de moda, ha rebajado los precios tan drásticamente que en su tienda londinense de Oxford Street llegó a vender un millón de prendas en diez días, 8.000 a la hora. Igualmente, las ofertas compartidas al modo del *couchsurfing* (intercambio de espacios para dormir gratis gracias a contactos en la red: [www.couchsurfing.com](http://www.couchsurfing.com), [www.hospitalityclub.org](http://www.hospitalityclub.org)) o la web Zipcar, donde se encuentra una oferta de 5.000 coches, desde monovolúmenes a berlinas o 4×4, que utilizan comunitariamente 200.000 conductores, no parecen ya un pobre recurso de mileuristas.

De la misma manera que los Bobos, los *bourgeois/bohemian*, se complacían hace diez años con lo más simple y natural (aunque entonces fuera también sinónimo de lo más caro), la segunda mano es *cool*.

Un nuevo concepto de *lujo humilde* procedente de Tokio se llama «Iki» y entre ecologistas se desarrollan las llamadas «campanas de medio ambiente adap-

tadas a la ropa», que consisten en vestir modelos confeccionados con telas usadas, tiras de periódicos y bolsas de basura, muy estimados por los artistas famosos. Karl Lagerfeld ha lanzado bajo el nombre de «la nueva modestia», líneas de ropa más sencilla y barata sentenciando el fin del *bling* (tintineo de joyas y pedrería) también, como ilustra el ejemplo de un nuevo hotel suizo, el fin de todo fulgor.

Así, en línea con la devastación, en Sevelen se inauguró en abril de 2009 el Zero Star Hotel. Se trata de un hotel, pero su espacio es el de un antiguo búnker sin ventanas. Para suplirlas, dos artistas suecos, los hermanos Patrik y Frank Riklin, han instalado unas pantallas de plasma que emiten imágenes del paisaje exterior. Las habitaciones, tan austeras como cabe imaginar, no las elige el cliente, se rifan. Hay habitaciones *standard* y habitaciones *luxury*. La diferencia entre ellas es que estas últimas cuentan con una bolsa de agua caliente puesto que no hay calefacción en punto alguno. También, a diferencia de los huéspedes *standard*, los *luxury* tienen derecho a merendar galletas. ¿Precio por noche? El máximo es de 20 euros y el mínimo de 6. ¿Clientela? El hotel ha despertado tanto entusiasmo que las reservas, cursadas desde distintos países, superaban el millar varias semanas antes de abrir sus puertas.

En Gran Bretaña y Estados Unidos, los *freegans* (contracción de las palabras *free*, «gratis», y *vegan*, «vegetariano») conforman desde hace poco un movimiento que promueve el uso de todo aquello que no quiere nadie. Buscan en contenedores, acuden a las fá-

bricas que cierran, aprovechan los desechos de los restaurantes, aceptan los artículos más diversos que ofrecen otros, gratuitamente, en la red. Uno de los promotores de los *freegans* prefiere que se les llame «consumidores responsables» que practican el «*bin diving*» (buceo en el cubo) o el «*dumpstering*» (de *dump*, «desecho») para subrayar el despropósito que ha originado este *crash* (o *trash*).

En la red, Freecycle (6 millones de miembros que crecen a razón de 50.000 por semana) permite colgar ítems que ya no se quieren para que otros se sirvan, y según *Business Week* (20-10-2008) hay quien ha construido toda su casa con materiales gratis.

La misma idea de comunidad a través del desecho ha promovido el movimiento de los *scuppies* (*socially conscious upwardly mobile person*: «persona socialmente consciente con potencialidad de ascenso»), individuos relativamente bien establecidos pero dispuestos a realizar obras humanitarias para los marginados que las soliciten. El *scuppy* es una mezcla del *hippie* y el *yuppie* que ha adquirido conciencia de la menesterosidad y el desamparo de gran parte del mundo y de cuyo incomodo trata de librarse sea mediante donativos regulares, sea participando a través de ocasionales contribuciones profesionales.

El plus radiante de estas acciones viene de celebridades como Stella McCartney, Gwyneth Paltrow, Bono, Leonardo DiCaprio, Julia Roberts, George Clooney, Angelina Jolie, Brad Pitt y tantos otros que también permutan la caridad por rentabilidad mediática y serenidad del alma. La crisis ha redondeado el

aura de estos *scuppies* que mientras hacen el bien o atienden basuras humanas se procuran un bienestar sin coste.

La basura, en fin, no es lo que era. La mafia, tan atenta a las altas rentabilidades, gestiona actualmente el 30 % de las basuras de toda Italia. Pero, refiriéndonos a la misma España, ¿cómo no aludir a la capacidad para convertir territorios de escaso valor, extensiones improductivas en solares recalificados (o reciclados) para el enriquecimiento de alcaldes, concejales, consejeros autonómicos, promotores y agencias?

En resumidas cuentas, no sólo se ha tratado de aprovechar la basura en todas sus manifestaciones, sino que existen además medios especialmente destinados a producir basuras: museos, centros culturales, palacios de congresos, auditorios o universidades destinados a no servir de nada o, en otros casos, a conceder licenciaturas, comisariados y doctorados basura. Finalmente, ¿cómo no calificar sino de gran basurero humano un sistema económico internacional que mantiene diariamente al borde de convertirse en «restos» a mil millones de personas hambrientas y enfermas, que trafica con niños y órganos, con mujeres y desesperados?

Así, la atención a los restos y el amor por la ecología se relacionan mediante el logo de las dos flechas plasmado sobre los envases reciclados e impregnados de una fama que los convierte en acreditados objetos de época. La excrecencia transformada así en excelen-

cia: he aquí la regla que ha dominado ideológicamente la época de prosperidad en la que incluso las personas habían perdido calidad para hallarse en sintonía con las circunstancias. No se trataba de que fueran malas personas, que también, sino individuos de escasa calidad, desleales, taimados, lábiles ignorantes, cobardes. En las empresas se apreció especialmente a los empleados calificados como «lastre cero». Es decir, sin convicciones, sin compromisos políticos o románticos, sin afincamiento, sin vocación determinada, porque así podían circular con mayor fluidez.

Por su parte, la mala calidad de la vida urbana se corresponde con la mala calidad de la salud, la mala calidad de la educación, la mala calidad de la justicia o la democracia. Los gobernantes, los catedráticos, el lenguaje, los jerséis, los guantes, los salarios, las relaciones de pareja, todo se halla rebajado o en plena liquidación. El mismo reino de lo rebajado, próximo a la basura, ha contagiado al cine, la pintura o la arquitectura, y no digamos ya a los bodrios literarios (menos que cero) que circulan entre la alegre acogida del público, que, a su vez, en interacción con ellos, degrada jubilosamente su valor.

Del Premio Turner, por ejemplo, se tiene la idea de que sus distinciones anuales cooperan a mostrar lo último en el arte mundial. En diciembre de 2008 los 19.600 euros del galardón fueron para Mark Leckey, un artista que incorpora a Félix el Gato y a Homer Simpson en sus diferentes trabajos. En 2007 lo ganó Mark Wallinger por su recreación del campamento que un pacifista tenía instalado en Parliament Square.

En 2006, Tomma Abts lo obtuvo con formas abstractas en pequeño formato. En 2005 Simon Starling se impuso con su propuesta de convertir objetos ya existentes, como una bicicleta, en piezas escultóricas. En 1995 Damien Hirst fue premiado por una vaca metida en formol.

«Si esto es el arte británico, el arte británico es una mierda conceptual», dijo el ministro de Cultura Kim Howells, tras haber visitado las obras de los finalistas en 2002. ¿Una mierda conceptual? Acaso una mierda a secas.

Parte del arte expuesto en las ferias occidentales, desde Miami a Sevilla, desde Basilea a Madrid, se encuentra inspirado en el mismo lema: la sociedad es un desastre, el mundo un basurero y sólo cabe el irónico incendio de tales detritus en la hoguera de una ilusión ecológica. Como también, en estos tiempos inclementes, la depuración por el ayuno es un recurso ideal expresado ya en la bienal de São Paulo de 2008, cuya comisaría optó por dejar todas las salas de exposición vacías, y en el Pompidou, meses después, en marzo de 2009, cuando se expuso el museo sin nada. «*J'aime mieux le néant que le mal, et la poussière que la pourriture*», le escribía Flaubert a su amante Louise Colet en la crisis financiera de hace ciento cincuenta años. Exactamente: mejor la nada que el mal, mejor el polvo que lo podrido.

De igual manera, mejor que el abigarramiento el color blanco que sustituye en estos momentos a la moda de lo transparente, tan obsesiva en la segunda

mitad de los años noventa que incluso llegó a los tirantes de los sujetadores. El blanco se lleva ahora mucho mejor. La edición española de *Elle* en diciembre de 2008 dedicó un apartado especial al color blanco, pero otras más han venido fotografiando enseres y complementos, ropas y aparatos electrónicos revestidos de blanco. Incluso una maleta de Samsonite llamada «Black Label Trunk», de quinientos euros, es de color blanco.

Son blancos una línea de bolsos de flecos y pelo largo de Etro, la botella del vodka premium ruso denominado Russian Standard, el reproductor mp3 Rolly de Sony, el proyector EH-TW420 de Epson, el cine en casa de Philips HTS8150, los altavoces de Grundig que reproducen a los míticos Audioramas de los años setenta, las botas, el interior de los recientes lugares de copas, las marcas (blancas), los dineros (blanqueados), las correas y esferas de los relojes, las monturas de las gafas, las wiis, los iPod, la moral de las ONG, la misión humanitaria de las tropas, las cuentas (en blanco).

La crisis sería, así, el paso desde un gigantesco pozo negro, global, fecal, a su contrario. ¿Crisis sistémica? ¿Estafas financieras? Crisis o estafa total. Falacias, mentiras, copias, falsificaciones a granel que ocupaban el mercado como ejemplos de una ideología sin peso, sin precio, sin valor, preparados para el vuelo de objetos sin sexo, sin voz y sin carrera.

## LA MUERTE DEL AUTOMÓVIL

En 1902 el archiduque Francisco Fernando, sucesor al trono que entonces ocupaba Francisco José I, emperador de Austria y rey de Hungría, llegó a la parada real en un automóvil, en lugar de hacerlo en su habitual carruaje de caballos. El chófer de ese vehículo era el técnico Ferdinand Porsche que catorce años más tarde se convirtió en el director técnico de Austro-Daimler en los talleres de Wiener-Neustadt.

Bajo la dirección de Ferdinand Porsche, la Austro-Daimler produjo un automóvil pequeño de 30 HP al cual denominaron «Maja», en honor a la hija menor del austriaco Emil Jellinek, uno de los principales accionistas de la Austro-Daimler y de la Daimler. Su otra hija, llamada Mercedes, también había dado nombre a un vehículo lanzado por la Daimler de Stuttgart, y esta denominación agradó tanto a los compradores que «Mercedes» pasó a ser la marca de los automóviles fabricados por la fábrica de Stuttgart. Por contraste, el «Maja» de la Austro-Daimler apenas alcanzó reconocimiento.

El 28 de junio de 1914, en torno a las once de la mañana, el archiduque Francisco Fernando y su esposa fueron tiroteados y asesinados en Sarajevo, capital de la provincia austro-húngara de Bosnia. En el momento del asesinato, desencadenante de la Primera Guerra Mundial, Francisco Fernando conducía no un Porsche sino un coche descapotable de la marca Gräf und Stift, una especie de Rolls-Royce austriaco.

El automóvil fue su simbólico lugar de muerte en un momento en que ya Henry Ford producía 250.000 coches y dominaba casi la mitad del mercado estadounidense. Inglaterra, en plena crisis financiera y enredada con su imperio, no fabricaba más de 34.000 vehículos, Alemania 23.000 y Francia, que había sido uno de los países pioneros, menos de 50.000. En conjunto, las diferentes marcas norteamericanas alcanzaban los 485.000 coches y, desde entonces, Estados Unidos fue el reino del automóvil. Numerosos sectores, desde el vidrio a la siderurgia, desde el cemento al caucho, crecieron y prosperaron con él. Los coches valían en esa época unos 2.000 dólares, pero Ford, reduciendo el número de modelos y los componentes más caros, logró ofrecerlos a 600 dólares. La insignia del progreso norteamericano, su enseña de prosperidad y de triunfo individual, se condensó en este artefacto. El siglo XX, el automóvil, la clase media y la cultura pop formaron el cuadrado mágico con Estados Unidos en su centro.

El movimiento futurista que capitaneó Filippo Tommaso Marinetti en 1909 respondía a la actitud desdeñosa de los intelectuales de vanguardia respecto

a las realidades y valores del siglo XIX. Su pasión por las nuevas tecnologías conllevaba la exaltación de la velocidad, la eficiencia y los momentos fugaces. Una especie de prédica posmodernista *avant la lettre*, trufada de Nietzsche y su superhombre.

Excitado por las novedades que inauguraban esta nueva era algunos de los once puntos del *Manifiesto Futurista* decían así:

«Nosotros afirmamos que la magnificencia del mundo se ha enriquecido con una nueva belleza, la belleza de la velocidad. Un coche de carreras con su capó adornado con gruesos tubos parecidos a serpientes de aliento explosivo (...) un automóvil rugiente, que parece correr sobre la ráfaga, es más bello que la Victoria de Samotracia (...) Queremos ensalzar al hombre que lleva el volante, cuya lanza ideal atraviesa la tierra, lanzada también ella a la carrera, sobre el circuito de su órbita.»

El nacimiento del siglo XX fue lo contrario de la aspiración a la calma, el elogio de la lentitud, el deseo de relajación y el éxito de los muchos *wellness* nacidos con el siglo XXI. Lo que fue hace cien años un signo de progreso ha pasado a mostrar sus inconvenientes, y contra las emisiones de humos, tributos más altos; contra la contaminación lumínica, ordenanzas severas; contra el uso urbano del automóvil, reglamentos que bloquean el paso al centro de la ciudad; frente a la velocidad, radares por todas partes.

Lo veloz ha dejado de ser igual a lo elegante. La vanguardia del siglo XXI destaca la lentitud como principio de casi todo lo bueno y a esa ideología pertene-

ce la cruzada para la sostenibilidad de cualquier cosa. Frente a la pasión por llegar antes y muy lejos, la prudencia para llegar y no necesariamente a ningún sitio. Lo primero es proteger, conservar, no estresarse. La crisis ha venido, justamente, a confirmar la tendencia hacia el parar absoluto. La inversión de la cultura que traspasó de principio a fin la mitología del siglo XX ha venido a provocar metafóricamente la crisis mundial del automóvil. Y no se trata de una anécdota más del fin de una era.

La velocidad se representó entonces también en el tren o en el aeroplano, pero se hallaba particularmente inscrita en el automóvil, la máquina por excelencia, la *macchina*, como llaman al coche los italianos. La velocidad en manos de cada conductor, la nueva velocidad privatizada, incomparablemente mayor que la del tren, las caballerías o los autobuses, brindó al ciudadano una capacidad de elección en sus destinos que transformó el sentido de la tradición y de sus órdenes.

Incluso la arquitectura de las viviendas se vio influida por el fordismo, y su funcionalidad fue el modelo para el «estilo internacional», donde se procuraba, mediante los nuevos diseños y materiales, abaratar los costes y los precios de las casas. O, en algunos ejemplos lujosos, el coche se asoció a la construcción como un signo de su modernidad y excelencia. William Curtis (*La arquitectura moderna desde 1900*) cuenta que en las esquinas del piso 40 del rascacielos Chrysler de Nueva York (1928-1930) «se instalaron cuatro gigantescas tapas metálicas de radiadores Chrysler con alas. Próximo a ellas se colocó un friso de ruedas de coche abstractas,

con enormes pernos de plata (...) y en la parte superior, dentro del motivo solar y debajo de la aguja, hubo originalmente un cofre de vidrio que contenía la primera caja de herramientas de Walter Chrysler».

En Francia, Le Corbusier mostró su pasión por los coches presentando la foto de sus obras con un coche estacionado a la puerta y bautizando uno de sus primeros proyectos como *Maison Citrohan*, la pronunciación francesa de Citroën.

Con este guiño proclamaba que las casas debían producirse como los coches: «Las casas deben levantarse en una sola pieza, construirse con máquinas herramientas en una fábrica, realizarse tal como Ford ensambla sus automóviles en cadenas de montaje.» Y de otro arquitecto capital, Frank Lloyd Wright, se cuenta que lo único que le unió personalmente a su cliente Herbert F. Johnson (de Johnson & Johnson) fue que compartían la adoración y la conducción de un Lincoln Zephyr, uno de los coches más lujosos de Estados Unidos por entonces. Ese esplendor del coche viene a apagarse en Occidente con el derrumbe de sus marcas más significativas y el abandono de los conceptos que otorgaron prestigio y devoción al automóvil.

Las comunicaciones actuales han multiplicado la velocidad, pero si las comunicaciones electrónicas vuelan a la velocidad de la luz, cada vez se valora más trasladarse a pie o en bicicleta. Éste sería el resumen de la actualidad cuando la especulación que cruzaba de punta a punta el mundo a 300.000 kilómetros por

segundo ha derivado en un *crash*. El romanticismo persiste pero en sentido inverso. No proclama la fulgurante figura del superhombre y su maquinaria, sino la despaciosa armonía de la naturaleza.

Hace menos de cincuenta años cada propietario era capaz de emplear hasta una docena de años de su vida en el coche, entre el coste del vehículo, las reparaciones, las multas, los tickets de aparcamiento, las horas perdidas en las colas, los gastos médicos por accidentes, los seguros, la contaminación atmosférica y tantos otros emolumentos.

Ivan Illich calculaba en su libro *Alternativas* que, a mediados de los años setenta, un norteamericano común pasaba un cuarto de su vida, directa o indirectamente, movilizándose. Cada año invertía unas 1.700 horas en ganar el dinero para comprar su coche, mantenerlo, pagar el seguro y las multas por infracciones, y recorrer —con él— la cantidad de 12.000 kilómetros. Una distancia que suponía, promediando las horas invertidas en él, no recorrer mucho más de 6 km por hora. ¿El coche merecía tanto? Ahora se diría que no. Antes no era concebible enunciar una cuestión de este tipo.

El automóvil ha sido el gran emblema norteamericano no sólo porque heredó la mitología del caballo en la conquista de nuevos horizontes, sino porque el modelo de ciudad suburbana benefició tanto a los terratenientes como a los fabricantes de acero, caucho, cemento y productos petrolíferos. Fue el tiempo en que los Rockefeller (petróleo), los Carnegie (acero), los Morgan (bancos) o los Ford (autos) formaron con

quienes se dedicaron al ferrocarril (Vanderbilt) un grupo que recibió el nombre de *robber barons* (barones ladrones). Ladrones y barones del dinero, y de los modos de vida también. En ciudades como Los Ángeles, donde las comunicaciones mayores se hacían mediante el ferrocarril, la influencia de algunos *robber barons* logró que se arrancaran las vías para construir autopistas en provecho del coche.

El automóvil y los pormenores de su historia lo atan a un pretérito ni distante ni abolido pero decadente. ¿Podrá vivirse sin él? Puede vivirse acaso mejor pasando de reverenciarlo a instrumentalizarlo, de poseerlo como una señal de poder a transformarlo en un siervo electrodoméstico.

Todos los objetos que poseemos acaban siendo receptores de nuestra identidad y adquieren alma, pero el automóvil ha sido capaz de arrebatarla y no fuimos tanto sus usuarios como sus debitarios, porque, a diferencia de otros útiles, como la lavadora o el microondas, el automóvil nos recibe y nos resguarda. Su mecánica y nuestro organismo se acoplan en un único dibujo del desplazamiento: lo ponemos en movimiento mientras él nos mueve, nos acomodamos recíprocamente como si de un solo sistema se tratara.

La nueva democracia, sin embargo, que postula una energía de baja intensidad, tiende a desdeñar el coche en cuya potencia nos potenciábamos. La pérdida del coche/coche o su sustitución por un vehículo eléctrico, sin ninguna voluntad de poder, alterará su sentido y el sentido que distinguía a su época.

La prosperidad del siglo XX nació a la vez que el automóvil. El individualismo, el turismo, la libertad personal y sexual, la urbanización y la producción en serie, las autopistas hacia el más allá, el olor del combustible y los cromados se correspondieron con el radiante optimismo del sistema.

Resulta por tanto expresivo que ahora, en la Gran Crisis, sea la industria del automóvil la que despierte una particular atención, piedad presupuestaria, socorro y subvención.

La construcción y su pecado especulativo tienden a ser eludidos al modo de una memoria ominosa, mientras el declive de la industria automovilística se trata como merecería un símbolo sagrado. La casa, el piso, la inmobiliaria, pertenecen al ámbito de toda la vida, pero el coche inauguró el hábitat contemporáneo. Supuso un cambio sustancial en la dominación privada del tiempo y del espacio, porque si la velocidad fue ya experimentada con el ferrocarril, esta invención no afectaba sino a lo colectivo y con esa condición se mantuvo en marcha.

El coche es otra cosa. Introdujo en nuestras vidas un plus imaginario no para trabajar mejor, sino para dejar de hacer o para hacer fuera del control cercano. La localidad, la vecindad, la fijeza se superaron con la movilidad y la posibilidad de extravío. De ese modo el coche supuso, literalmente, una apertura vital y visual hasta el punto de que en conjunto, entre una sociedad automovilizada y otra que no lo es, se abre un abismo moral y de época.

Todos somos, gracias a la omnipresencia del co-

che, intrínsecos conductores, técnicos (o «mecánicos») emprendedores. La importancia del coche en la construcción del individuo y sus derechos es no sólo máxima, sino tan completa como su dinámica interna y tan explosiva en la historia como su propio motor.

Que se trate ahora de salvar con urgencia y magnanimidad a General Motors, Ford, Chrysler, Nissan o cualquier otra marca tiene relación, sin duda, con el propósito de reducir el número de desempleados, pero tiene que ver esencialmente con «el modo de ver». El mundo tiende a verse y parecer otra cosa con el desmoronamiento del automóvil, y de hecho la suprema estampa de la crisis actual, la primera foto que se ha alzado como amenaza estampada, ha sido la imagen de los extensos *stocks* de autos sin vender en los parques logísticos. Y de otro lado, la suspensión de las jornadas de producción durante semanas reproduciendo los tenebrosos tiempos del cierre patronal y el final de los tiempos de fiesta.

Los ilusionados conductores, sus liberaciones imaginarias, el repertorio de las fantasías asociadas al arranque del coche, quedan mutilados por la crisis y la consiguiente muerte de su conspicuo motor.

Ni siquiera la última feria de Detroit en enero de 2009, donde se trataba de atenuar el pesimismo de la industria con la presentación de prototipos propulsados por electricidad o de coches más «verdes», contribuyó a nada. Más bien al contrario: estos coches eléctricos, silenciosos, aquilatados, representan una suerte de mundo sin sexo.

Contra la impotencia de las marcas para sobrevi-

vir como automóviles/automóviles, la alternativa de los coches epíctenos, coches depilados, celados, dependientes de la electricidad, que es, con la electrónica, la parte más asexuada de la energía. La nueva energía de la abstracción frente al barril, los cilindros y la explosión.

Los coches eléctricos anulan el alma fundacional del coche, y con ello su rango pasa del mundo de los caballos al mudo universo de las pilas. Lo primero evocaba la fuerza y la aventura, mientras lo segundo hace referencia al hogar, la atadura al enchufe del domicilio. El rugido, en fin, de la bestia emasculada, estéril bajo el tedio de lo utilitario.

Durante 2008 se celebró el centenario de General Motors y con él, tarde o temprano, su muerte. El modelo estrella de la marca, presentado en Detroit, fue el Chevrolet Volt y su lema empresarial decía: «Esto no es sólo un coche. Es una visión de nuestro futuro». Efectivamente no era sólo un coche, significaba el anticoché. General Motors asegura que con una recarga eléctrica podrá recorrer ¡64 kilómetros! ¿Cómo no pensar que se trata de una buena prestación para un juguete pero un descrédito para todo lo que se estime un automóvil?

La decadencia de esta industria se atribuye a su incapacidad para adaptarse a las peticiones del mercado: coche más pequeño, más ecológico y más eficiente. La decadencia del automóvil, especialmente americano, es paralela a la definitiva conclusión de un mundo. El final de un mundo físico y ruidoso en

beneficio de lo intangible y sigiloso. El declive del petróleo y la victoria del litio. El litio de la pila y el farmacológico: ¿cabe imaginar mayor signo de la Depresión?

## EL CAPITALISMO FUNERAL

Hace más de dos siglos, Malthus y Ricardo creían haber demostrado que la sociedad, abandonada a sí misma, acabaría convirtiéndose en una especie de infierno en el que los hombres se limitarían simplemente a subsistir.

No es de extrañar, pues, que los reformadores se dijese: si esto es así, nosotros lucharemos contra las tendencias naturales de la sociedad. Si abandonándonos a la corriente vamos a encallar entre las rocas, nadaremos contra la corriente; razón por la cual socialistas utópicos como Owen, Fourier o Saint-Simon renunciaron a la firme creencia en la rectitud esencial del mundo en que vivían y no aceptaron las ideas de Adam Smith. Las ideas del *laissez faire, laissez passer* que, contra el pesimismo de sus antecesoras, sostenían que, como en la física newtoniana, la mano de Dios dispondría un orden interno en el mundo que armonizaría las acciones de los hombres. La muerte de Dios, como se ve, ha acarreado también importantes consecuencias financieras.

Y las explicaciones económicas son poca cosa para abarcar la hipermasa de la catástrofe. El mundo negro, infinitas veces mayor que el censado, aplastaría la existencia del nuestro con apenas la aproximación de su sombra. El espacio, el tiempo, el dinero, la liquidez, el capitalismo, la riqueza, la pobreza, el hambre, la avaricia, los apalancamientos, el sexo, las hipotecas *sub-prime* constituyen, a su lado, un ínfimo polvo sideral o ya unas cenizas donde se confunde el bien y el mal: Keynes, Smith, Friedman, Marx, Obama, Krugman, Madoff, Bernanke, Geithner o Trichet.

La incalculabilidad o su pavor constituyen significativas cualidades del mal. El mal crea pavor en coherencia con su alma desmedida y, de este modo, el Mal no se sacia, engulle infinidad de víctimas y billones de euros, se extiende sin coto, alcanza con su destrucción la máxima devastación del conocimiento y su consecuente aplicación. El mal avanza sin fin o acaso, en algunas circunstancias, persigue una suerte de nulidad óptima, un punto de gran calamidad en cuya cima se complace. Dónde se halla ese lugar y su entorno es un arcano. Un espacio imprevisible, indescriptible e ignorado. Espacio aciago y semejante al que pertenece la actual crisis financiera de la que se ignora prácticamente casi todo y cuya potencia actúa como el mal puro.

El mal sin paliativos. El mal sin diferencia de regiones, clases y credos, animales, teatros o sexos. Todo se halla en crisis. O más aún: toda la realidad es igual a la crisis. Siendo la crisis un incalculable enigma, tal como correspondería a la fuerza genuina de lo

mágico, la pérdida del sistema racional, el desplome de las referencias, los seguros, los bancos, la quema del capital. Y, a la vez, del trabajo, el comercio, el consumo, el préstamo, la ilusión. La rauda desacreditación total.

Un aspecto propio de nuestro tiempo y su cultura de consumo es que los hechos y los conceptos están perdiendo su principio y su fin. Ocultan por un lado su causa y por el otro su finalidad. Son acontecimientos puros. Fenómenos que se nos echan encima como animales atrabiliarios, para herirnos o matarnos, sin justicia y sin provecho.

Desde la sangría terrorista hasta la sequía, desde el sida al furor de los incendios, desde el brote de guerras purulentas al tsunami. Todo tiene la extraña apariencia de pertenecer al accidente o la Fatalidad. Sólo el principio del mal las legitima mientras a su lado humea la sangre. Cualquier pretensión, como en otros tiempos, de otorgar a los sucesos una compostura causal tiende a rendirse en el balbuceo y el fracaso.

La fatalidad es altiva y no responde. Tiene su ancha mano izada y su sombra nos rodea. El fin de los principios, el fin de la finalidad: emergencia invasora de la «emergencia».

Ciertamente algo tan extraordinario como hermoso de esta crisis es su personalidad incalculable. La crisis parece gigantesca pero sin tasa posible. Su incalculabilidad forma parte de su identidad. Sin cifras aproximadas hacia adelante o hacia atrás, sin límite a

su profundidad ni extensión, ni cálculo de su duración, su volumen o su densidad.

La economía contemporánea parece haberse convertido en un espectáculo autónomo y liberado de razón. Un espectáculo de capitales, mercancías o seres vivos, colosales fusiones y billones de dólares. El mayor espectáculo del mundo que opera hoy emancipado de cualquier regla externa, fascinado por su propia contorsión.

Por todas partes, desde Letonia a Irlanda, desde Hungría a China, el mundo se torsiona como un organismo que muestra el costado de una enfermedad fatal, como corresponde al categórico espectáculo de lo natural, sin racionalidad alguna.

Los despidos ascienden a decenas de miles en una sola corporación, provienen de empresas que ni siquiera registran pérdidas, o proceden, en la marejada, de sociedades que acaban de ganar más, pero el despido crece como por sí mismo. Enormes hogueras de desempleados cuyas quejas apenas llegan a través de los desfallecidos sindicatos, piras de trabajadores de todas las edades que se acumulan en el paro como montañas de animales infectados y tratados como cuerpos tóxicos también. La economía –absoluta, desnuda de trabas sociales, morales y políticas– celebra la bacanal de su consagración, la fatalidad de su poder.

Los analistas profesionales, las autoridades internacionales, los premios Nobel van afirmando, día tras día, que la crisis económica reviste una gravedad mayor, cada vez más grande. Muy superior a lo que se había estimado unas semanas o incluso unas horas antes,

y muchos recurren a la temible alegoría del iceberg que todavía queda por ver.

Abajo, en el fondo invisible aún, se habrían acumulado una bolsa explosiva o unos pesados fardos de podredumbre capaces de deteriorar el sistema por un tiempo imposible de precisar. Las estimaciones no se arriesgan a fuerza de fracasar. Ni hablan con claridad de las causas ni calibran con precisión las consecuencias. Un ancho enigma planea sobre la superficie de la economía mientras los medios de comunicación desgranán, en cada edición, noticias aciagas. Unas veces se trata del número de parados, otras del descenso en las ventas y la inversión, a menudo aluden al descenso en los índices de confianza y, últimamente, resaltan los crecientes impagados, el incremento de morosidad en bancos y empresas, y el regreso por todas partes de «el hombre del frac».

El público se agolpa para recibir explicaciones de las autoridades, pero los más capacitados a su vez vacilan, se refutan entre sí y peroran largamente hasta caer exhaustos. Preferible, ante este lamentable espectáculo de la razón, abandonarse al imponente imperio de lo fatal. La época está en sus manos. No existe una ciencia más precisa que la amenaza. Y nada más sólido que el miedo.

El mundo ha venido tomando una deriva acaso tan simbólicamente próxima al apocalipsis de Marx que sus escritos adquieren provisionalmente el carácter de letras evangélicas, propicias para la exégesis, la conmemoración, la revulsión o la fe.

¿El destino fatal del capitalismo será en suma el

comunismo como hace un siglo, entre socialistas utópicos y científicos, se llegaba a creer? El sistema alumbraría un nuevo mundo mediante una revolución donde la clase obrera ejercería de partera. O lo que podría ser finalmente lo mismo: la clase capitalista misma, irremediable explotadora, llegaría, en su máximo delirio, a la autoexplotación, hasta convertirse en el terrorista suicida de su acumulación masiva como hace sentir que el 90% de la riqueza mundial haya llegado a concentrarse en el 1% de sus habitantes.

Las quiebras de empresas y bancos, el desplome de las bolsas y las divisas, tendrían como actores terroristas a los capitalistas. El sistema estallaría así en pedazos no como efecto de los sabotajes de la pobre vanguardia obrera, sino como la obra suprema del gran capital. El capital se come al capital hasta dejar sin fluido a las fuentes del capital. El sistema se seca como un cuerpo viejo que perdiendo flexibilidad y liquidez se transforma en una suma de sarmientos y hojarasca propensos a la pira sacrificial. La hoguera de las vanidades o la vanidad del fuego en la orgía del capital. El sistema se quema por el sobrecalentamiento de la superespeculación, el sistema se hace de este modo oscuro espejo de sí mismo y desaparece en la redundancia de una especularidad sin reflejo, el agujero negro de su cremación.

Su mal fatal vendría así inscrito en la quiebra anterior del comunismo y su ruina actual no sería sino el cumplimiento de la maldición de su antagonista. La muerte de su oponente arrastraría su propia muerte, puesto que en toda relación de polos opuestos uno a

otro se proporcionan la razón de su vida y la energía de su porvenir.

En consecuencia, la desaparición del otro, la ausencia de la alternativa, crea un abismo de realidad. El mundo, convertido ya en un absoluto capitalista, se desploma por falta de alteridad, el sistema, en fin, se anula en la desolación de la unicidad. Lo mismo que ocurrió con la vitalidad de Dios cuando desapareció la energía, el pecado, o lo mismo que ahora significa el regreso de Dios como un gigantesco parámetro en este espacio fantasmal donde la crisis se representa como un pecado de avaricia universal.

Ignominia y pecado mundano que se corresponden con la necesidad de un correctivo divino. Un Pecado del capitalismo materialista y el consumo trasgresor ante el cual Marx llega con Dios cogido del brazo. Uno y otro se reencarnan como dos caras del mismo personaje, ente gemelo que habiendo pronosticado, cada cual por su cuenta, el fin de la lujuria explotadora y el advenimiento de la revolución o la redención, proclamaban a la vez la inexorable transformación expiatoria para acceder a un mundo bueno. Uno y otro, Dios y Marx, Marx y Dios son hoy, contra todos los expedientes, los grandes referentes de Verdad. La Verdad que regresa convertida en *Gran Revival* y en contra del mundo fundado en la mentira, lo falso y la *second life*.

Vuelve la Verdad revestida de plaga, la Verdad justiciera revestida de suspensiones de pago, la Verdad de la catástrofe cortando cabezas, sueldos y fortunas. La Dolorosa Purificación regresa como en los tiempos de la fe. La fe religiosa o la fe revolucionaria que apilan

ahora sus dogmas sobre los males de la especie humana y su pálpito de transformación.

Un carácter tan exasperante como significativo de esta crisis ha sido su tremenda resistencia mineral. Los múltiples y millonarios intentos de las autoridades basados en la inyección, la extracción de activos tóxicos o en conatos para desatascar su engranaje se revelaron vanos no ya por impertinentes respecto al organismo, sino por incapaces para penetrar en su interior. El caparazón del problema es el problema, en la dureza de la superficie se advierte su petrificado poder.

Aunque acaso no sea la superficie acorazada la que neutraliza toda acción sino acaso la oquedad, su agujero cada vez más hondo, en cuyo insondable seno se pierden los billones de dólares que tratan de saciar su boca, sumidero o boca muerta en que se ha convertido la herida del capitalismo de ficción.

¿Nacionalización total? La nacionalización de bancos o empresas no es inédita en la historia del capitalismo y en pro del capitalismo. Fue común cuando, tras la Segunda Guerra Mundial, la socialdemocracia nació como un cortafuegos al comunismo y como componente del Estado del bienestar.

Estado del bienestar frente al Estado de los soviets, pensiones, prestaciones de desempleo, sanidad y educación públicas, al compás de las reformas que se implantaban en el dorado espacio del comunismo.

Sin embargo, ¿cómo nacionalizar ahora los bancos y las empresas sin un enemigo exterior? ¿Por qué nacionalizar el capitalismo si no hay alternativa al sistema?

¿Por salvar al sistema mismo? ¿Salvarlo o travestirlo?  
¿Tratar su enfermedad u optar por su metamorfosis?

El fantasma que ahora cruza Europa y el mundo entero no presenta el aspecto del monstruo revolucionario del siglo XIX, pero ¿qué puede importar su aspecto si ahora casi nada se ve? ¿Qué puede importar que la calle no se llene aún de estruendos, si el estallido («el infarto», dicen) se produce en «las arterias» (dicen) del cuerpo fundamental? Socialismo o barbarie. Nacionalización o muerte. El Estado o la Desestabilización.

En los tiempos de Keynes, ni los miembros del gobierno encargados de los gastos públicos ni el mismo Keynes habían pronosticado cuál sería la reacción de los beneficiarios de la nueva receta. Las inversiones del gobierno tenían como *finalidad* prestar una ayuda al mundo de los negocios. Pero el mundo de los negocios lo *interpretó* como un gesto de amenaza a su independencia y a su libertad. Como escribe Hobsbawm (*La era del imperio*): «El liberalismo era el anarquismo de la burguesía y, como el anarquismo revolucionario, en él no había lugar para el Estado. O más bien, el Estado como factor económico sólo existía como algo que interfería el funcionamiento autónomo e independiente de “el mercado”.»

El sistema económico era cosa de los hombres de empresa y no de las autoridades públicas, y el New Deal había penetrado bárbaramente en escena. Las normas y los valores que habían llegado a ser sacrosantos en la economía privada, se vieron sometidos a

un escrutinio que los llenó de recelos y malestar puesto que el conjunto de conceptos establecidos en relación con «los derechos de la empresa», «los derechos de la propiedad» y «la misión del gobierno» fueron puestos en entredicho. Así, en el transcurso de muy pocos años se pidió a las empresas que olvidaran sus tradiciones de preeminencia indiscutida y que adoptasen una filosofía nueva y extraña a la vez. Se les pedía que cooperasen con los sindicatos obreros, que aceptasen los nuevos reglamentos y que corrigiesen muchas de sus prácticas. No debe, por tanto, sorprender que consideraran al gobierno de Washington un gobierno hostil. Y tampoco hay que extrañarse de que en un ambiente como aquél los impulsos oficiales de acometer inversiones a gran escala se vieran refrenados por el desasosiego que el mismo gobierno sentía.

El hecho en fin es que, ahora, sin provisiones nada funciona pero con ellas tampoco. La suerte del problema es la elección de la fatalidad. Nada funciona o se mueve en su organismo y, debido a la parálisis, su bulto gravita hacia la profundidad. Cae la catástrofe con todos sus bártulos en un pozo sin suelo. Se despeñan las cotizaciones, la confianza, las instituciones, la imaginación. Y todo ello como efecto de que el carácter sobresaliente de la crisis consiste en afianzarse como tal. Afianzarse en la dureza de su carácter extraño, terne y obtuso, tal como si su encarnadura no se hallara en este o en aquel desviado modelo de conducta sino en su comportamiento igual a cero. ¿Muerto el sistema? ¿Encefalograma plano? ¿Certificado de defunción?

No se trata de que el capitalismo, en esta fase anciana, permita especular con su agonía. Se trata de que avanza de especulación en especulación, y de que supera los colapsos de desfibrilador en desfibrilador.

De la misma manera que el Dada y Duchamp acabaron con la seguridad del sistema del arte, la Gran Depresión de 1929 acabó con la seguridad del sistema económico. Más o menos desde entonces fue avanzando el tiempo de la inseguridad en todos los órdenes del valor, desde la muerte de Dios a la muerte de la filosofía, desde las persecuciones nazis hasta los pogromos, desde la amenaza policial a la amenaza terrorista. La pérdida de la seguridad dio paso a las alucinaciones, los miedos, la proliferación de los espectros, las amenazas de las apariencias, los corros de simulaciones, la inestabilidad de la creencia, la disipación de la utopía, la proliferación de los sujetos individuales, la pérdida de cohesión.

Esta suerte de desintegración de la fe, del sexo, de la cultura o de las leyes económicas, se correspondió con la desintegración de la física a nivel macro mediante el Big Bang y a nivel micro mediante la bomba de fisión. La desintegración del núcleo desencadena la energía nuclear, la desintegración nuclear de lo social llevó hace dos décadas a la acentuada pérdida de la colectividad.

Cuando la nada se hace realidad, la realidad se convierte en nada. Esta sentencia responde con exactitud al proceso que ha conducido desde la especulación al enriquecimiento instantáneo y desde el enri-

quecimiento inmediato al grado cero del dinero, la ínfima tasa de interés.

Desde una creencia sostenida se ha llegado a una ficción disparatada y de la extrema ficción a las cenizas de su orgía. El encadenamiento se representa mediante un enlace de anillos de ilusión y de desilusión que en su circularidad, en su nacimiento y extinción internos, culmina la perversa coherencia entre principio y fin. La perfección del sueño se cumple no desde la vigilia natural hacia la inconsciencia ni desde lo tangible a lo inmaterial. La perfección del delito se consume en la violencia de la irrealidad absoluta. ¿Realización de máximos beneficios? ¿Realización de formidables pérdidas? Una y otra circunstancia se funden en la corrupción de lo uno y de lo otro.

En el capitalismo actual, capitalismo de ficción, el sistema finge también incluso su propia muerte, o su largo funeral. ¿Una refundación del capitalismo para salvarlo de la sepultura? Se trataría, en todo caso, de una refundación de su imagen, puesto que el capitalismo metamorfoseado en naturaleza global no admite otra cosa que su pervivencia o el caos. El paso del sistema capitalista al capitalismo de la ficción conlleva la ausencia de una auténtica estructura física a reformar («todo depende de la confianza», se dice; «el optimismo», «la actitud» resolverá). Todo el edificio capitalista se sostiene en la eficiencia de su «ánimo» y no tanto en la firmeza de sus postulados, cada vez más inestables o derrengados. De haberse sostenido en sus pilares fundacionales, el capitalismo habría derivado en un sistema mostrenco y si ha pervivido y traspasa-

do la totalidad del planeta ha sido gracias a convertirse en un elixir muy volátil, un veneno atmosférico inseparable de la política, la religión, el crimen, la pornografía, la diversión y el arte. Todo es, para bien o para mal, humanamente capitalismo. Una totalidad transparente donde habitan los sueños, los niños, la música y el cáncer.

¿Final del capitalismo? El capitalismo hace años que ha dejado de ser un sistema determinado y sus condiciones forman parte de la condición misma de la Humanidad. Si estuviéramos asistiendo a la muerte de un sistema determinado se abriría la ocasión para probar con otro u otros más. El funeral del capitalismo es sin distinción el fin de una época, puesto que lo fracasado no es un orden de desarrollo económico o social sino el desarrollo del orden conocido.

De este modo, toda respuesta a la situación por venir adquiere caracteres absurdos. El organismo que se hallaría en trance de aparecer no se parece a nada. Las medidas que se toman, tan parecidas al cuerpo que quieren sanar, no son otra cosa que la expresión de una triste redundancia, las provocadas repeticiones del moribundo ante su fin, las convulsiones iguales del animal que con la pretensión de respirar dibuja los estertores de su defunción y que buscando acaso incorporarse acentúa el fracaso de su corporeidad.

¿Será, pues, la crisis la defunción? ¿Es el paciente un cadáver que ya no anda, no oye, no reacciona a ninguna estimulación? ¿Será entonces, en la inminencia de su muerte, cuando su engranaje adquiera una

nueva dirección? ¿Será el caso de que la solución no deba buscarse en solventar esta crisis sino en permitir su empecinamiento mineral?

Más o menos, los optimistas piensan que este hundimiento del sistema, este fracaso sistémico, acabará con el Sistema. Después, un soleado mundo social y económico abrirá sus puertas. De este modo se configuraría casi biológicamente la nueva utopía del siglo XXI y, a diferencia de aquellas que poblaron el siglo XIX y el XX, no sería obra de un movimiento, una militancia o unas recias vanguardias revolucionarias, sino que la transformación vendría tras el paso por la extrema quietud, el paro absoluto.

El sistema entonces craquelaría, se haría pedazos no tanto como resultado de una presión subversiva ni por la violencia de una fuerza exterior, sino como resultado de la fractura de su propio organismo, que, reseco, falto de toda liquidez, iría generando cenizas, polvo difunto que nunca más volvería a hacer crecer.

## LA REVOLUCIÓN HORIZONTAL

Las instituciones, moribundas casi todas, han perdido gran parte de su valor y su sentido en la consideración de los ciudadanos. Desde la universidad a la política, desde los medios de comunicación hasta la Iglesia, y no se diga ya de los bancos y las demás instituciones financieras, tras haber estafado a millones de clientes.

Así, frente a la decreciente fe en las instancias constituidas, la gente tiende a fiarse más del amigo, el conocido, el vecino, el boca a boca o incluso el rumor. Nuevas empresas en el mundo del marketing, como Electric Artist, Ammo, Big Fat o Buzz Marketing Group, basan su éxito en la estrategia del rumor y emplean a gentes para propagar las excelencias de sus artículos en ambientes apropiados. Actores desconocidos que hacen de turistas y muestran las últimas novedades de Sony; actores ya prestigiosos que aparcan en lugares distinguidos un determinado coche; adolescentes que difunden entre sus condiscípulos una marca de zapatillas, gentes

comunes que proclaman las ventajas de un nuevo artefacto a través del llamado *marketing viral*.

El rumor y su influencia han regresado con las nuevas tecnologías de la comunicación y se celebran certámenes como Viral Awards, para premiar las mejores campañas de esta modalidad. Los mensajes de texto, los nuevos métodos *online*, el *blogging*, el *podcasting* son los medios a través de los cuales circulan las tendencias. Porque ¿cómo no insistir en que la desconfianza en las Grandes Voces es clave en la prolongación de esta crisis? ¿Cómo no ver que el intermediario bancario —por si no fuera suficiente su «des crédito»— ha venido a erigirse en la cabeza maldita en todo el conjunto de los indeseables intermediarios?

«Las cadenas de intermediación suelen obtener, sin apenas asumir riesgos, un margen de beneficio que a menudo supera el 450%», según la Coordinadora Estatal de Organizaciones de Agricultores y Ganaderos (COAG). En la red se elimina el intermediario en webs como naranjaslola.com, Telechirimolla, campo-deelche y los naranjeros Aparici, que funcionan desde 1998, dicen que gracias a internet les queda libre el 20% del precio final. En conjunto, la Comisión del Mercado de Telecomunicaciones informó de que la cantidad de productos *online* creció en casi un 74% en el primer trimestre de 2008 y la clave radica en el aumento de compradores jóvenes, máximos enemigos del intermediario y mayores usuarios de la red.

Contra el intermediario comercial, cultural, político, automovilístico, telefónico, financiero y pornográfico de tiempos pasados, brotan conexiones direc-

tas por todas partes. En los medios de comunicación, especializados o no, la figura del crítico de cine, de literatura, de música o de arte, tan venerado hace un par de décadas, ha ido perdiendo la autoridad que se le concedía, y frente al 53,1 % que sigue las recomendaciones de amigos o profesores, quienes atienden a los críticos no llegan al 17%.

Radiohead publicó su séptimo álbum, *In rainbows*, en octubre de 2008, colocando el disco en internet y sin mediación de discográfica alguna. Los fans podían comprarlo al precio que consideren oportuno y en una semana se descargaron hasta 3 millones de copias. Shane Richmond, analista del diario *The Telegraph*, escribió sobre este fenómeno: «Las discográficas lograron enormes beneficios sobrecargando el precio que pagaba el consumidor y pagando poco a los artistas. Ahora las discográficas no añaden nada a la cadena de valor de la música grabada. De hecho, actúan como una barrera entre los músicos y sus fans. Es la hora de salirse del sistema.»

Una de estas salidas es el *crowdsourcing* (de *crowd*, «multitud», y *outsourcing*, «externalización»), que consiste en la producción de un disco con la múltiple contribución de pequeños accionistas *online*. En la propaganda para animar a la participación en sociedades de este tipo se dice «por diez euros puedes ser productor de un artista, llevarte su disco gratis y, encima, ganar dinero». Viene a ser un ejemplo más del modelo en que todos ganan.

El artista saca un disco cuya tirada inicial ya está vendida y obtiene un contrato en mejores condiciones, mientras, por su parte, los productores venden la

totalidad de las unidades que lanzan. El cantante Patrick Wolf, un indie británico, se ha valido de estas inversiones de los usuarios a través de la página bandstocks.com y así ha publicado *Battle* en 2009. Con ese motivo declaraba: «Juntos conquistaremos el mundo y demostraremos que la independencia y la autosuficiencia son dos maneras de salir del desastre» (*El País*, 6-3-2009).

Finalmente, un modelo más dentro de la oferta de música *online* es el que ha introducido Spotify (Londres-Estocolmo) y cuyo procedimiento radica en facilitar los temas a sus suscriptores bien sea a través del P2P o mediante servidores centrales –gratuitos o no– sólo para la escucha, no para realizar descargas.

En los libros, la mayor editora del mundo no es ya Random House, sino Lulu.com. De esta editorial norteamericana hay versiones españolas como Badosa.com, nacida en 1995. O Bubock, nacida en abril de 2008. Se imprime bajo demanda y el autor decide si la descarga es gratuita o no. El autor se lleva el 80% de los beneficios y el intermediario desaparece, lo que permite que los ingresos totales no necesiten ser tan altos.

En España, bubock.es permite publicar el manuscrito de cualquiera y distribuirlo en la red. El precio lo fija el autor y las ganancias se distribuyen entre el sitio web (20%) y el autor (80%). Bubock ofrece también la posibilidad de que las descargas sean gratuitas con lo que los autores apenas ganan si venden poco pero tampoco les cuesta nada. «Con la red los escritores malos serán igualmente malos, pero al menos su

suerte no dependerá del acierto o no de los editores», dicen los principiantes.

Paralelamente, pintores y escultores soslayan a los galeristas y acuden directamente a las subastas o exponen sus obras en los dominios especializados de la red, se trate de Artelista, donde se almacenan más de 300.000 obras, o Vegap. Pero ¿qué ejemplo mejor que el de los grafiteros que han asaltado hasta la Tate Modern desde la calle y sin más tecnología que el spray y ni más representante que sus murales al aire libre?

Respecto al cine, Netflix, la mayor DVDteca del mundo, contaba en 2009 con unos ocho millones de abonados y, como en los libros, en los portales de música y en todo lo demás, los usuarios puntúan las obras para facilitar la orientación a otros clientes. Y a las empresas.

Efectivamente, el periodista no puede considerarse sustituido por el bloguero común, pero en internet ha brotado una nueva clase de medio local en manos de profesionales que ofrece información veraz sin el lastre de los costes tradicionales como el papel, la tinta y los repartos a domicilio. En Estados Unidos, uno de estos medios es VoiceofSanDiego.org, una organización sin ánimo de lucro que ha destapado varios escándalos desde que comenzó a funcionar en 2005. Proyectos similares habían nacido ya en ciudades como Minneapolis, Seattle, Saint Louis y Chicago. La idea del buen periodismo a través de los blogs transforma lo que era una relación desigual entre el emisor y el receptor en una conversación sin barreras. El movimiento *beat blogging*, iniciado por Jay Rosen en NewAssignment.net, trata de

desarrollar este modelo que forma parte de la misma tendencia dirigida a eliminar intermediarios.

Incluso la figura del *coolhunter*, o «cazador de tendencias», que nació en los años noventa se encuentra en decadencia. En lugar de lo que dice el *coolhunter*, una web, [thecoolhunter.net](http://thecoolhunter.net), está a disposición de los consumidores, que van introduciendo, a partir de sus experiencias y observaciones, aquellas formas, tejidos y cortes que consideran mejores. La moda parte así de numerosas participaciones, no del buen ojo de un individuo o un grupo de profesionales. El valor de esta página la ha convertido en una de las primeras referencias *online* con unos 900.000 usuarios únicos al mes (*Brandlife*, 9-2-2009). Y el mismo procedimiento de colaboración de muchos se pone en práctica en webs como Facebook, donde se pregunta y contesta, se opina y se replica sobre cualquier asunto, sea el conflicto judío-palestino, la interminable guerra de Irak, el matrimonio gay o la crisis y la crisis. El presidente de Estados Unidos se vale precisamente de todo esto para gobernar el mundo.

¿Quién puede pensar, en consecuencia, que la gente más joven, formada de este modo societario y educada a través de la interacción, alejada de la vida institucional y radicalmente apartada de la política convencional, pueda aceptar un modelo de representación y gobierno como el que propone el sistema actual? ¿Cómo podrá aceptar una sociedad de experiencias inmediatas y directas la morosidad y el coste de los intermediarios improductivos? ¿Y cómo no habrá de caer el intermediario más odiado como es el ban-

quero, con sus abusivas comisiones, el gobierno y sus impuestos para entregarlos finalmente a la más odiada intermediación? Esta crisis, como las grandes guerras, ha sido una supercreadora de colectividad, y es posible que la experiencia haya sobrevenido para quedarse si se tiene en cuenta la creciente y masiva afluencia de usuarios en las webs sociales que ya funcionan como auténticos países o colonias internacionales determinantes en los usos políticos, las inversiones, las ventas y los consumos.

Lo horizontal sustituye a la cultura vertical, la pantalla al libro, la sensación a la concentración. Hoy prácticamente todos los niños son hiperactivos, padecen déficit de atención o trastornos bipolares. Por algo será. Los profesores se quejan a los padres y los padres a los profesores, en uno de los conflictos más cruciales de la actualidad y en conexión con la emergencia de otra clase de cultura. Así, mientras los profesores españoles de secundaria confiesan que apenas en un 30% de los casos emplean el ordenador en su quehacer, casi la totalidad de los jóvenes son usuarios de estas pantallas.

La consecuencia, pues, de seguir actuando en la educación sin atender a esas diferencias conduce a recelos y enfrentamientos intensos, segrega desconfianza entre docentes y alumnos, entre la sociedad y la escuela, entre los métodos de una cultura audiovisual de hecho y una cultura del libro (contable o no) en deshecho.

La presente cultura audiovisual, que culmina con la planetaria presencia de internet y los aparatos mul-

timedia, es de naturaleza extensiva y no intensiva. Planea, patina o navega sobre pantallas y olvida el desciframiento intenso y vertical de la letra impresa. Se trata en suma de una cultura más de golpe de vista que de reflexión, e imita los estereotipos de la feminidad, más capaces de aprender intuitivamente y afectivamente.

Este cambio de paradigma se está aprovechando ya en las compañías más innovadoras y explica también los buenos resultados de la gestión a cargo de mujeres, capaces de haber ensayado un ambiente laboral más acorde con el estilo del mundo en el siglo XXI. Un trabajo sin tanta autoridad y mayor colaboración, sin tanto terror y más participación. La falta de cooperación entre los departamentos, la jerarquía dictatorial, la competitividad sin cuartel, los engaños para medrar, tienen que ver con la crisis. Las grandes utopías del siglo XIX se disolvieron en las sangrías del siglo XX, pero ahora, tras esta Tercera Guerra Mundial, guerra mundial incruenta, se presenta la ocasión de impulsar microtopías, una de las cuales es la conquista del mundo del trabajo no como continuidad del castigo bíblico sino como un goce.

En general las empresas siguen rigiéndose por los modelos de gestión casi decimonónica que diseñaron Taylor, Weber o Drucker: *job descriptions*, *reporting budget*, reuniones y reuniones, compensaciones ocultas, incuestionables jerarquías... Modelos ya de cartón piedra a los que el empleado debe adaptarse a su pesar. «Mientras en los últimos veinte años hemos tenido en el mundo tecnológico innovaciones de altísimo

impacto como el ordenador, el teléfono móvil, internet o la música digital, en el mundo del *management* no se ha inventado (prácticamente) nada» (Antonella Broglia, *Infonomia*, Update '08).

Sin embargo, según se comprueba cada vez con mayor frecuencia las innovaciones en la gestión producen más crecimiento y rentabilidad que todas las demás innovaciones en productos, en estrategia de ventas o en operaciones de distribución. Gary Hamel, cuyo libro *The Future of Management* (2007) fue seleccionado por Amazon.com como «*best business book of the year*», ha expuesto tres modelos de nueva gestión representados por tres firmas norteamericanas. Uno es el modelo del supermercado de comida orgánica Whole Foods Market, donde los salarios de toda la plantilla son conocidos por los demás. Allí los trabajadores votan las nuevas contrataciones y ningún ejecutivo puede ganar más de 19 veces el salario medio, una proporción que suele ser de 400 a 1 en las 500 principales empresas del mundo, según la revista *Fortune*. El segundo modelo sería el de la firma W.L. Gore, fabricante del tejido Gore-Tex. En esta empresa no hay niveles ni organigrama y se es un líder si al convocar una reunión la gente acude. Finalmente, el tercer ejemplo es el de Google, que se acopla al futuro con una velocidad tan rápida como la de la propia web.

Esta adaptación y tantas otras que se hallan pendientes en las empresas pero también en las escuelas y universidades, tienen en cuenta el carácter de una generación formada entre medios técnicos, impactos au-

diovisuales e interacciones constantes. Una cohorte de chicos y chicas que cuando acceden al mundo laboral han dedicado ya, en general, unas 5.000 horas de su vida a jugar con la Playstation, han intercambiado unos 250.000 correos electrónicos, mensajes instantáneos y/o SMS, han usado el móvil durante 10.000 horas y navegado por internet unas 3.500. El 93% de los jóvenes norteamericanos entre los doce y los diecisiete años se encuentra conectado a la red y pasa conectado a ella casi media docena de horas al día. ¿Cómo no esperar que se esté forjando otra clase de sociedad, coloreada y trenzada a través de la no-jerarquía de las pantallas?

El adolescente –o todos los menores de veintidós años, nacidos en el mundo digital– son reacios a las órdenes absolutas y son, en cambio, sensibles a las indicaciones participativas. Las indicaciones y no coacciones que interpretan a través de sus links o, también, las indicaciones personales que llegan como recomendaciones boca a boca. Contrariamente pues al mundo decimonónico burgués –ideológicamente presente–, que asociaba el secreto al ahorro y su misterio a la virtud o al oro, la red prospera por apreciaciones inversas, siendo allí la apertura, la exhibición y la transparencia conceptos que ya se importan al llamado «mundo real», y que hilan bien con las sociedades de consumidores, las exigencias de los accionistas, las reclamaciones de los electores, la aspiración de un mundo más limpio, interactivo y horizontal.

Un estudio de John C. Beck y Mitchell Wade (*The Kids Are Alright*, 2006) revela que quienes han

jugado mucho en sus años de vida son más sociables y leales con sus equipos que quienes lo han hecho menos, y poseen tanta más disposición para trabajar en equipo cuanta menos para seguir reglas autoritarias. Precisamente, el mundo digital donde se han formado y los videojuegos en especial les permiten hallar un orden tras el desorden anterior, o llegar a un orden imprevisto que se genera buscando en el desorden (David Weinberger, *Everything Is Miscellaneous. The Power of the New Digital Disorder*, 2007).

No hay en fin, para ellos, un orden natural anticipado en el mundo, no hay un sitio previo para cada cosa y una cosa para cada lugar, como se enseñaba en la religión, creyó la Ilustración con sus descendientes y el neoliberalismo con el mercado, sino que un mismo elemento puede hallarse en diferentes sitios, combinar con ellos y ser coherente en contextos a priori incompatibles. Se trata, en suma, del método que llevaba a la creatividad artística y que ha ido prendiendo en una economía donde el sector servicios lo ocupa casi todo y las personas son más productivas cuanto más poder e iniciativa se les proporciona.

El líder de hace diez años dictaba órdenes (escritas, habladas, reveladas), el líder actual propone crear un orden. Se trata de un jefe no coactivo sino a/efectivo. Los estilos tradicionales de dirección de empresas se revelan menos eficaces, y según Sam Palmisano, director gerente de IBM, los métodos jerárquicos de mando y control han dejado prácticamente de funcionar. El jefe-mujer, sea o no su sexo femenino, mas-

culino o ambos a la vez, es lo mismo que ahora se llama en gestión el «poder blando». Y compartido. Un grupo podría ser más eficiente, brindar ideas y orientaciones, que cualquiera de sus miembros, dice James Surowiecki (*The Wisdom of Crowds*).

No hay que fiarse sin reservas de las multitudes, pero un buen número de participantes será más innovador y proveedor de soluciones más ricas si cumple tres condiciones: diversidad, independencia y un mecanismo fiable y democrático para recoger las opiniones. Opiniones heterogéneas, combinadas, destinadas a formar una mente nutricia gracias a la promiscuidad de sus sugerencias y de sus partícipes, de procedencias y sexos surtidos.

Las nuevas tecnologías están borrando, y aceleradamente además, la distinción entre innovadores y consumidores, puesto que estos últimos son a menudo la principal potencia inspiradora. Las bebidas energéticas y los geles de los deportistas fueron creados por deportistas. El pulmón de acero se le ocurrió a un médico y Mindstorm, el producto estrella de Lego, fue creado por una comunidad de usuarios que experimentaba con ladrillos especiales y *softwares* de juguetes. En vez de pleitear con ellos, Lego patrocinó sus conocimientos.

De la misma manera, Dinamarca ha sido el primer país europeo en declarar prioridad nacional la *user-centered innovation* (UCI), descrita por el profesor del MIT Erik von Hippel (*The Democratization of Innovation*) como el inicio de una nueva era.

El paradigma de la complejidad se refiere precisamente a este nuevo conocimiento del mundo, que no procederá ya de una cultura y unas formaciones determinadas, no será el fruto de un genio ni de tres o cuatro, sino de muchos «maestros pensadores» reunidos en archipiélago y al estilo de las *open sources*.

Según cuenta Sánchez Ron (*El futuro es un país tranquilo*), los artículos de las revistas científicas no aparecen firmados ya por dos o tres colaboradores, sino por decenas de ellos. La investigación se ha vuelto de hecho tan compleja que es preciso sumar, junto a los ordenadores, la reunión de muchos cerebros. Ninguna verdad de las decisivas cabe ya en la cabeza de nadie y no hay pulso que pueda sostener la múltiple vibración de un discurso renovador. No habrá pues, en adelante, un descubridor de algo, sino una nómina de descubridores, y no habrá siquiera un equipo investigador, sino una trama. La verdad sucesiva dejará de poseer la autoría de un sujeto concreto y no habrá una energía, una píldora o un nuevo teorema asociado al nombre de un superhombre o una superinstitución, porque el individuo y la institución (el FMI, el BM, la SEC) se diluirá en la conversación de especialistas y no especialistas de la materia.

La comunicación es el entretenimiento por excelencia y el intercambio de saberes el territorio por donde navegará la nueva generación que dirigirá el mundo tras los funerales de esta Gran Crisis. No habrá empresa que aspire a prosperar el día después de la hecatombe si no asume los nuevos patrones de relación, de fragmentación y de movimientos interacti-

vos. Al lado de ese mundo, los bancos gestionados como tropas capitaneadas por un nombre u otro destacan como heridos mamuts del tiempo que ahora claudica.

## LA NUEVA POLÍTICA

La crisis no ha desencadenado aún grandes manifestaciones populares, pero ¿quién duda de que las habrá? A la amplitud planetaria del paro responderán las movilizaciones nacionales e internacionales de cualquier sector. ¿Para lograr algún resultado eficaz? No es probable. Las acciones políticas contemporáneas, como las manifestaciones mundiales contra la guerra de Irak, no logran sus objetivos, pero van dando a luz una nueva época en la que la masa, en vez de hallarse apoltronada y obediente, se incorpora a la protesta. Aquella desmayada «mayoría silenciosa» de los años ochenta del siglo XX ha girado hacia una algarabía, aún incipiente, en el siglo XXI, y las previsiones respecto a una sociedad plana e indolente han girado hacia una posible explosión crítica donde convergen grupos dispares.

¿Emergencia de una nueva potencia política? No se trata ya de todo aquello. Precisamente lo característico de estas movilizaciones es su desafección de lo po-

lítico. El movimiento rechaza ser calificado de derechas o de izquierdas. Aspira a algo más. Su ambición no se orienta hacia una reforma de la organización social y económica, sino hacia una revisión del sentido. Igualmente, en su acción no se vislumbra un deseo de poder determinado, sino un rechazo del poder corrupto y su impunidad.

De esta manera, el movimiento se adultera cuando en sus filas se empotran militantes de partidos que buscan rentabilizar la energía para su causa. Este movimiento carece de jefatura y de jerarquía; no conoce todavía la estrategia y funda su fama en el mestizaje y en la espontaneidad. Nada semejante a los calculados oportunismos de las formaciones políticas y nada equivalente a los planes de estos colectivos para repartirse los beneficios del poder convencional.

Este movimiento es tan inédito como altruista. Procede, sin duda, de la misma cultura que la demanda de equidad, transparencia y verdad, pero ¿ideario? No hay más ideario que la impulsión moral. Los *partidos* de nueva concepción que han formado últimamente los jóvenes llevan por nombre *Espiral*, *Motivados*, y, al juntarse para acudir a unas elecciones municipales y autonómicas, la coalición se ha llamado «Otra democracia es posible». ¿Qué otra democracia? ¿Cómo será posible?

En un intenso artículo el profesor Vidal-Beneyto hacía un repaso a más de media docena de propuestas para reorganizar el sistema democrático. Se refería a la «democracia consociativa» de Daalder y Arendt Lijphart, a la democracia procedimental de Michael San-

der, a la democracia deliberativa de Habermas y Bobbio, a la llamada democracia electrónica y a la «democracia marketing» que le sacaba de quicio (*El País*, 14-3-2009). Todavía no se sabe qué democracia (si puede llamarse todavía así) vendría con el siglo XXI, pero no incorporará a los tipos de gentes definidos por la concepción política de hoy.

Estos nuevos grupos son frecuentemente interclasistas. La oposición al sistema actual, que mata o enferma, se ha propagado como una epidemia de malestar desde los empleados hasta los jefes, desde los obreros hasta los empresarios, autónomos o no. Una frustración para la que, desde luego, no posee remedios la democracia representativa en vigor, bien diseñada, sin embargo, para otros tiempos.

Ante esta anacronía, la masa se desespera o se desapunta. Hasta finales de los años noventa, cuando imperaba el modelo de la televisión, los ciudadanos se sentaban para ver y escuchar los programas. Ahora, sin embargo, los nuevos medios de comunicación, desde el móvil hasta internet, son instrumentos activos. La comunicación cara a cara se ha reducido mucho pero ha crecido la conexión.

Las agitaciones que han propiciado los móviles y los SMS en Ucrania, en Filipinas, en China, en Londres o en Madrid son la prolongación de las convocatorias de boca a boca para boicotear una marca, para recomendar un libro, para difundir un rumor, comunicar una denuncia a través de los blogs o para lanzar por ellos una solicitud de auxilio. En 2009 los usuarios de la red representaban ya la cuarta parte de la po-

blación mundial y más de cien millones de jóvenes entre los doce y los veinticinco años (los *screen-agers*) se comunican a través del Messenger, los SMS, Tuenti o Facebook para intercambiar informaciones.

Lo colectivo regresa a través de la red como una desconocida manera de transformación social. Una conquista no procedente de las vanguardias obreras ni de un movimiento revolucionario organizado, sino de la propia transformación tecnológica (el cambio de las condiciones materiales), que esta vez no es de la naturaleza de las máquinas sino de la naturaleza de las personas. Y no de los individuos como fuerza productiva sino de las relaciones entre los individuos, de su cooperación y su colaboración. Las nuevas tecnologías, en fin, no llegan para apoderarse de la existencia humana y alienar a sus componentes, sino para conceder más poder a esa existencia a través de una interrelación como nunca la realidad material hacía posible. Un «proceso evolutivo» del capitalismo que nunca antes pareció tan directamente relacionado con la cultura de consumo y la cultura social de internet. Porque cuando todavía sabía relativamente poco de lo que se nos venía encima, escribió Schumpeter: «El impulso fundamental que establece y mantiene el motor capitalista en marcha procede de los nuevos bienes de consumo, los nuevos métodos de producción o transporte, los nuevos mercados, las nuevas formas de organización industrial que la empresa capitalista crea...» (*Capitalism, Socialism and Democracy*, 1942).

Y si puede usar pertinentemente el término «evolución» es porque el sistema se transforma desde su in-

terior, como si destruyendo una parte de sí y creando otra en su lugar reprodujera el comportamiento de un ser vivo en su metamorfosis. La utopía que siempre fiaba el ideal para otro tiempo y otro lugar, se va cumpliendo aquí y (casi) ahora, sin un proyecto previo y a través de una conjunción de fenómenos en diferentes direcciones.

Así, según Carlos Tribiño, consultor de Innovación y Marca: «Existen hoy al menos dos modelos de innovación alternativos de grandes resultados, pero ambos se caracterizan por el elemento de colaboración. El modelo consumidor, adoptado por firmas como Procter & Gamble o General Electric, centrado en entender las necesidades y experiencia del consumidor y extender la colaboración a clientes, distribuidores, académicos, expertos y hasta competidores. El objetivo es acceder a capital intelectual diverso y con una visión desde fuera de la empresa e incluso desde fuera del sector (...) El segundo, utilizado por empresas como IBM y Facebook, es el modelo *network* y cuenta con un código de desarrollo abierto. Carece de confidencialidad pero tiene costes muy inferiores, ya que se invita a voluntarios con muchos conocimientos del sector y/o técnicos para ganar ideas y contenidos de calidad. Tal vez el mejor ejemplo sea la plataforma Unix, desarrollada por miles de programadores de todo el mundo» (*Brandlife*, 16-2-2009).

Howard Rheingold, director de la publicación *Whole Earth Review*, la biblia tecnológica alternativa de los *hippies*, pionero del ciberespacio y antropólogo

que ha explorado durante veinte años el desarrollo de las nuevas formas de comunicación e interacción entre la tecnología y sus usuarios, publicó en 1993 un bestseller mundial titulado *Comunidades virtuales*, porque por entonces todavía, de verdad, no eran *reales*. Su nuevo libro se llama *Smart Mobs (Multitudes inteligentes)* (2002). Multitudes audibles que, si hasta hace poco parecían sólo irracionales o pasionales, vienen hoy a dar mucho que pensar. Dan tanto que pensar que bien podrían configurar un pensamiento nuevo. ¿Profético? ¿Redentor? Humano al menos.

Como un fenómeno que no deja de aumentar, revistas, radios, televisiones, políticos, empresas, demandan su opinión a los receptores y apenas queda asunto que no sea ya sometido al juicio del lector, el radioyente o el espectador. Los programas parecen nacer físicamente de los emisores, pero siempre con el propósito superior de ser sometidos a la física de la audiencia, de cuya intervención recaudan miles de euros, gracias a llamadas, SMS y todo lo demás.

De antemano, el programa, la página, el discurso o incluso el editorial se basa en buena parte de la opinión mayoritaria, pero, por añadidura, en la fase posterior se contrasta el efecto público producido para introducir las correcciones precisas en la emisión ulterior.

Los bienes, físicos o espirituales, las piezas de entretenimiento o de opinión, van trufándose día a día de las moléculas (mentales y emocionales) que emite un público avivado de diversidad y creatividad. El sentido común, el pensamiento común, el juicio de la

muchedumbre, ha pasado no ya a ser la antigua materia prima de la emisión sino, a menudo, su producto número uno.

El público, al cabo, se alimenta así de los elementos de su propia digestión o, en el colmo del reciclaje fisiológico, el público se alimenta de sus inesperadas conjunciones. La imaginación independiente se ha revelado de hecho tan ruinosa –salvo contadas excepciones– para los promotores, que sus posibles aciertos no compensan su cuidado. La singularidad de cualquier pensamiento ha demostrado ser, en los medios, una elección tan aventurada que, disponiendo ya de los instrumentos suficientes para captar la clase de deseo que corre por las venas de la multitud, ¿para qué arriesgarse a experimentar sin referencias?

Periódicos, emisoras, profesionales del marketing, han descubierto su actual función esencial: escarbar en el sentir del cliente, explorar sus deseos y servirle los platos que prueban o que inventan juntos. La *long tail* o estrategia de las muchas producciones distintas en pequeña escala es una consecuencia de esta democracia abierta en donde se manifiestan con mayor nitidez los gustos de pequeños grupos y cuyos nichos más o menos cerrados acaban componiendo un universo a modo de archipiélago.

Como consecuencia, de la misma manera que en los últimos tiempos han cundido las pequeñas editoriales, el fenómeno de la oferta a través de pequeñas unidades se impone en todos los ámbitos. Se producen series pequeñas con marcas de culto en el sector textil, en la hostelería, la discografía o la alimentación.

De hecho, Wall Mart, la gran empresa norteamericana de supermercados, la segunda en facturación mundial, ha dividido el tamaño de sus establecimientos, ponderando la importancia de un espacio más acogedor y particularizado. Igualmente, el crecimiento de las costureras en París, la adhesión a establecimientos de informática donde se asesora personalmente, las asistencias primarias en sanidad, los coches y paquetes de sopa más pequeños, se atienen a la misma corriente que premia la reducción de escalas y la oferta diferencial.

Gozo democrático ha sido también la conversión del ciudadano en espectáculo. El fútbol, las fiestas *rave*, las manifestaciones ecologistas o contra la guerra son atractivos antes por el espectáculo de la movilización que por el puro motivo del movimiento. Los periódicos, las emisoras de radio y televisión, cualquier web social de internet ganan atracción por los atraídos. Los atraídos, espectadores, lectores, navegadores que intervienen, opinan, se enfrentan o asocian dentro y fuera de la red, crean así el suceso interesante.

No se trata, obviamente, de un fenómeno nuevo, pero nunca obtuvo este éxito a granel, omnipresente, omnímodo, explosivo que no desagrada a la izquierda. Una izquierda que, por otra parte, se halla prácticamente desaparecida en Occidente. De hecho, ningún partido político contemporáneo posee un proyecto que pueda considerarse pertrechado de alguna ideología de izquierda actualizada y algún modelo económico verosímil o viable. La receta general de los diferen-

tes partidos –y cada vez más sólo dos– viene a ser casi la misma, y converge en la mayor o menor capacidad para ganar en una estúpida liza de ofertas semejantes y campañas insufribles. Una liza que gana, a menudo, aquel partido que posee una figura mediática o un equipo de marketing con mejor intuición. Tampoco la salud de la izquierda en Latinoamérica es capaz de sanar nada. Más bien el delirio se ha apoderado de las mentes de sus líderes y entonan grotescamente las canciones de tiempos pretéritos.

Caída pues la izquierda en un pobre abismo, ¿cómo no recelar de que su hundimiento o su ineficacia hayan contribuido, involuntariamente, claro, a la profundidad y crueldad de la crisis? ¿Lucha de clases? ¿Oposiciones radicales? ¿Toma del poder? La izquierda progresista o comoquiera que se denomine peleará contra la injusticia, la desigualdad y la corrupción no ya mediante los recursos de hace un siglo ni con las soflamas de sus grupúsculos extremos, más o menos marxistas, sino a través de la participación directa y efectiva de los ciudadanos –en absoluto militantes políticos– que crean los nuevos medios de conexión y acción.

Consumidores, ciudadanos y usuarios a la vez de instrumentos que les permiten una intervención continua frente a la estafa de las votaciones cuatrienales, ejemplo de patéticos ejercicios de simulación, vetustas martingalas para legitimar un poder egotista y, a menudo, inmoral. No hay más que revisar la desdichada evolución o incluso el desplome de numerosas «democracias» en diferentes lugares del mundo: la crisis

económica ha llegado en paralelo a la crisis política. O, lo que es lo mismo, los bonos basura se han correspondido con las democracias basura y los ejecutivos corruptos con los ejecutivos podridos desde Estados Unidos a Senegal. En los últimos años, al compás de la Gran Crisis o anticipándose a ella varias democracias emergentes en América Latina, en Asia o en África han evolucionado tan mal como ilustran los casos de Rusia, Venezuela, Tailandia, Bangladesh, Nigeria, Filipinas, Pakistán, Bolivia, Ecuador, Turquía, Ucrania o Sudáfrica.

¿Continuaremos así? Claro que no. Desde la altura del estrado se dicta pero desde la horizontal de la plaza es la multitud, cada vez más escéptica e instruida, quien, al cabo, ganará un predominio natural. Las empresas no aumentan los sueldos pero algunas, las más dinámicas, han encontrado el modo de motivar a los empleados repartiendo el poder. La política irá detrás.

Así, de la misma manera que una nueva sociedad va naciendo de la creatividad de los muchos presentes en la red, *la nueva política* se hilvanará con las voces múltiples e independientes de los ciudadanos internautas, siendo ya todos, a corto plazo, internautas nativos o de adopción, ciudadanos ya todos de una imparable realidad en marcha. Una realidad tan decisiva y creciente que su activismo, según todos los estudios mediáticos, decidió el triunfo de Obama frente a McCain en las elecciones norteamericanas de 2008 y gracias, desde luego, a contar con 750 millones de dólares provenientes de pequeñas donaciones de millones

de seguidores internautas, y de recabar, también, el apoyo de grupos marginales a través de la movilización de tres millones y medio de voluntarios que por la red llegaron a completar una lista de 13 millones de direcciones electrónicas.

David Plouffe, el *manager* general de la campaña de Obama, decía: «Entre los políticos profesionales es habitual que se escatime información al electorado. Nuestros competidores, en efecto, no podían creerse que estuviéramos ofreciendo a personas que no conocíamos tal cantidad de información y que confiáramos en ellos para que hicieran de estos datos un uso honesto. Pero fue enormemente importante esta decisión, porque hizo sentir a la gente que se la tenía en cuenta.» ¿Que qué quiere decir ese «cambio»? Obama responde: «Significa un gobierno que no se halla orientado ideológicamente. Significa un gobierno que es competente. Significa, sobre todo, que se centra día tras día en las necesidades y las dificultades, las esperanzas y los sueños de la gente corriente» (*Time*, 29-12-2008). El «*You*» que fuera «el personaje del año» de esa revista en 2006 fue el mismo «*yes, we can*» del lema que ahora tratan de calcar otros gobiernos.

«Haced que cada uno se vea y se ame en los demás, a fin de que todos estén así más unidos...», escribía Rousseau. He aquí, paso a paso, cuanto consiguen explosivamente ahora las concentraciones festivas, las convocatorias de conciertos de rock, los estadios de fútbol, la composición –vestidos o desnudos– del paisaje de las masas. Narcisismo de la igualdad en la so-

ciudad de las diferencias productivas. O, tal vez, una nueva manera armonizada de anarquismo creativo.

«El anarquismo es el taoísmo de Occidente. La oculta intuición del anarquismo consiste en que la sofisticación simbólica, la división del trabajo, la edificación del Estado, el centralismo, sólo tienen sentido si –al ser superados– nos devuelven críticamente a un “origen” donde vuelva a reinar la diversidad, la estructura no jerárquica, la espontaneidad no programada» (Salvador Pániker, *Asimetrías*).

La intervención reguladora del Estado, la creciente presencia de su gestión, sus leyes, sus prohibiciones, su poder en la vida de las gentes no hace pensar en progreso civilizatorio alguno. Más bien, la estatalización de todas las quiebras acaba cristalizando en una maniobra que deriva en una situación opresiva. El Estado no es bueno de por sí y el liberalismo progresista ha pretendido siempre la libertad de los ciudadanos a través de su reducción. Celebrar actualmente su regreso, y a gran escala, llevaría a pensar en una asunción de la inferioridad social, una ratificación del estado de minoría de edad. En este sentido el anarquismo armónico haría mención a una época de emancipación del padre y a un auge de la diversidad e independencia respecto al régimen, respecto a la unicidad del Estado, respecto a la voz omnicomprendiva del ductor. El arte de vivir sin absolutos en un marco complejo y donde se simplificaría ruinosamente –como sucede en algunas grandes empresas piramidales– si la complejidad se viera limitada a la complejidad que marca la cabeza de su máximo jefe.

El deseo de una política y una gestión más horizontal que vertical forma parte de un utopismo que se fía de las fuerzas espontáneas de la Humanidad creyéndolas capaces de lo mejor. Pero no se trata tampoco de embriagarse con la ensoñación de un nuevo mundo de perfección inédita. Para tratar de alcanzar la deseable alternativa bastaría con perfeccionar el que existe en aquello que se pueda. El Otro Mundo es una creación religiosa. Este mundo y sólo éste es el objeto continuado de seres humanos históricamente más experimentados e instruidos.

Más amabilidad, más humor, más compasión, más empatía, buenas maneras, más conocimientos y curiosidades, educación para relacionarse, para saber triunfar y fracasar, para aprender a vivir y morir, para ser feliz sin culpa, disfrutar el placer sin remordimientos, para disfrutar al otro diferente, para vindicar un quehacer múltiple, profesional y personal. Ser personas de calidad. Y tratar de hacer de la vida un juego frente a la tabarra de hacerla trascendente. Los videojuegos precisamente, tan satanizados todavía, enseñan a tomar la vida y la muerte como parte del mismo juego: todo el posible daño de los videojuegos violentos se compensa con esta liberación del yo que muere y sólo muere el personaje, siendo yo el Testigo de lo que sucede. Sufro y no decaigo, me veo sufrir (Pániker).

La disminución del egocentrismo es proporcional al aumento de la capacidad para empatizar con el otro, siendo el otro la fuente número uno de los negocios de información, comunicación y entretenimiento, del sector sanitario y educacional, de la coo-

peración y coordinación empresarial, del bienestar en el trabajo, de la creatividad colaboradora, de las interconexiones innovadoras, del desarrollo de la imaginación y la inteligencia colectivas.

¿Inventarse otro sistema? Ya no es preciso. Basta encauzar positivamente los anhelos relacionales que ya se hallan presentes y que con el naufragio de la crisis flotarán como los mejores pecios de los que no se obtuvo antes el mejor provecho. Contra la cantinela que se proclama en la vacuidad del discurso político, la innovación no parece ser ahora el meollo del proyecto. Significativamente el año 2009 nace con Macworld sin Steve Jobs y el Consumer Electronic Show de Las Vegas, la feria más importante de productos electrónicos de consumo, sin Bill Gates.

«La innovación murió en 2008 (...) La mataron la sobreexplotación, el uso a destiempo, la estrechez de espíritu, el gradualismo y la incapacidad de evolucionar. La innovación demostró ser débil como táctica y como estrategia frente a las turbulencias económicas y sociales» (Bruce Nussbaum, *manager editor* de *Business Week*, 31-12-2008). En lugar de la innovación la «transformación»: la innovación implica cambiar lo que está, mientras que la transformación implica crear algo nuevo de lo ya existente.

Efectivamente no sabemos cómo se ordenará todo esto, pero el nuevo orden se hallará en el patrón de la red. Internet no es una opción, es el nuevo espacio necesario. El espacio «democrático» de un porvenir inmediato y a pesar de los muchos crímenes que actualmente se cometen en su interior. Esta leve utopía

colectivista daría lugar a una economía «relacional» que prestaría servicios sin ánimo de lucro, tal como unos cien millones de norteamericanos y tres millones de españoles están haciendo ahora. Sin mercado o al margen del mercado.

Pero, efectivamente, no concluyen en este punto las alternativas. De la economía relacional se deducirá la desaparición del sistema político actual y cundirá una participación en forma de trama humana de una dinámica más eficiente. Poseerá una inspiración democrática, pero para lograr tras una versión perfeccionada del sistema su segura transformación. Los partidos, los líderes, los discursos, las promesas quedarán arrasadas por la acción directa de la ciudadanía y a través de una interacción que actúe como vigía desde Brasil a la India, desde Los Ángeles a Sidney, desde Luxemburgo a Castilla-León. En el vórtice mismo de la crisis financiera el Estado-Estado no puede ser la opción de oro, puesto que ese pesado monstruo pertenece al tiempo de ayer. La solución, cualquiera que sea, pasa por otra clase de orden que permita crear un conocimiento, un poder y un quehacer político a partir de muchos.

El actual sistema de representación política vale tan poco, es tan ignorante, ineficiente y corrupto como para haberse revelado cómplice, antes y después, de todos los intermediarios improductivos unos, estafadores otros, que han llevado al desempleo, la miseria y la desesperanza de medio mundo sin que todavía acierte a afrontarlo ni aplicarle solución.

## LA LUZ Y EL IMÁN

A diferencia de los años ochenta, en que las supermodelos representaban el pleonasma de la sexualidad, la opulencia del erotismo, la gloria de la carne y el perfume hormonal, las tendencias fueron girando después hacia temas que trataban con la muerte, la anorexia, la enfermedad terminal o la monstruosa manipulación de la apariencia humana.

El ejemplo de varios desfiles de primavera-verano 2009, en mitad de la crisis, despide el aroma de este periodo negativo, bien a través de iconologías animales bien a través de evocaciones robóticas. Y, en ambos casos, con la pretensión de estimular al público con propuestas fuera de la antropología común.

Las silenciosas e interminables guerras de millones de muertos entre países fronterizos, el sida y otras epidemias devastadoras, las hambrunas endémicas, las figuras constantes de emigrantes que mueren empujados por la miseria extrema, el tráfico de mujeres y niños, todo ello converge en una estética del mal que si

en la arquitectura ha sido reflejada en la Deconstrucción de Eisenman, Gehry, Millares o Koolhaas, en las artes plásticas ha sido el motivo de lo que Hal Foster llamó significativamente «arte traumático» y Mario Perniola «arte psicótico».

Junto al gusto siempre presente por saborear lo bello, ha ido deslizándose durante los lúbricos años de especulación un segundo nivel de belleza convulsa que halla su placer en lo maldito y su complacencia en lo aversivo. Se trata, efectivamente, de un juego (una forma de especulación), pero hasta 2009 los turbios márgenes de las urbes o de la moral han dominado, trivialmente, el centro de la escena.

En los años noventa, Christian Lacroix declaraba: «Es terrible decirlo, pero a menudo la ropa más atractiva es la de la gente más pobre», y Alexander McQueen proclamaba: «No tengo ganas de que mis desfiles se conviertan en un *cocktail party*, más bien pretendo que la gente salga de allí vomitando» (*El estilo del mundo*, 2003).

Lo oscuro, lo maldito, lo mohoso y derrengado estaba ya aquí antes de que la crisis financiera hubiera dado sus señales de quiebra y decadencia. Estas mismas colecciones de la moda primavera-verano 2009 estaban flotando todavía en la pasarela como piezas agónicas de la época en extinción, flecos neobarrocos del tiempo concluido con la quiebra de Lehman Brothers en septiembre de 2008.

Pero la época de aquellos fastos ha dejado, en fin, de representarse y frente a la aventura cundirá la conservación y frente a la velocidad de la falacia la lenti-

tud del saber de la decadencia. De la misma manera, frente al amor por la aventura característico del capitalismo de consumo, la aversión al riesgo característica del posible capitalismo funeral. Al filo de la muerte no hay aventura que valga. Todas las fuerzas deben emplearse en frenar el viento que empuja al abismo, la corriente que nos despeña en la deflación. Con la quiebra de bancos y compañías de seguros, con el hundimiento mismo de las agencias de calificación, la idea de arriesgar se ha convertido en un tremedal.

El equilibrio gana así prestigio frente al déficit, lo mesurado sobre el desafuero, lo lineal sobre lo quebrado y el cardias frente a la náusea. Y esto a escala planetaria, porque si algo caracteriza a la contemporaneidad son los contagios, ya se trate de los virus misteriosos, los cortes de pelo o las restricciones bancarias. La infección global está garantizada y, de la misma manera que los colapsos de liquidez, los estilos flotan o se hunden juntos.

La teoría de las catástrofes de René Thom prometió, en los setenta, detallar cómo un pequeño cambio podía provocar transformaciones enormes, pero esta ideación se atrofió rápidamente porque no llegaba a ofrecer una explicación suficiente de los dispositivos que impulsan esos procesos. Finalmente, la teoría del caos, madurada una década después, permitió entender que no era posible predecir nada puesto que los sistemas complejos y dinámicos son casi un azar aun conociendo bien sus estados iniciales. Con todo había ya entonces un sentido catastrófico del devenir, *una certeza del desastre* cuya imagen distintiva es el *Angelus*

*Novus* de Paul Klee leído por Walter Benjamin: el ángel que vuela de espaldas hacia el futuro y arrastrado por un huracán. Esta imagen de la «terrible certidumbre» que evoca el tiempo presente como un espacio inhóspito y destructor (Eloy Fernández Porta, *Homo Sampler*).

Espacio propenso a la hecatombe, propicio al cataclismo. Tiempo de guerra y de su simulación, época de crisis y de confusión. Una Crisis Moral que antes y dentro de esta Gran Crisis procede de la política, la justicia, la educación, los medios de comunicación y las inmobiliarias, por lo menos. La Gran Crisis tiende a confundirlo y amontonarlo todo, pero ¿cómo no sospechar que su potencia —«que vuela de espaldas al progreso»— obedece más que nada a la fuerza de atracción del mal previo y en otros ámbitos? No se tratará pues de que la crisis haya sobrevenido por la codicia o la metralla de las *subprimes* sino como efecto del gran Imán del Mal (la injusticia rampante, la corrupción general, las desigualdades crecientes, el malestar laboral y sexual) que desde el corazón de la sociedad atrajo este embate destructor. Lo atrajo tal como la implosión de un vacío absorbe lo lleno o como un agujero negro se traga una estrella.

Todas las explicaciones de los expertos económicos que se afanan en dar cuenta de la crisis, ahora que la crisis reina, son insuficientes para explicar su profundidad. Pero, de añadidura, ¿cómo puede ser que todavía, mucho tiempo después de los primeros síntomas, no se conozca su estatura? ¿No será que se está analizando el problema al revés, con la cabeza abajo?

¿Con la cabeza de los analistas mareada, pero desca-  
balado también el orden con que debiera hacerse la  
diagnosis?

José II fundó en Viena, en 1784, el inmenso  
Hospital General donde a mediados del siglo XIX  
tuvo mucha influencia la llamada «terapia de espera»,  
(vigilar y esperar), dentro de un espíritu de observa-  
ción que no se limitaba a cada caso presente, sino que  
extendió su campo visual a la sociedad entera. A fi-  
nales de ese siglo, un profesor que hacía auscultar a  
sus estudiantes los últimos estertores de una enferma,  
decía: «El tratamiento no tiene interés: el diagnóstico  
es lo que queremos.» Esta clase de «nihilismo tera-  
péutico», tan contrario al actual pragmatismo de la  
ignorancia, tenía, sin embargo, sus lados positivos,  
como la mejora de las técnicas de observación, cues-  
tión que ahora parece demasiado relegada en prove-  
cho de la urgencia.

Se dijo que aquélla fue la época de la «Medici-  
na Biedermeier», que, como la estética del mismo  
nombre (*bieder* significa «sencillo»), contemplaba la  
naturaleza sin querer oír hablar de medicamentos para  
el individuo y para la sociedad. También la censura y  
el espionaje policiaco de aquellos tiempos eran corre-  
latos de la atenta observación de la «terapia de espera»,  
intentando evitar cuerpos extraños y operaciones es-  
peciales, con la confianza de que así la ciudadanía se  
avendría a seguir el curso «natural» de las cosas.

La burocracia, sobre todo, era el paralelo más visi-  
ble de la «terapia de espera», aplazando deliberadamen-  
te las decisiones para que los problemas se fueran arre-

glando por sí solos. Lo que imperaba entonces era la correspondiente versión médica del liberalismo económico, a partir del *laissez faire, laissez aller, le monde va de lui-même* —y Viena hasta nuestros días es la referencia para el neoliberalismo económico significado en Hayek.

También hay algo de terapia de espera, de autoinhibición médica, en la práctica del psicoanálisis freudiano, pero lo importante actualmente, en la economía o en la clínica, es la rápida curación, se entiendan o no cabalmente las causas del padecimiento y la manera como actúa exactamente el fármaco. El proceso por el que serían o no eficaces las medidas apenas cuenta, puesto que lo que importa neuróticamente es que el sistema se mueva, sea como sea. Que funcione económicamente sin detenerse a explorar los factores de diferente tipo, no necesariamente económicos, que intervienen en la crisis.

El paciente ahora no responde a las medidas que se le aplican, pero, en lugar de reiniciar la exploración, el paso siguiente consiste en aumentar la dosis prescrita de la misma droga. Incrementar las inyecciones de liquidez e incrementarlas a tal nivel que podría temerse un efecto tan contraproducente como mortífero. ¿Curación o envenenamiento? ¿Racionalidad u obcecación? ¿Ciencia o inercia de la idea?

El regreso del keynesianismo ha sido considerado el remedio a un mal que en algunos aspectos recordaba al de 1929. Pero sólo en algunos aspectos y acaso demasiado pocos como para repetir el tratamiento de hace ochenta años. Efectivamente, la obstinación del poder puede llevar a las máximas cotas de tragedia y no sería la

primera vez. Los economistas, que suelen ser gente tan bienintencionada como despectiva respecto a otras disciplinas, ¿cómo van a necesitar el diagnóstico de las demás especialidades si ninguna posee instrumentos de medición tan exactos como los suyos? ¿Cómo replantearse la aproximación al enfermo cuando nadie se halla más cerca de los bancos y las empresas, con mayor información y dotaciones instrumentales? ¿Quién podría discutirles algo no siendo economista? La conclusión es ésta, por lo tanto: o el paciente económico reacciona o la fatalidad se cumple.

Keynes, sin embargo, fue el primero en resaltar que a tiempos nuevos había que responder con pensamientos nuevos, y, justamente, la positiva reacción que registraron las bolsas el 23 de marzo de 2009 respondió a la primera idea original del Departamento del Tesoro norteamericano anunciando un programa conjunto de inversiones públicas y *privadas* para la compra de activos tóxicos a un precio que se fijará mediante subasta *entre los inversores privados*. Frente a la receta absoluta del Estado salvador, el tratamiento del problema de los bancos privados no mediante un modelo encarnado en el Estado-Padre sino a través de la fratría de los mismos intereses compartidos. Frente a la estrategia jerárquica la estrategia de la red, contra la caduca verticalidad del gobierno que todo lo puede el poder horizontal colectado a partir de muchos. O la nueva etapa se forma a partir de la trama o la crisis no terminará nunca. ¿Fin del sistema? Principio de la malla.

Porque en el futuro, no será ni una fuerza desde lo alto ni tampoco la contienda entre iguales las que

conducirán el progreso. Si el Estado convencional ha caducado, la competitividad convencional también. Competir –y a gran escala– era el designio de los imperios coloniales del siglo XIX. Y la competitividad calando en las formas de vida decidió el espíritu de la historia capitalista. Capitalismo y competitividad son neuronas del mismo cerebro. Se compite en la empresa, se compite en el deporte, en la escuela o en el amor. Parece ser ya un modo obvio y natural de estar en el mundo, pero ¿no podría ser una circunstancia capitalista cuya estrategia necesita ya de otra dinámica cooperativa para crecer?

La nueva política exterior de Estados Unidos, dialogante frente a lo que con Bush constituía el intratable «Eje del Mal», las *joint ventures* entre empresas, las web sociales, los saberes procurados por el *crowdsourcing*, permiten vislumbrar el nacimiento de otra época humana. La iniciación de un siglo en el que la competencia potencia a todos (clientes y productores, maestros y alumnos, chicos y chicas, rusos y americanos) sin ganadores y perdedores. Ganadores todos. Ganadores no del resultado de vencer a nadie sino de obtener beneficio conjunto del modelo que tanto social como empresarialmente se ha llamado *win-win*.

Tanto en la política interior como exterior, en el comercio nacional como internacional, en el entretenimiento como en la ciencia, el lema es colaboración. Un modelo de la ganancia que desarbola la idea de mejorar a costa de empeorar al otro (sea el vecino o el medio ambiente) y que favorece la coo-

peración gracias a la positiva experiencia obtenida de la interconexión en red.

En general, el orden jerárquico irá siendo sustituido por el poder compartido, y el mismo conocimiento también. Con la peculiaridad de que este paradigma alternativo no ha nacido de una predicación moral sino del interés de cada parte en sentido amplio y en sentido estricto. Goza de la misma inherencia que el deseo de subsistencia y posee como motor la consecución de lo mejor. La diferencia más significativa respecto al patrón anterior es que ese bien se logra mejor ahora —ahora que tecnológicamente se puede— no demediando al otro o abatiéndolo sino manteniéndose los dos enteros y en pie.

Para el trabajo, para la pareja, para el sexo, para las religiones, para el diseño, para la política, para el marketing o para el saber y el placer, puede hallarse a punto un nuevo sistema que ha descubierto su eficacia superior en la cooperación, la colaboración y la armonía con el otro y no en la vetustez de la violencia, el tóxico de los desprestigios y la pestilencia de la corrupción.

Con regularidad, los comienzos de siglo han presenciado el nacimiento de conocimientos nuevos y obras trascendentes. Entre 1303 y 1305 Giotto introduce la pintura tridimensional, el *Inferno* de Dante es de 1302, y de 1501 la tesis de Copérnico, *El Quijote* se publica en 1604 y *Hamlet* en 1600, la *Quinta Sinfonía* de Beethoven es de 1807, *La interpretación de los sueños* de Freud aparece en 1900 y la teoría de la relatividad la enuncia Einstein en 1905.

¿Qué invento u obra maestra corresponderá al comienzo del siglo XXI? Varias aportaciones importantes, se trate de la electrónica o de la ingeniería genética, de la medicina o de las comunicaciones en general. Sin embargo, en atención a la escala de los ejemplos históricos, ¿cómo no esperar que del «personismo» (*Yo y tú, objetos de lujo*) en la red y la dinámica de las múltiples tecnologías de comunicación se esté formando una nueva generación más feliz junta que separada y más entusiasmada cooperando entre sí que compitiendo? Los crímenes en la red no escasean, pero, precisamente, si hay que mejorar algún espacio importante para mejorar la realidad, la atención se centrará cada vez más en su cosmología.

Tal como enseñan los videojuegos, no hay un final o meta predeterminados ni tampoco en la utopía puede esbozarse el dibujo del porvenir. El nuevo sistema que se deduzca de esta crisis vendrá a ser el resultado de un quehacer conjunto donde, a la fuerza, la razón económica dejará de ser la exclusiva matriz.

Así, a medida que el conocimiento aumenta, disminuye la necesidad de consumir. A medida que una luz más sólida acabe con el fantasma de la liquidez y el miedo epidémico, una fortaleza, todavía en ciernes, volverá más limpia la evolución del sistema, que encuentra más dificultad no tanto en concebir ideas nuevas como en desprenderse de las antiguas, tóxicas, rancias, oscurecidas.

Desde hace unos años, un extenso grupo de científicos, desde Holanda a China, están lanzando nue-

vas hipótesis sobre el origen del universo que por su originalidad recuerdan la consternación que provocó la teoría de la relatividad hace cien años.

João Magueijo, profesor de física teórica en el Imperial College de Londres, en *Más rápido que la luz* pone, por ejemplo, en cuestión la fórmula sagrada de Einstein ( $E=mc^2$ ), porque, atendiendo a nuestra cultura, ¿cómo puede aceptarse todavía uniforme y serena la velocidad de la luz? En este sentido Magueijo alega que si en el principio la luz brotó con rapidez inaudita, el tiempo, poco a poco, llegó a situarla en la actual velocidad de crucero: 299.792 kilómetros por segundo. Pero pronto, sin saber cuándo todavía, irá reduciendo esta clásica celeridad. En tal proceso, la trayectoria de la luz adquiriría el ejemplo de la vida animal y su esencia no diferiría demasiado de la biología. Así, si la primera luz naciente fue bullicio, la luz adulta, al ir traspasando milenios, se espesaría hasta lograr las propiedades aproximadas de un sólido. La luz se hallaría, por fin, al alcance del tacto, expurgada de la liquidez de la velocidad especular o especulativa y convertida en esencia dura. Luz excelente, porque en vez de actuar desplegándose como un espectro sería luz encarnada. La luz coloreada como representación del fuego originario, tótem del Big Bang. Este bulto lumínico se constituiría, en definitiva, como una nueva consolidación sustantiva. Luz persistiendo sin espasmos ni psicosis. Convertida en brasa sin humo o dios menudo, a la medida de la esperanza humana. ¿Otro mundo es posible? A lo mejor, cuando menos se esperaba y por donde menos se intuía, su luz ha prendido ya.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARTUS, Patrick, y Marie-Paule VIRARD, *Globalisation, le pire est à venir*, La Découverte, París, 2008.
- BALL, Philip, *Masa crítica: cambio, caos y complejidad*, Turner-FCE, Madrid, 2008.
- BARABÁSI, Albert-László, *Linked. The New Science of Networks*, Perseus, Cambridge, Massachusetts, 2002.
- BAUDRILLARD, Jean, *La transparencia del mal*, Anagrama, Barcelona, 2001.
- , *El crimen perfecto*, Anagrama, Barcelona, 1996.
- , *L'échange symbolique et la morte*, Gallimard, París, 1976.
- BOULDING, Kenneth E., *La economía del amor y del terror*, Alianza, Madrid, 1973.
- CHANCELLOR, Edward, *Devil Take the Hindmost. A History of Financial Speculation*, A Plume Book, Penguin, 2000.
- CRUMLISH, Christian, *The Power of Many. How the Living Web Is Transforming Politics, Business, and Everyday Life*, Sybex, San Francisco, 2004.
- CURTIS, William J. R., *La arquitectura moderna desde 1900*, Phaidon, Londres, 2006.

- DELUMEAU, Jean, *El miedo en Occidente*, Taurus, Madrid, 1989.
- DUPUY, Jean-Pierre, *El pánico*, Gedisa, Barcelona, 1999.
- ESTEFANÍA, Joaquín, *Aquí no puede ocurrir. El nuevo espíritu del capitalismo*, Taurus, Madrid, 2000.
- FERGUSON, Niall, *Dinero y poder*, Taurus, Madrid, 2001.
- , *The Ascent of Money. A Financial History of the World*, Penguin Press, Nueva York, 2008.
- FERNÁNDEZ PORTA, Eloy, *Homo Sampler*, Anagrama, Barcelona, 2008.
- FREUD, Sigmund, *Tótem y tabú, Obras completas*, vol. II, Biblioteca Nueva, Madrid, 1968.
- GALBRAITH, J. K., *El crack del 29*, Seix Barral, Barcelona, 1964.
- , *El dinero*, Orbis, Barcelona, 1983.
- , *El profesor de Harvard*, Seix Barral, Barcelona, 1991.
- GAYRAUD, Jean-François, *El G9 de las mafias en el mundo*, Tendencias, Barcelona, 2007.
- GILLMOR, Dan, *We the Media. Grassroots Journalism by the People, for the People*, O'Reilly, Sebastopol, California, 2004.
- HEILBRONER, Robert L., *Vida y doctrina de los grandes economistas*, Aguilar, Madrid, 1964.
- HEINZELMAN, Kurt, *La economía de la imaginación*, FCE, México, 1984.
- HIRSCHMAN, O. Albert, *Interés privado y acción pública*, FCE, México, 1986.
- , *Tendencias autosubversivas*, FCE, México, 1996.
- HOBBSAWM, Eric, *Guerra y paz en el siglo XXI*, Crítica, Barcelona, 2007.
- , *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 1995.
- , *La era del imperio (1875-1914)*, Crítica, Barcelona, 2005.

- JAMES, Emile, *Historia del pensamiento económico*, Aguilar, Madrid, 1963.
- KINDLEBERGER Charles P., y Robert ALIBER, *Manias, panics, and Crashes. A History of Financial Crisis*, Wiley, Nueva Jersey, 2005.
- KRUGMAN, Paul, *Después de Bush*, Crítica, Barcelona, 2008.
- KURNITZKY, Horst, *La estructura libidinal del dinero*, Siglo XXI México, 1978.
- PÁNIKER, Salvador, *Asimetrías. Apuntes para sobrevivir en la era de la incertidumbre*, Debate, Madrid, 2008.
- PISANI, Francis, y Dominique PIOTET, *Las alquimias de las multitudes. Cómo la web está cambiando el mundo*, Paidós, Barcelona, 2009.
- RHEINGOLD, Howard, *Smart Mobs: The Next Social Revolution*, Perseus, Cambridge, 2003.
- SALMON, Christian, *Storytelling*, Península, Barcelona, 2008.
- SCHUMPETER, Joseph A., *Capitalism, Socialism and Democracy*, Harper and Brothers, Nueva York, 1942.
- , *Diez grandes economistas de Marx a Keynes*, Alianza, Madrid, 1967.
- SGARD, Jérôme, *La economía del pánico. Cómo enfrentar las crisis financieras*, FCE, Madrid, 2002.
- SOMBART, Werner, *Lujo y capitalismo*, Alianza, Madrid, 1979.
- SOROS, George, *El nuevo paradigma de los mercados financieros. Para entender la crisis económica actual*, Taurus, Madrid, 2008.
- STAROVINSKI, Jean, *Remedio en el mal*, Visor, Madrid, 2000.
- SUNSTEIN, Cass R., *Infotopia*, Oxford University Press, Nueva York, 2006.
- SUROWIECKI, James, *The Wisdom of Crowds*, Doubleday, Nueva York, 2004.

- TALEB, Nassim Nicholas, *El cisne negro. El impacto de lo altamente improbable*, Paidós, Barcelona, 2008.
- TAPSCOTT, Don, y Anthony D. WILLIAMS, *Wikinomics*, Portfolio, Nueva York, 2008.
- VERDÚ, Vicente, *El estilo del mundo*, Anagrama, Barcelona, 2003.
- , *Yo y tú, objetos de lujo*, Debate, Madrid, 2005.
- , *Passé composé*, Alfaguara, Madrid, 2008.
- , *Sentimientos de la vida cotidiana*, Libertarias, Madrid, 1984.
- VIRILIO, Paul, *Un paisaje de acontecimientos*, Paidós, Buenos Aires, 1997.
- , *Ce qui arrive*, Galilée, París, 2002.
- , *Cybermonde, la politique du pire*, Textuel, París, 2001.
- VV. AA., *L'Argent. Pour une réhabilitation morale*, Autrement, París, 1992.
- , *Arquitectura viva*, núm. 106, Madrid, 2008.
- , *Revista de Occidente*, septiembre, núms. 323, 325, 328, 531, Fundación José Ortega y Gasset, Madrid, 2008.
- WALD LASOWSKI, Aliocha, *Pensées pour le nouveau siècle. Entretiens*, Fayard, París, 2008.
- WATSON, Peter, *Historia intelectual del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2006.
- WECHSLER, Judith, *La estética de la ciencia*, FCE, México, 1982.
- ZWEIG, Stefan, *El mundo de ayer: memorias de un europeo*, El Acantilado, Barcelona, 2002.

## ÍNDICE

El porqué .....	11
Más allá de lo económico .....	15
Capitalismo de ficción .....	26
La desintegración del dinero .....	37
La mujer y el incesto .....	49
La Tercera Guerra Mundial .....	58
La magia de la especulación .....	73
El pecado y Dios .....	84
El pringue del miedo .....	95
La epidemia .....	106
El amor a las basuras .....	115
La muerte del automóvil .....	126
El capitalismo funeral .....	137
La revolución horizontal .....	151
La nueva política .....	165
La luz y el imán .....	180
<i>Bibliografía</i> .....	191

